

2  
92759

2  
92759





CONFERENCIAS

POB

négligé de verano

1890





# **OPINIONES DE MUJERES**

**(CONFERENCIAS)**

**POR**

**MARIA DOMINGUEZ**

**PRIMERA ALCALDESA  
DE LA REPUBLICA**



**64 páginas de prólogo**

**POR**

**«HILDEGART»**

**Abogado**



**Editorial Castro, S. A.**  
**Carabanchel Bajo Madrid**

*65*





### MARIA DOMINGUEZ

**Primera Alcaldesa de la República, valor legítimo, auto-didacto, voluntad indomable, tenacidad ejemplar, clarísima percepción de los problemas, escritora, ciudadana y apta para su misión de árbitro de conciencias.**





# Opiniones de mujeres



R 113384



# OPINIONES DE MUJERES

POR

MARIA DOMINGUEZ

PRIMERA ALCALDESA  
DE LA REPUBLICA

PROLOGO DE  
*Hildegart*

Abogado



Editorial Castro, S. A.  
Carabanchel Bajo Madrid

*Es propiedad.  
Queda hecho el depósito  
que marca la ley.*

---

---

IMP. EDITORIAL CASTRO S. A.

## **DEDICATORIA**

---

---

Para Cristóbal de Castro,  
a cuyo sano anhelo reivindi-  
cador tanto debemos las mu-  
jeres de todo el mundo. Con  
un cariñoso recuerdo de

**LA AUTORA**



Para la autora  
de este libro

UNA mujer ha habido en nuestra España, bravo ejemplo a las demás mujeres, que ha regido por vez primera los destinos de un pueblo. La primera alcaldesa que un pueblecito aragonés, el de Gallur, tuvo en régimen republicano, es la autora de este libro, es María Domínguez. No es posible hacer aquí ni aun un resumen de su vida. Intentarlo, sería tarea inútil. La vida de María no puede escribirse en unas líneas, ni concentrarse en unas páginas; necesita un libro para ella, y felices de aquellas vidas que tanto se salen de la vulgaridad y del anónimo, que merecen que para relatarlas se les dedique tanta y tan dilatada extensión. Feliz, pues, María Domínguez, que merece vivir todo lo que ha vivido y como lo ha vivido, para curtirla en plena madurez y darle toda la sana serenidad de una larga experiencia.

Por ello he de ofrendarle con viva simpatía este prólogo a sus bellas conferencias de mujer liberal. Prólogo que es también una conferencia, con que señalé mi ingreso en la Económica Matritense de Amigos del País. No pretendo, con ello, empequeñecer las de María. Ella, que sabe lo mucho que la aprecio y admiro, sabe bien que no. Pero para el público me interesa hacerlo constar. No pretendo servir mi conferencia, de contraste para destacar aciertos o errores, sino ser tema abstracto de imparcialidad objetiva e histórica, que pueda servir de preámbulo a las

*suyas, florecillas silvestres regadas con sangre de sus propias venas, y que son por ello mismo tan atractivas y olorosas. María Domínguez merece ser escritora, y merece ser ciudadana, porque sabe cómo ejercer uno y otro papel. Este es en mí, no el mayor elogio, sino un acto de justicia. No debe, pues, a un privilegio, su puesto en la literatura y en la obra toda ciudadana de la República. Es un reconocimiento a un derecho que le corresponde. A María Domínguez no le ha asustado, le ha agradoado, por el contrario, el pensar, cuando la mujeres no solian hacerlo. En estas frases, pues, de una mujer muy joven, la más joven de las escritoras y de las luchadoras, va tambien la sincera admiración a su temple de aragonesa y de española, que puso el ideal de la libertad de conciencia, por encima de todos los prejuicios que, como valla de obstáculos se intentó colocar en su camino.*

Y ahora, una pregunta, lector. ¿Sabes cómo es María Domínguez, la exalcaldesa de Gallur, la primera alcaldesa de la República? Es alta, tiene su figura la presencia majestuosa de toda una primera autoridad municipal, y aunque sus manos no empuñen ya el bastón de mando, impone y obliga al respeto esa su acusada personalidad, que se sale de su marco de mujer no cansina, sino andariega espiritual, por las regiones del ideal.

¿Creeréis, por ello, que María Domínguez es orgullosa? Todo lo contrario. Es llana, sencilla, afable; con un corazón de "maña", grande, muy grande, que se ve inundado de justicia y de cordialidad. María Domínguez tiene una fisonomía clara y luminosa, unos ojos inteligentes, una sonrisa de paz en la boca, que sigue siendo bella, y su cabello largo, undoso, que presta marco de suavidad a su rostro atezado por el sol del pueblecito aragonés.

*Maria Domínguez, que sin tener el título de maestra tiene esa aptitud, esa vocación indispensable para forjar inteligencias infantiles; que sin ostentar un carnet de periodista hizo sus primeras armas juveniles en "El País", que dirigía Castrovido, y de entonces acá, en diversos periódicos, con los intervalos que le marcaban sus ocupaciones; María Domínguez, poetisa, conferenciente, escritora, es a un tiempo la alcaldesa que se impuso a las luchas de partido y que, siendo socialista, por convicción, sabe recatar el arcano de su conciencia, sin retrair su magnífica independencia espiritual, no militando en ningún partido, para votar solamente los hombres que mejoren los intereses de la colectividad; para hacer que su pueblo, que ha sido estos meses su mundo, y en general, por España y por la tierra, que el espíritu universalista de María Domínguez, no admite fronteras, cuanto contribuya a beneficiarlo y elevarlo, prescindiendo de partidismos que desunen y acercando intereses que unifican y confunden.*

*Maria Domínguez, respetada por todos los partidos, por todos los políticos, retrayéndose en la coraza de esa su formidable independencia espiritual, energica y severa, con temple de nueva mujer aragonesa, que abandonando los entusiasmos bélicos de Agustina de Aragón, dedicase a la obra de apaciguar conciencias e imponer la justicia, sabe ser mujer en toda su exquisita feminidad en los cuidados que ha dispensado al pueblecito donde regentó hasta hace unos días una alcaldía. María Domínguez, que se preocupó de la administración del Municipio, la alcaldesa que firmaba sus bandos de orden público, que abarató en lo posible las subsistencias, que emprendió tareas de varón, supo ser mujer cuando atrajo a los niños de su pueblo hacia los árboles, de los que antaño no se*

cuidaban, sorteándolos entre ellos y otorgando así, a cada niño, el privilegio de poseer un árbol, que regaba semanalmente, y donde figuraba, en una chapita, su nombre como padrino de aquel ahijado forestal; cuando creó en torno a la escuela modesta el más bello jardín que cuidaron las manos de las niñas educadas por ella, día a día, con tenacidad y tesón admirables, a esforzarse en el cultivo de esas plantas bellas como ellas y como ellas puras.

Así es María Domínguez. Compendio magnífico de virilidad energética y de feminidad exquisita; encantador contraste entre su severidad de "alcalde" y su suave ternura de maestra. Primera mujer que actúa en un cargo de dirección popular, dentro de la República, y que lo ha rodeado de esa austedad, de esa rigidez, de esa moralidad y, al propio tiempo, de esa competencia, que hará más doloroso el contraste, si se deja ir a los nuevos Ayuntamientos a mujeres sin la menor preparación, sin esa independencia espiritual de convicciones, y, sobre todo, sin la sana austedad rural, campesina, si queréis, de quien, como María Domínguez, enriqueció en unos miles de pesetas la caja del Municipio, y salió de éste, como había entrado, con su sencilla ropa negra y su rostro claro y luminoso, que, nuevo girasol, no se somete a la disciplina de un partido, para dirigirse siempre en amorosa súplica hacia dondequiera que brille el sol de la justicia.

## LA MUJER EN LA HISTORIA POLITICA Y ECONOMICA DE LOS PUEBLOS

*Discurso de ingreso como socio de número de la abogado señorita Hildegart en la Económica Matritense de Amigos del País.*

(Fecha, 8 de abril del año de 1933.)

Señoras y señores :

Nunca mejor aplicada que ahora la frase «Proa avante», con que en combates contra los elementos o contra barcos enemigos, los bravos y legendarios capitanes navales de la Edad Media, estimulaban a sus tripulaciones. «Proa avante» es el signo del progreso, es la muestra de la civilización, es la manifestación de ese constante e inquieto preguntar del hombre, cuyo resorte es un «¿Por qué?» infinito y siempre incontestado, y cuya respuesta son todas y no una sola, los progresos de la ciencia, los inventos de la mecánica, adaptación y armonía a las leyes naturales.

Ocupar esta tribuna reuniendo la triple condición de mujer rebelde frente a los prejuicios sociales, de abogado y de joven representante de la nueva generación, es tarea harto difícil, si no brindaran cordial acogida estas paredes

sencillas y gratas, y si este retrato (Carlos III), de quien tanto hizo por la liberación del espíritu de nuestro pueblo, no tuviera en esa su sonrisa irónica y comprensiva de las mezquindades del mundo, con que lo inmortalizó el pintor en el lienzo, la grata prueba de amable bienvenida.

Habituada a la lucha, pese a mi juventud; conocedora en lo que debería ser pequeña parte por mis años, y es, sin embargo, muy grande por la gran abundancia de las pasiones humanas, de injusticias y envidias; deudora a la Naturaleza de un buen humor a toda prueba y de una complejión nerviosa envidiable por lo tranquila, todos estos hechos reunidos me han permitido el gran reposo de mirar al pasado con delectación, sin sentir el acuciamiento imperioso del futuro.

Y al pasado hemos mirado para el trabajo con que señalamos nuestro ingreso en esta Sociedad Económica Matritense de Amigos del País. ¿Qué obra ha desarrollado hasta aquí la mujer en la política económica de los pueblos? ¿Qué obra le cumple desarrollar? No gustamos de ser adivinas ni profetisas. No se hicieron para nosotras las «entrañas» de los agures, ni las pruebas deducidas por la ruta de los astros. Nos limitamos a trazar la ruta de un deber, enmarcada entre los linderos de la necesidad. La humanidad necesita una orientación, y por ella y para ella una conducta en los componentes humanos, que no son sólo individuos, sino miembros o partículas de la colectividad.

Las necesidades sociales exigen la adopción de una actitud. A esta actitud, a este deber aludiremos en las conclusiones de este trabajo. Deber que por serlo no suele ser tan grato, sobre todo a mujeres habituadas a la doble adulación, dieciochesca de un lado de cuantos

conservan el viejo criterio romántico y poético de la existencia de la mujer, aunque esas sus bellas frases, sólo sean reconocimiento en muchos casos paladino de la inferioridad femenina, donde la mujer es sólo objeto de placer, manantial de afectos y ternuras; de otro lado, a la adulación de otras mujeres, y algunos hombres, muy pocos, que rompiendo marcha por el lado opuesto, le han cantado su superioridad al varón, y le han hablado repetidamente de derechos. Ni unos ni otros le han hablado a la mujer de deberes. Los primeros, porque creían bastante con verla deliciosamente frívola, juguete o capricho, flor de un día que recrea la vista, y cuando se aja es retirada a un lado. Los otros, porque creyeron halagar mejor los nacientes instintos de independencia que germinaban en pechos de mujer, con una concesión o una excitación a la rebeldía, para conquistar lo que se ha dado en llamar nuestros derechos.

He tenido siempre la idea de que los derechos no se conceden, ni se conquistan; se merecen, como todos los privilegios y todas las prerrogativas. Cada mujer tiene que conquistar por sí y para sí, ejerciendo los derechos a que sea acreedora, no todos y automáticamente, sino los que les correspondan, ya que es preferible empezar con la mujer lo que debió hacerse con el hombre, a volver a la misma trayectoria de éste y comenzar más tarde a hacer excepciones, que, por lo numerosas, venían a formar una nueva ley. Del mismo modo que sólo una minoría es apta para escalar los altos puestos representativos, desde la concejalía a la Dirección General o el Ministerio, pasando por las actas de diputados a Cortes, aunque para todas esté abierto el camino, sólo las que merezcan ser madres de familia, tendrán los legítimos derechos que

les corresponde de modo parejo a como para ingresar en un cuerpo cualquiera del Estado es menester una oposición o un concurso, alegando méritos y cualidades. Y sólo será plenamente acreedora a su poder de administrar sus bienes, de educar a sus hijos, de dirigir su hogar, la que acredite lo bastante una personalidad independiente para no necesitar del consejo ajeno, y que no vaya a incurrir en el defecto lamentable de ser simple juguete de un director espiritual—clérigo o laico, para el caso es lo mismo—en cuyas manos sea una tutelada en condiciones de inferioridad. Como sólo deberá tener derecho al voto, la que en el momento de depositar su papeleta en la urna electoral, pudiera decir el por qué de ese voto, y no justificarlo, ni por indicación o sugerición ajena, ni por conveniencias o disciplina de partido político cualquiera.

En suma, los derechos de la mujer deberán estar en proporción con lo que su persona merezca. Y para lograrlo, tenemos que empezar por hablarle a la mujer, aunque sean ásperas y duras nuestras palabras, aunque no halaguemos con ellas vanidades sempiternas, de deberes y obligaciones que cumplir consigo misma y con la colectividad, de la que es un átomo, una molécula más, obediente a iguales leyes o relaciones de interdependencia.

Cuando a la mujer no sólo no le aterrorice el pensar, sino que sienta que es para ella una necesidad, tendrá el deseo imperioso de buscarse temas nuevos sobre los que desarrollar su inteligencia y su actividad, sentirá la afición de discutir y reformar, y la mujer será entonces eminentemente revolucionaria, pero no para destruir, sino para construir y elevar nuevos conceptos que sustituyan a los ya conceptuados como caducos y falsos. Dicha era aquella en que todas las mujeres, o a lo menos la mayoría, ejer-

citen el único derecho que tienen por lo mismo que lleva implícita una obligación, «el derecho de pensar». Pobres de las mujeres que sigan la máxima de aquel rector de la Universidad de Cerbera, que cuando el reinado de Fernando VII, obedeciendo los dictados de éste de clausurar las universidades, cerró las aulas, diciendo: «Lejos de nosotros la funesta manía de pensar».

Recordad, como un aliento para la campaña que se inicia, que el eminente biólogo inglés Julián S. Huxley, acabó con la tesis de la inferioridad femenina, diciendo que «biológicamente hablando, ninguno de los dos sexos es superior o inferior, pero la mujer tiene un cromosoma más que el varón, y que es precisamente la célula portadora de la herencia y determinante del carácter y de las cualidades individuales».

Esto es, traducido a la práctica de los ejemplos, que los «grandes hombres—según un proverbio—no tienen hijos», con lo que se expresa que los grandes hombres no legan a sus hijos sus condiciones, y que los grandes hombres lo son porque antes que ellos han sido grandes las mujeres que les llevaron en sus entrañas. Pensad en la madre de Alejandro, de Lord Byron, de Napoleón.

Recordamos también a este respecto que fué doña Josefina Amar, hija del famoso médico de Fernando VII, que poseía perfectamente el latín, griego, italiano y el francés, y fué socio de mérito de las Económicas Zaragozana y Matritense, y miembro de la Sociedad Médica de Barcelona, quien presentó en 1786 un escrito a esta misma Sociedad Económica Matritense, titulado: «Discurso en defensa del talento de las mujeres y de su aptitud para el gobierno y otros cargos en que se emplean los hombres».

Preguntémonos ahora. ¿Es cierta esa aptitud?... ¿Existe

en la mujer independientemente del hombre, o es éste un instrumento de su ingenio? ¿Puede actuar sola o conjuntamente...?

Citemos, antes de empezar, aquel famoso cuento de Bain, que lleva por título: «Las perplejidades del hombre».

En el principio dice: Cuando se aplicó Twashiri a la creación de la mujer, se encontró con que se le habían acabado los materiales al hacer el hombre, no quedándole ya ningún elemento sólido. En este dilema, y tras profunda meditación, hizo lo siguiente: Cogió la redondez de la luna, las curvas sinuosas de los reptiles, las rosas de los zarcillos de las vides y el temblar de la hierba; la fragilidad de los pistilos y la florescencia de las plantas; la ligereza de las hojas y el remate de la trompa del elefante; las miradas del gamo y el zumbar de los enjambres de abejas; la alegría de los rayos de sol, el llanto de las nubes y la volubilidad de los vientos; la timidez de la liebre y la vanidad del pavo real; la suavidad de la pechuga del papagayo y la dureza del diamante; la dulzura de la miel y la crueldad del tigre; el cálido brillo de la llama y la frialdad de la nieve; el charlar incesante del gallo y el arrullo del «kokila»; la hipocresía de la grulla y la fidelidad del «chacrovaka», y reuniendo todos esos ingredientes, hizo a la mujer y se la dió al hombre. Pero al cabo de una semana, fué en su busca el hombre, y le dijo: «Señor, esa criatura que me diste, ha hecho miserable mi vida. No hace más que charlar y apura mi paciencia, pues no me deja ni un instante solo: quiere que esté pendiente de ella y me roba todo mi tiempo; por cualquier cosa está gritando y no hace nada de provecho;

de suerte que vengo a devolvértela, pues la vida en su compañía se me hace imposible».

Al oír aquello, dijo Twashiri: «Está bien».

Y volvió a hacerse cargo de la hembra.

Pero pasada que fué otra semana, presentóse ante él el hombre, y le habló de este modo:

«Señor. Siento que mi vida es harto solitaria desde que te devolví aquella criatura. Recuerdo cómo solía cantar y bailar para mirarme con el rabillo del ojo, y jugar conmigo, de suerte que devuélvemela.»

A lo que respondió Twashiri: «Está bien».

Y se la devolvió.

Pero transcurridos solamente tres días, volvió el hombre a presentarse ante Twashiri, y le dijo:

—Señor, no sé lo que me pasa, pero es el caso que, a vueltas de mucho pensarlo, he llegado a la conclusión de que esa criatura es para mí, más bien un motivo de disgusto que de agrado; así que tómala otra vez.

Pero entonces Twashiri le replicó: «Fuera de aquí, importuno. Arréglatelas como puedas.»

A lo que el hombre dijo: «Pero si es que no puedo vivir en su compañía».

Y Twashiri le arguyó: «Ni sin ella».

Y volviéndole al hombre la espalda, tornó a su trabajo. Visto lo cual, el hombre dijo: «¿Qué hacer porque la verdad es que no puedo vivir con ella, ni sin ella...»

Pero allí estaba la mujer, y allí continuó, y continúa, y persistirá, y la realidad es que, desde entonces, procura sacar de la situación el mejor partido posible.



La mujer en los pueblos primitivos, más terrible aún que el hombre, teniendo que luchar para defender sus hijos, peleando con el hijo en un brazo, y defendiéndose con el otro, determinó en un principio la supremacía femenina, que fué un hecho en los primeros períodos, donde el hombre, domado por la necesidad de su instinto de conservación y de su perpetuidad que siente más vivamente que la misma hembra, entra en la primera sociedad de consumo, que fué la base y el origen de la familia. Pero fué la mujer quien sintió mucho antes que el hombre el sentido del clan o de la agrupación, como consecuencia natural el ser ella quien cuidaba de los hijos. La tribu se organizó bajo la dirección de la madre, y así, la primer institución social más remota, es el matriarcado.

La mujer era en este caso la primera autoridad de la ciudad, la única que conocía a los hijos y podía distinguirlos, mientras agitaba su huso de piedra, fabricando de este modo los mismos tejidos. El hombre, al salir a la caza, era un enviado, y etnólogos insignes, como Lagrange, han llegado a preguntarse—la certeza es hoy imposible de adquirir, por el transcurso del tiempo—si toda la labor artística del hombre de Monstier, de Solutre y de la Magdalena, no era obra de la mujer de vida sedentaria y con más tiempo para estas ocupaciones, que el hombre, agotado durante el día en el esfuerzo de la raza y que sólo conocería el hogar como punto de reposo.

El noble cuidado de defenderse y la dificultad de obtener el fuego, motivaron la conservación de éste. En la mayoría de las ideas religiosas, figuraba la conservación del fuego, considerando como traición o como infamia, como el summum de la impiedad el dejarlo extinguir un solo momento. Y me interesa resaltar que de este culto

surgió más tarde la exaltación de la virginidad femenina, y cuando pudo obtenerse más fácilmente el fuego, cuando éste deja de ser un problema, la conservación de la virginidad se exige como la conservación de otro fuego más grande y más terrible, del que se creía depender la religiosidad de los hombres. A esto hacen referencia las vestales romanas, encargadas de la conservación del fuego, recuerdo de una institución primitiva, y degeneración de una función antiquísima, confiada a la mujer.

El único campo donde la mujer entra con plenos derechos, es el de la Medicina. Existe ya en la etimología de los nombres con que en los pueblos primitivos se conocían a médicos y comadronas, una evidente prueba de la misión que a ambos incumbe. Así, en la tocología babilónica, se habla de la comadrona, a la que se llamaba «mujer sabia y conocedora del interior», en tanto que a los médicos se les llamaba «conocedores de las aguas curativas».

Aunque hay pueblos en que a las mujeres les estaba prohibido, así como a los esclavos, el ejercicio de cualquier rama de la Medicina, cuenta la bella leyenda griega que la joven Agnodike, disfrazada de hombre, aprendió el arte obstétrico y lo fué difundiendo (fábula de Hygianus), pero lo cierto es que, debido o no al impulso de esta audaz mujer, además de las comadronas elementales existían más tarde, comadronas superiores, médicos femeninos y ginecólogos femeninos.

Pero pasemos de estos temas, para entrar plenamente en el reino de la historia. Vamos a entrar en el campo de las narraciones, que, como decía con acierto Michelet: «Con el mundo ha comenzado una guerra que debe terminar con el mundo; la guerra del hombre contra la natu-

raleza ; del espíritu contra la materia ; de la libertad contra la fatalidad. La historia no es otra cosa que el relato de esa interminable lucha».

Hasta en la mitología, en el reino de la religión y de la poesía, conserva la mujer su preponderancia. La ninfa como Hebes, es la encargada de dar a los dioses en áurea copa, dulcísima ambrosía ; Isis apareja el carro al día y lo conducen las horas ; la Náyade es quien, recluída en rústica gruta, mana el agua de los arroyos ; las Parcas, son símbolos de la muerte ; las Furias, de los remordimientos ; Némesis, de la venganza ; Themis, de la justicia ; Minerva, de la sabiduría ; Gorgona, del terror ; Anfítrite, de las olas ; Teis, de tinieblas y espumas ; Galatea, de las riberas ; Venus, del amor ; Diana, de la castidad ; Hécate, de la vida infernal, y todo en suma, porque, como decía Castelar, para que «todo en el universo tenga formas femeninas a los ojos del griego tan poeta, y todos los seres sean como las notas de un himno elevado a las alturas por un coro de mujeres hermosísimas».

Dentro de esta mitología vemos exaltar y divinizar a la mujer, y así vemos a Venus dominando en el Olimpo con su belleza, y entregando sus armas a Eneas ; Omphala, teniendo a Hércules rendido a sus pies ; Juno, bella infantil y sensible ; la altiva Minerva, dando consejos, con los atributos todos de la ciencia, en la reunión de dioses del Olimpo. Las semidiosas, que conquistaron por su belleza el amor de los dioses, son también legión ; la maravillosa Leda ; Danae, cubierta por la lluvia de oro ; Proserpina, raptada por el dios del Averno, y hasta el prototipo de la castidad, la bella Diana, que, como dice una escritora de principios de siglo, aun después de pasado el mun-

do por el tamiz del cristianismo, ha quedado como la imagen más bella de la virtud femenina.

Todavía en el terreno legendario, pero en el reino hindú, es la bella Urvasia, que perteneciente a la categoría de las apsaras, que participaban de la naturaleza divina y humana, hallándose en el mundo, sentía su naturaleza divina y levantaba los brazos al cielo, en demanda del socorro y del auxilio de los dioses a cuyo coro pertenecía, y una vez en las alturas de Nirvana, volvía con amor los ojos a contemplar la tierra, con una exaltación propia de su compleción y temperamento. Ellas, como dice un maravilloso escritor del siglo pasado, destilan la miel, exhalan el aroma, encienden el centelleo de las aladas luciolas, enseñan sus escalas cromáticas al ruiseñor enamorado, ondulan en el arroyo, tiemblan sobre la trémula superficie del lago azul, y doran en la inmensidad todas las noches, los armoniosos astros. Mensajeras de las alturas, sus blancos cuerpos se han formado de las espumas y sus almas de las brisas. En sus sienes ostentan diademas de algas y perlas, en sus cuerpos, túnica de nieblas; en sus tallés, cinturones de musgo; en sus brazos, pulseras de cristal; en sus hombros, mantos recortados del azul de los cielos; en sus manos, arpas de sándalo con cuerdas de oro. Quien no haya visto, en suma, un rayo de luna llena rebotando en el cáliz de una flor de loto abierta, no podrá comprender lo que sea una de estas apsaras en el coro de las grandes divinidades indias. Urvasia, que logró con sus llantos que los dioses inmortales—que la arrebataron de por vida a la tierra, donde pudo haber sido esposa del rey—que éste fuera divinizado por los dioses y ascendido al seno del Nirvana, feliz con su bella Urvasia por toda una eternidad,

Iniciemos la historia del pueblo hebreo. Y veamos en ella a Rebeca, que es quien arrebata a Esaú su derecho de primogenitura; a Dalila, dominando a Sansón, con las artes de las grandes seductoras; a Betsabet, el gran amor del Rey Proeta; a la Sulamita, la más sugestiva de las amadas de Salomón. De un lado, a la madre de los Macabeos, mujer cuyo nombre no registra la historia, pero que, no obstante, irradió en sus hijos la grandeza de los héroes. De otro, a Esther, saliendo del harén para conquistar con sus gracias la salvación de la matanza cierta que pendía sobre su pueblo. De otro, a Judith, que busca al enemigo en su misma tienda de campaña, y poniendo en juego la habilidad hipócrita de la mujer, preludio del espionaje, plaga maldita de la Humanidad, en donde la mujer ha dado sus mejores frutos, introducense en la tienda del vencedor y corta la cabeza al tirano que intentaba subyugar a su pueblo.

Y en Grecia ya, en plena humanidad riente y meridional, iluminada por el sol ático, Helena, prototipo del amor y la belleza que rigen al mundo, dirigen al hombre, escriben la historia, inspiran la pasión de Paris, las venganzas de Menelao y reúnen en torno a Troya a todos los héroes griegos que compiten en valor y audacia, para vengar el ultraje inferido. Toda una guerra, toda una competencia de héroes, la muerte de Héctor y Patroclo, provocada por los bellos ojos de una mujer.

Y junto a ella, Safo, Aspasia, Friné, Lais, cortesanas, amantes de los hombres de ciencia, de los políticos, conductoras de Grecia, bellas hetairas que brindaban solaz de cuerpo y espíritu y que se perpetuaron en la belleza de sus formas, que inmortalizó el cincel.

Sigamos a Roma. Veremos en primer lugar a Porcia,

la hija de Catón, que indignada ante la acción despótica del César, sugestionada acaso por el apellido de su esposo, que le recuerda la hazaña del primer Bruto que se registra en la historia romana, cree llegado el momento de que sea su esposo el libertador de su república, y le mueve a entrar en la conspiración que Cassio y otros patricios urdieron contra César, poniéndole ella misma el puñal en la mano, puñal que da, en efecto, la muerte al dictador, y la que tiene después, elevado al solio Octavio Augusto, desencadenada en Roma una guerra civil, el valor de darse muerte, como su esposo, como su padre, atravesándose con su espada, sin que tiemble su mano ante el momento decisivo y fatal.

Es de otro lado Fulvia, que exigió a todo trance la muerte de Cicerón, para atravesar con una aguja dorada la lengua de Cicerón, muerto porque le había injuriado, destruyendo a la vez con ello uno de los paladines más hermosos—porque tenía la fuerza suprema de la palabra—de las libertades romanas.

Es un poco más allá; Cleopatra, reina y mujer que sometió al mundo, ya que Europa era entonces la nación que dictaba la situación de las diversas naciones, reteniendo cautivo entre sus brazos al tribuno Marco Antonio, que a ella iba a presentarse como vencedor. Shakespeare como poeta, Ebers como egiptólogo, han analizado desde un doble punto de vista la personalidad de la mujer, de Cleopatra, que perseguía un ideal de grandeza, de superioridad de raza, y que mujer, diplomático y guerrero a un tiempo, halló al morir el valor de los héroes y la coquetería de la mujer. Y no se crea que tan sólo a su belleza fué debido el prodigo. Su cultura abarcaba de las Ciencias exactas a la Astronomía, y de modo especial a

la Medicina, que le dió el renombre de «la maga», contribuyó, no poco, al afianzamiento de su hegemonía.

Es poco más tarde; la emperatriz Zenobia, viuda de Odenato, que dominó en África como reina, guerrero, político y diplomático, que mantuvo con Roma lucha gigantesca, y que dejó en Palmira los restos de la pujanza cultural de su imperio, a cuyo lugar acuden sabios, para investigar en sus ruinas la magnífica grandeza de una estupenda civilización, que permite rectificar el absurdo concepto de la barbarie africana.

Al lado de los emperadores todos, vemos distintas figuras de mujer. De un lado, a Livia, mucho más cruel que Augusto, llegando en los destierros que decreta, a condenar a esta pena a Ovidio, el célebre poeta latino; a Julia, sensual y perversa; a Agripina, digna madre de Nerón, y a Popea, la emperatriz que tenía a gala bañarse diariamente en leche y rosas; a Marco Aurelio, el Magnánimo, con Faustina, que le dominaba y que enturbió su fama, haciéndole ejecutar reprobables venganzas; a la emperatriz Irene, que al lado de Comeno, logró, con su ambición y su astucia, trastornar la vida de la capital del Bajo Imperio, logrando, por último, que su hijo ciñera la corona imperial.

Sería injusto no mencionar aquí a Theodora, de raza egipcia, depravada en su juventud, amante de Justiniano y por estos medios emperatriz de Bizancio, imponiendo con sus lujos una tiranía económica a las lejanas provincias orientales, y Grecia, para aparecer siempre en público, cuajada de piedras preciosas, gastando en su tocado cantidades realmente fabulosas. ¿Cómo no habría de incubarse en Bizancio la rebelión contra aquella esclavitud

que condenaba a pueblos enteros a bárbaras tributaciones para mantener el lujo ostentoso de una emperatriz?

Ved a la mujer, en la Edad Media, tejiendo su historia, moviendo tropas y escuadras a su capricho, provocando las luchas entre la casa de Anjou y la casa de Suavia, entre catalanes y aragoneses, y así es Juana de Flandes y Juana de Pentievre, esposa esta última de Carlos de Blois, que presentaba derechos a la Bretaña como sobrina de Juan II, y que luchan entre sí por disputarse la corona de Francia, y dando nombre a todo un período de la historia, que lleva el nombre de «Guerra de las Dos Juanas»; como Leonor de Aquitania, cuyo solo nombre indirectamente nos explica una centuria de conflictos bélicos entre las naciones y monarcas que se disputan su herencia; es Catalina Sforzia, que en las luchas que desataban entre sí Venecia, Génova y Florencia, y las familias de los Sforzia, los Gonzaga, los Visconti, y más tarde, los Médicis en Florencia, y los Farnesio en Parma, es aún más cruel y artera que sus hermanas y familiares en las venganzas que ejecuta; es Valentina, la hija de Juan Galeazo Visconti, que desposada por su padre con un príncipe de la Casa Real de Francia, motivó las guerras de Carlos VIII, entre su familia, y dió motivo a que Francisco de Valois fundara luego sus derechos al Milanesado; es la condesa Matilde, que acoge a Gregorio VII en sus estados, cuando desterrado y proscrito el Pontífice de Roma por Federico de Suavia, lanza éste, desde el aco-gedor retiro, la famosa «Bula de Excomunión», que en aquellos tiempos de fe acendrada, hizo que abandonaran a Federico los católicos que le seguían, siendo la causa de que el emperador fuera a Canosa descalzo, con un saco por todo vestido, a solicitar de rodillas el perdón del

Pontífice, triunfando así la cruz por encima de la espada, y que es la misma condesa Matilde, que al morir, no juzgando bastante lo ya hecho, legó a la Iglesia sus Estados en Toscana, Modena, Reggio, Ferrara y Espoleto, creando así dentro de Italia el poder temporal del Papado, conservado hasta bien recientemente.

Es Juana II, la viuda de Guillermo de Austria, reina de Nápoles, que a la muerte de su segundo esposo, Jacobo, conde de la Marche, de la Casa de Borbón, llamó al rey de Aragón, Alfonso V, para defenderse de Luis de Anjou, regalándole, a cambio, el ducado de Calabria, con que revocó después, aunque para defender la propiedad viniera una flota catalana, llamando esta vez en su auxilio a los barcos genoveses.

¿Y qué decir de la mujer en la Edad Media y en España? Pensad en una bella figura legendaria, en La Cava, que desencadena la guerra de los godos contra los africanos, provoca la traición de su padre, el conde Don Julián, para vengar el ultraje inferido al honor de la doncella. Y ved que a su costa trázase todo el porvenir de España, durante siete siglos, los comienzos de la reconquista por Pelayo.

Pensad en Doña Jimena, la bella castellana, tipo de esposa que acompaña al Cid Campeador, y con él se perpetúa en nuestro «folklore», y hasta en nuestras creaciones literarias.

Es el juramento del Cruzado, que lo hacía por su Dios, por su Rey y por su Dama, simbolizando en estos tres términos las tres potencias que movían sus pasos en la tierra.

Es la campaña que iniciaron los famosos «Minnessanger» germánicos, trovadores de Provenza, que cantaron

la hermosura de las mujeres y crearon para honrarlas las fiestas de fuerza, donde al empuje del brazo estaba reservado el vencer, y los torneos de ingenio, donde eran las armas pensamientos del más alto calibre, y que aun hoy se conservan bajo la denominación de «juegos florales».

Recordad una pintoresca y delicada anécdota, símbolo de toda una civilización. ¿Sabéis qué origen tuvo la famosa Orden de la Jarretiere, condecoración tan apreciada en la actualidad, no sólo en Inglaterra, sino en otros países? Escuchad un momento. Era un rey, Eduardo III, el más grande de los monarcas de la Casa Plantagenet, y era una dama inglesa, la condesa de Salisbury, por la que el rey sentía un amor que no pasaban los límites de la castidad. En una magnífica fiesta palatina, la liga de la condesa cayó al suelo, y Eduardo la recogió, guardándola como una prenda. La acción levantó ciertos rumores, y como ellos podían perjudicar la reputación de la condesa, Eduardo, con gesto de rey, alza la «jarretiere» y exclama: «*Honi soit qui mal y pense*», palabras que hoy figuran grabadas con «motto» en el escudo de los reyes de Inglaterra, y que ha dado lugar a una insignia que es un orgullo para reyes y grandes el ostentar en la actualidad.

También el amor de la mujer trenza lazos de unión y desata conflictos en nuestra España medieval. Así, es Raquel, la judía de Toledo, y una hermana del árabe Almanzor, las que ponen treguas de paz en la Reconquista que avanza, a cambio de su amor a dos de los monarcas castellanos; es Alfonso XI, cuya pasión por doña Leonor de Guzmán motivó más tarde la lucha entre su hijo don Pedro y los bastardos de Trastamara, guerra civil que ensangrienta nuestra patria. Y es el mismo amor el que en este caso motiva la ruina de don Pedro y el triunfo

de la casa bastarda. El amor de don Pedro por María de Padilla, que le hace maltratar a su esposa, Blanca de Navarra, abandonarla, y hasta, según la tradición, envenenarla, es su ruina. Cuando ve a la Padilla saludando un día con su pañuelo a su hermano don Fadrique, uno de los bastardos, le manda matar allí mismo, y al conjuro de este crimen, abandónanle los nobles, provócale a lucha Enrique de Trastamara, vienen en socorro de este último tropas francesas, llega la noche de Montiel, cúmplese un nuevo fratricidio, y sube al solio la casa bastarda de los Trastamara, que sin el conjuro de ese gran amor y esa pasión celosa, hubiera alterado totalmente el rumbo de la Historia de España.

Es Isabel de Baviera, la esposa de Carlos VI, encargada del poder a la muerte de su marido, joven inteligente, impetuosa, de un temperamento sexual que la llevaba al amor más desenfrenado, que hace ejecutar a los Armagnes, familia que había ordenado primero la muerte de su amante, el capitán de la Guardia, Luis de Bosredom, y luego, sin consideración a los derechos de su hijo, el delfín, entrega el reino de Francia al rey de Inglaterra (entonces Enrique V, de la casa de Lancaster), cambiando así totalmente la orientación política de ambos pueblos, todo ello a cambio de desposarse con su hija Catalina, famoso tratado de Troyes, que se firmó en 1420.

Es como contraste, Blanca de Castilla, la madre de Luis IX de Francia, dos veces regente de esta nación, que supo fomentar las disidencias entre los grandes de su reino, para neutralizar su acción contra la monarquía insegura y que supo guardar tiempo para educar a su hijo de forma tal, que mereció el juicio de un pensador ilustre: «Si todas las madres fueran como Blanca de Cas-

tilla, los hijos serían como San Luis», digna sucesora, en suma, de las matronas de Esparta, que engendró a Leónidas, y de Cornelia, la madre de los Gracos, cuyos hijos eran, según su definición, las mejores alhajas.

Es de otro lado, Margarita de Valdemar, que marca en la Historia el apogeo del poder de la península escandinava, y que mereció de sus contemporáneos que la apellidaran: «La Semíramis del Norte», justo tributo a su formidable inteligencia, harto puesta a prueba con la famosa Convención política que, con el nombre de «La Unión de Calmar», reunió en su cabeza las tres coronas, allá por el año de 1397, esto es, en plena Edad Media.

Es luego la doncella de Vaucouleurs, más conocida por Juana de Arco, que marcha atravesando comarcas extensas a presentarse al rey, a hablar ante los consejeros, a sugerir un plan de batalla, forzando la acción hasta al abstraído abatimiento del rey Carlos, y cuyo personaje puede estudiarse en la magnífica obra de Bernard Shaw: «Saint Joan», donde a más de la realización escénica del sucedido histórico, figura un análisis psicológico originalísimo, como debido a la pluma del gran ironista inglés, realización magnífica de esta figura, de la que ha podido decirse con evidente justicia, que si fuera posible arrancar a Juana de Arco del plano de la historia, no comprenderíamos, dado el estado de decadimiento de la nación y el immenso predominio de los ingleses, la liberación del territorio.

Es más tarde Ana de Beaujeu, «mujer» exaltada a la regencia de Francia por la muerte de su padre, Luis XI y la menor edad de su hermano, el que había de ser Carlos VIII, dotada tan maravillosamente para las luchas políticas, que no sólo no vaciló en el terreno de la política

pacífica, en reunir los Estados generales, equivalentes a nuestro Parlamento, para dar las máximas garantías de legalidad al reinado del pequeñuelo, sino que también en el terreno de la violencia, supo imponerse con energía que bien podrá calificarse de viril a los nobles feudales, que anhelaban su emancipación del poderío real, terminando en la derrota de los rebeldes en Saint-Aubin-du-Cormier. En el terreno de la diplomacia, no vacilando en romper el contrato de boda de su hermano con la hija del emperador Maximiliano de Austria, para casarle con Ana de Bretaña, que iba a quedar como heredera de este ducado, con cuya anexión Francia llegaba a ser una de las primeras potencias continentales. (No olvidemos que ya Luis XI había adquirido la Borgoña, el Franco Condado, el Artois y la Provenza).

Es Isabel la Católica, alma de mujer movida por la gran ambición de la unidad española, para extender aún más su predominio, su hegemonía territorial, que eligió por cerebro, por cálculo, y no por corazón, a Fernando, no como hombre, sino como rey de Aragón, para cumplir la primera parte de su programa; temperamento de guerrero, que marcha con su esposo al frente de las huestes castellanas, para que no crean los nobles altivos y orgullosos que al obedecer a su esposo, defienden a un rey extranjero; que habla en los Consejos y con quien discuten los capitanes y tratan en sus empresas posibles Gonzalo de Córdoba y Cristóbal Colón, marchando hasta la frontera, provocando a Boabdil y obligándole a salir del campo con artes falaces. Es todo grande en esta mujer: su inteligencia y su artería; su capacidad y su habilidad para fingir; todo en ella era anuncio de un gran político, de un gran conquistador, antes que de una reina, de una

mujer. Su constitución, netamente viriloide—y en un estudio de exégesis que sobre este punto preparo procuraré demostrarlo—imponíase como se imponía la Corona sin sexo—no diferenciada como en otras naciones de la del rey su esposo—a la blanca toca de su feminidad, que quedaba sometida, humillada, por el poderío magnífico de la fuerza viril de esa corona.

Y es, pues, ella, la que dispone que, de aquí en adelante, casen sus príncipes y princesas con princesas y príncipes portugueses, buscando la anexión de ambos reinos, y es ella la que piensa y acaricia las grandes conquistas, la del África mediterránea, la expedición de Orán, y es, pues, ella, no él, quien elige para acompañarla en sus grandes empresas ambiciosas, a Ximénez de Cisneros, el cardenal famoso; a Gonzalo de Córdoba, el aguerrido capitán; a Cristóbal Colón, el genial aventurero, que realizó la epopeya máxima que jamás pudiera soñar Isabel y que inmortalizó su nombre y su época, sellando entre ellos pacto que habrá de contarse por eternidad.

Y fijáos, frente a esta mujer, grande hasta en sus defectos, otra mujer callada, pequeña, humilde, silenciosa de labor, que no por anónima es menos eficaz, la que se conoce por el nombre de «Malinche», la india a quien los soldados habrán de bautizar en Méjico con el nombre de Marina, la que, con su hermosura, sedujo a Hernán Cortés, pero no para perderlo y embriagarlo entre la mollicie de paz de sus brazos, como la diosa Calipo intentaba con Ulises, sino para forjar a su lado sus triunfos, extendiendo el dominio de España por medio de su capitán, ya que no en balde supone William Prescott que sería imposible suponer que el puñado de españoles triunfó

por sí «sólo» de ejércitos que a veces contaban por miles los soldados que lo formaban.

Recordad también a María de Pacheco, cuya figura interestantísima ha estudiado recientemente en su obra teatral Marcelino Domingo, estímulo y aliento de los Comuneros de Castilla, fuente y principio de las magníficas libertades castellanas, defensora en suma del derecho de la nación, frente al poder absoluto de los reyes.

Ved, por otro lado, a Luisa de Saboya, que por despecho para el condestable de Borbón, a quien ella declaró sin éxito la pasión que le consumía, influyó sobre su hijo Francisco I, eliminándole sistemáticamente de cuantos puestos permitían su encumbramiento, y aun intentando juzgarle como jefe de una conspiración totalmente falsa, hecho que motivó la huída del condestable y el ofrecimiento de su espada a Carlos V, y precisamente en aquel momento decisivo, en aquella fecha histórica del 24 de febrero de 1525, en que el ejército francés, mandado por su rey en persona, sitiaba Pavía, y en que el apoyo del condestable, que llega de Suiza con sus 12.000 hombres, por él reclutados y pagados, señala la derrota más trágica de Francisco I, aquella derrota que ha hecho inmortal las célebres palabras que el monarca dirigió a su madre: «Señora. Todo se ha perdido, menos el honor».

Pero es además Luisa de Saboya, la diplomática que en 1520 concertó el Tratado de Cambray con la tía de Carlos V, Margarita de Austria, duquesa de Saboya, famosa «paz de las damas», que realizó el empeño de fundir en uno a Carlos y Francisco, empeño en que fracasaron diplomáticos y cardenales, y que hasta entonces

haciérase de urgencia, ante los avances del sultán Solimán, que llegaba ya ante las puertas de Viena.

¿Y cómo hablar de Solimán II, sin recordar a su esclava Rexolana, bella y ambiciosa, demoníaca e intrigante? La esclava que no vaciló en deslizar en el corazón del sultán la sospecha de que su hijo Mustapha quería destronarle, y que siguió sonriendo, perversa, cuando el sultán mandó asesinar a su hijo en su propia tienda, pensando en que en la sombra esperaba su hijo, el suyo, aquel para quien ella ambicionaba la máxima gloria y los máximos honores, el que luego fué sultán de Turquía y se llamó Bayaceto II.

Y hasta la figura de la mujer—y no podemos resistirnos a nombrarla, puesto que estamos en el período aquél en que se desencadenó la Reforma religiosa—aparece en la de una monja exclaustrada, de Catalina de Boris, que aparece en la vida de Martín Lutero, el más famoso de los reformadores, el hombre que protestaba contra la satisfacción de las pasiones sexuales, y que no vaciló en contraer aquel matrimonio que podía incluso comprometer la pureza de su causa frente a los mismos protestantes que le seguían en ella.

Es la mujer quien construye en la historia y no quien brilla de manera magnífica en ella. No es la que se viste de oropel, ni la que alcanza proporciones geniales, rara vez conquistadas, pero es la que forja los hombres, fomenta decisiones, justifica actitudes y explica los móviles secretos de la Historia. «En épocas de crisis psicológicas de los pueblos—ha dicho otra mujer de nuestro tiempo—en los momentos más trágicos de la Historia, quizás hacen ellas más que los que gritan. Arriba están las elevadas agujas arquitectónicas que coronan el magnífico edificio,

pero abajo están las piedras angulares que lo sostienen».

Una mujer fué, a su vez, la causa de que Inglaterra abandonase la fe católica. No hubo en esta nación detenidos análisis del dogma religioso, como Lutero, ni protesta del libertinaje, como Savonarola, ni odio a las instituciones eclesiásticas, como Calvino, ni afán de independencia como entre los príncipes protestantes alemanes; fué, simplemente, una pasión lo que motivó el cisma en Inglaterra. Enrique VIII, el famoso Barbaazul que registra la Historia Universal, enamorado ciegamente de Ana Bolena, dotada esta última de una gran ambición, que la movía a desear al rey para esposo y no para amante, motivó a Enrique a pisotear los respetos religiosos debidos al Papa, que se negaba a anular el primer matrimonio, contraído precisamente con una hija de los Reyes Católicos, con la infortunada Catalina, declarándose independiente de Roma y ciñendo, por fin, en su frente, la deseada corona Real.

Es María Tudor, reina también de Inglaterra, la que no vacila para asegurar la legitimidad de su rama, en llevar al cadalso a su hermana lady Jane Grey, católica acusada de querer perturbar al reino, y que busca una boda con Felipe II, en gracia al interés diplomático de ambas naciones.

Es en España, la famosa princesa de Eboli, clave de la historia que motivó la persecución de Antonio Pérez, la muerte del Justicia Mayor, don Juan de Lanuza, y la anulación en sangre de los fueros aragoneses.

Es Bárbara de Blomberg, la famosa y bella doncella de Ratisbone, desflorada por Carlos V, en el azar de una batalla y madre del famoso bastardo, el primer don Juan de Austria, que, según la tradición, entraba secre-

tamente en las habitaciones particulares que, anexas al Monasterio de Yuste ocupaba Carlos V, ocupándose en consolarle en dolorosa enfermedad.

Es Isabel de Inglaterra, la reina virgen que nos volveremos a encontrar más tarde, rechazando la alianza matrimonial con Felipe II de España, marido de su antecesora en el trono, y marcando con ella la marcha de la famosa Armada Invencible, antes producto del despecho amoroso que de una conveniencia política y que señaló uno de los mayores fracasos navales de nuestra España. Es la reina Isabel, además, una de las figuras más representativas de la tendencia conservadora, y uno de los grandes políticos. Desatado el movimiento reformador religioso, entregados partidarios y enemigos del mismo a una lucha sin cuartel, disgustado el pueblo de la polémica, sube al trono la reina Isabel, que llevó a cabo el viraje político de más trascendencia de su tiempo. Lord Cecil refiere que la reina Isabel supo alejarse del exaltado luteranismo, manteniendo a la vez una triple batalla con este movimiento protestante, con el Papa y con el Rey de España. La reforma de tono moderado que caracterizó después todo el movimiento nacional, le fué debida a la reina Isabel, que resistiendo el influjo del Papa, que indujo a sus partidarios, incluso a revolverse contra la autoridad real, oponiendo su independencia moral, logró la escisión de los puritanos, con la creación de una nueva rama del «Non conformiti» o no conformismo, practicando así con acierto la máxima: «Divide y vencerás», y obligando de este modo a la Iglesia, al ver ésta suerte emparejada a la del trono, que ejercía respecto de ella una relación como de patronato, a rendirle un vasallaje de exaltación. Fué Isabel I de Inglaterra la primera y

acaso única mujer que se aprovechó de su mando para crear sin dirigir el mayor partido político de importancia más decisiva en la historia de Inglaterra; el partido de los Tories, partido de la Iglesia y del Rey, que pese a las muchas dificultades, resurgió cada vez más potente, y ha sido aún en la actualidad uno de los sumandos que han aportado su influencia al actual conservadismo.

Es la doble y contrastada trayectoria, una hacia el triunfo; hacia el fracaso la otra, de Isabel de Inglaterra y de María Estuardo, utilizando la primera sus amantes para engrandecerse y poniendo su orgullo por encima de su amor, como en el caso del conde de Essex, que la leyenda popularizó.

(El conde, que teniendo en su poder una sortija, recordó de sus entrevistas amorosas, que debería enviar a la reina en caso de peligro, la envió, en efecto, cuando fué acusado de traición por el Consejo de Ministros, por una mandadera infiel, que no cumplió el encargo, lo que hizo que Isabel, sin remordimiento alguno, enviara al patíbulo al único hombre que quizás habría inspirado amor en su vida, siquiera se enterara años después, y llorara por primera vez en su vida, de la traición cometida, fulminando su maldición al pie mismo del lecho de muerte de la dama moribunda, que hubo de confesárselo, diciéndole: «Dios te perdonará; yo, nunca».) Siendo utilizada por esos amantes para su destrucción. María Estuardo, de prodigiosa hermosura, casada primero con Lord Darnley, enamorada del trovador e intriga David Rizzi, que es asesinado a sus pies; asesinado a su vez Darnley, su esposo, por el conde de Bothwell, amante de la reina, con quien ésta se casa, intentando salvarle así del poder de

la justicia; Douglas, con su abnegación apasionada, Babington, con un amor ciego y febril, y así, en sucesión de matices, hasta terminar en el cadalso, trágico fin de quien tanto amó e inspiró tantas pasiones.

Ved, de otro lado, a Diana de Poitiers, la cortesana conocida oficialmente por la duquesa de Valentinois, amante de Francisco I y luego de su hijo Enrique II, merced a las dotes de una belleza espléndida y de una aptitud maravillosa para la intriga, y en cuyas manos estaba el inclinar la balanza ya hacia los Montmorency, ya hacia los Guisa, familias que se dividían la influencia política en Francia y que, como los Guisa permitieran ciertas murmuraciones sobre su conducta, inclinóse a favor de la paz con España, que los Montmorency defendían, para provecho suyo y para evitar nuevas victorias del duque de Guisa, que elevarían aún más su fama, concertando el tratado de Chateau-Cambresis, en el preciso instante en que el duque de Guisa, de regreso de Italia, entraba al frente de un poderoso ejército en la frontera de los Países Bajos, dispuesto a medir sus armas con los capitanes españoles, forzando de este modo al duque de Guisa a envainar su espada, y realizando de este modo una venganza que afortunadamente para su pueblo, no hubo de terminar, como siempre, en guerras y derramamiento de sangre, sino por extraño contraste, en triunfo de la paz y la concordia.

Ved, si no, para que no juzguéis exagerada mi afirmación de que suele ser la mujer determinante de guerras y motines, el caso de Catalina de Médicis, que influyó sobre su hijo, el sugestionable Carlos IX, para, sirviendo de nuevo a los Guisa, reyes verdaderos de Francia, y para acabar con los calvinistas, que contaban con

fuerzas bastante numerosas, y sobre todo, con jefes de prestigio tan innegable como el famoso almirante Coligny, aprovechó la propia noche de bodas de Margarita de Valois con Enrique de Navarra, que era la del 23 de agosto de 1572, para realizar el famoso asesinato de los hugonotes, la famosa noche de Saint Barthelemy, donde un centenar de jefes de hugonotes, incluyendo a Ramus y Coligny, perdieron la vida, y donde los asesinos perseguían en bandadas a los desgraciados hugonotes, por plazas, calles y callejuelas. Y en tanto se secundaba la tragedia en otras ciudades de Francia y surgía una guerra civil, como consecuencia de la famosa noche de San Bartolomé. Ved si no está reservado precisamente a una mujer, a Catalina de Médicis, el llegar al summum del delito, a este asesinato «en masa», que empequeñece incluso los crímenes de los Borgia, que han pasado a la Historia como modelos de ensañamiento y de tétricas venganzas. Y no ya como mujer y como reina, sino también como madre, fué digna de reproches la conducta de Catalina de Médicis. Ese Enrique III, que en la noche famosa se levantó como loco de su lecho nupcial, habiéndole despertado la campana de Saint-Germain l'Auxerrois, convocando a la matanza, degenerado, homosexual, lleva sobre sí otras matanzas de cuantos estorbaban sus propósitos, hasta el punto de que sólo sabiendo que Enrique III era el hijo de Catalina de Médicis, se explica la conducta de éste, que es realmente un trágico borrón en la historia de Francia.

Ved, frente a ella, a Margarita de Austria, hermana de Felipe II, hábil diplomática, buena administradora, de clarísimo talento, que atraía a la causa de España durante su virreinato en Flandes a los propios jefes flamencos,

y cuya labor de persuasión, de paz, de cordialidad, magnífica labor de mujer, inutiliza un hombre, el cardenal Antonio de Granvelle, colocado en este pacto por Felipe II, para compartir la regencia de los pueblos flamencos, hombre de carácter imperioso y fanático, que motivó la muerte del conde de Egmont, del conde de Horn, del conde de Montigny y otros nobles de Flandes, y con ello, la inmediata rebelión de las provincias flamencas.

Es en este mismo período, la princesa Ana de Sajonia, pobre, insignificante, coja, sin grandes atractivos, a quien eligió el famoso Guillermo de Orange, príncipe Taciturno, para esposa, previo permiso de Felipe II, quien decide de la filiación como protestante de su marido, y con ello del matiz de acción liberadora a la iniciada revuelta, que halla en Guillermo, animado por una nueva fe, el caudillo que necesitaba la revolución, porque no en balde se ha dicho, por los historiadores, que si suprimimos a Ana de Sajonia, no sólo no podríamos explicarnos la conversión de este príncipe católico al luteranismo, sino que los rebeldes de Flandes no hubieran tenido jefe y sus revueltas no hubieran tenido tampoco la cohesión necesaria para convertirse en una verdadera revolución.

A su lado figuran por razón de época, la «reina Margot», la Margarita de Valois, cortesana regia, cuyos amantes forman lista innumerable; es María de Médicis, cuya regencia fué infortunada, por ser ella poco inteligente, ligera, vanidosa, dominada por los favoritos, y que no vacila en ensangrentar las calles de París, escapándose de Illois, donde se la recluye dos años más tarde, haciendo estallar la guerra civil, en la que es de nuevo

derrotada, que luego eleva al cardenal Richelieu, al que más tarde, arrepentida, intenta anular.

Es el juego de las rivales, Mlle. Luisa de la Fayette y María de Hautefort, utilizada la primera para neutralizar a la segunda en la simpatía regia de Luis XIII, por el propio cardenal Richelieu.

No podemos dejar aquí sin mención, la culpa de la mujer en las graves catástrofes políticas. Así el caso de Carlos I, el rey en quien vengó Inglaterra, al hacerlo subir al cadalso, todo su largo período de sumisión absolutista, y sobre quien obra la influencia directa de su mujer, Enriqueta, que era quien alentaba a Carlos para que disolviese el Parlamento cada vez que éste se negaba a sus exigencias y que confiaba, para garantizar su permanencia en el trono, en la apatía de los ingleses, que no se atreverían a rebelarse abiertamente contra su rey y en el auxilio de la Corte de Francia, convicciones ambas que no se cumplieron, y que condujeron al rey a su muerte, pese a los esfuerzos de Enriqueta, que marchó a Holanda, reunió sus recursos vendiendo sus joyas, y volvió con 40.000 mercenarios para sumar a las tropas del rey.

Y precisamente al hablar del rey Carlos, no podemos olvidar a Cromwel, al jefe que hizo triunfar a la revolución, Sir Oliverio, que debió todo lo que fué y todas las propias determinaciones políticas de su vida, no a su esposa, Isabel Bouchler, mujer insignificante, sino a su madre, mujer excepcional, que educó de manera admirable a sus cinco hijos, sin apoyo alguno, pues se quedó viuda muy joven, y a quien el leader político de la revolución respetaba extraordinariamente. Y a esa mujer se le debe el que Inglaterra tuviera, a partir del siglo XVII,

realizada su revolución, subyugado el absolutismo, y facilitando el camino para la democracia, que ha sido el secreto principal de su grandeza futura.

Y llegamos a los siglos XVII y XVIII en la Corte francesa. Estamos en el período en que se inaugura el reinado de los salones, en que las bellas lucen todos sus artificios y sus encantos, es la época en que Moliere describió magistralmente como la de las preciosas ridículas, en que Mlle. de Sodery dibujaba un mapa de la «ternura», en que se ve a los diferentes afectos que existían, lindando unos con otros en el corazón, y en que los hombres, hasta los guerreros, como el vencedor de Rocroy, se juzgaban tan orgullosos o más que de sus batallas, de los tiernos madrigales que componían. A este ambiente debe su origen la «Fronda», lucha entre el Parlamento y el partido de la corte, combate que se ha definido con acierto como más de alfilerazos que de estocadas, donde Madame de Chevreuse aparece siempre tras D. Juan Francisco Gondi (futuro cardenal Retx), cuando éste, en 1648, organizó la famosa jornada de «Las Barricadas», para vengarse de Ana de Austria, y Mazarin, a la batalladora duquesa de Montpensier, la «Grande Mademoiselle», que ponía la pluma, y con ella la inspiración, en las manos del duque de Orléans; a madame de Longueville, que arrastró a la Fronda, donde le hizo desenvainar la espada, al propio príncipe de Condé, situándolo con su ejército en frente de las tropas reales, ofreciendo su espada al rey Felipe IV, para satisfacer la ambición de esta mujer, que sólo quería la victoria, sin importarle cómo y cuándo se consiguiera.

Y es años más tarde, las Mancini, las cinco hermanas, famosas por su hermosura, casi tanto como por sus intri-

gas, y que son la clave de toda la historia de fines del siglo XVII y principios del XVIII. Pensad, si no, que María tuvo amores con Luis XIV y estuvo a punto de ser reina de Francia, y que ella, casada luego con el príncipe italiano Colonna, y sus hermanas, María Ana, la duquesa de Bouillón; Hortensia, la duquesa de Mazarin, y Olimpia, eran los maléficos «diabuillos» de la Corte.

Son la intriga y ambiciones que se desarrollan en torno a Luis XIV, y que inician sus favoritas de Mlle. Luisa de la Valliere, a madame de Montespan, a Mlle. de Fontanges y a otras menos importantes, intrigas que se anudan con preferencia alrededor de la duquesa de Borgoña (María Adelaida de Saboya), que utilizaba el cariño del anciano rey por ella, para espiar en la corte y hacer saber en Turín, buen número de noticias de alto interés.

En España, María Ana de Austria, genio maléfico para nosotros, cuando rigió las destinos nuestros en el período que precedió al funesto reinado de Carlos II «el Hechizado», y que hizo perder el Rousillón y el Artois, a poco pierde Cataluña, y vió emancipar definitivamente a Portugal.

Es María, casada con un hijo de Guillermo de Orange, a la que van a buscar los que están en contra de los absolutismos e intransigencias religiosas de Jacobo I en Inglaterra, y que, como aunque dispuesta a aceptar, viera que su marido rehusara compartir con ella la corona, por no querer desempeñar jamás el papel de un rey consorte, no vaciló en renunciar a esta corona, prefiriendo ser en Holanda la esposa de un Stathoulder, a reina sin la compañía de su esposo, conflicto que se resuelve cuando los comisionados acceden a que Guillermo sea reconocido como rey propietario de Inglaterra y no como consorte,

con los mismos poderes que la reina, empezando entonces uno de los períodos de grandeza de la nación británica, en que María unió su clara intuición de mujer, al arte de estadista de Guillermo, primer político de su siglo.

Es madame de Maintenon, esposa secreta, pero respetada, de Luis XIV, que llevó su fanatismo por la religión católica a utilizar todo su poder sobre el monarca para decidirle a revocar el famoso Edicto de Nantes, prohibiendo de este modo a los hugonotes la publicidad de su culto, y privándoles con ello de muchos de sus derechos políticos. La determinación del monarca, debida a la intervención de su favorita, determinó que los reformistas emigraran de Francia, yendo a establecerse en Holanda e Inglaterra, donde engrandecieron el comercio de estas naciones, y donde, por su profesión de tejedores y orfebres, en su mayoría, contribuyeron al desarrollo del comercio británico.

Y llegamos a las conjeturas. Aunque el término parezca extraño, es lo cierto que en la historia de la política de cada país, especialmente en Inglaterra, hay también consejeras, que unen su influencia política decisiva a veces de modo exclusivo a la de los consejeros, cual por ejemplo, en el reinado de Ana, en Inglaterra. Mujer de escasa voluntad y poquísimá energía, fué juguete de los dos partidos adversos, el Whig y el Tory, pero la decisión de la reina en uno u otro sentido, la definieron dos mujeres inteligentísimas: la duquesa de Marlborough, en los primeros años de su reinado, partidaria del partido Whig, y más tarde, apartada la duquesa del favor real, a ser ésta sustituida por Lady Masham, prima del significado Tory, Lord Harley, que decide de la orientación de aquel reinado, ya que la subida del partido Tory deter-

minó el cese inmediato de la guerra de sucesión, mantenida con España.

También en España se da el caso de Sor María de Agreda, María Coronel, en quien se creía ver una nueva Teresa de Jesús, y que si, como mística no ha llegado a las cumbres de la literatura, como consejera de Felipe IV tiene un lugar no superado. María de Agreda distinguese de las otras consejeras, en que no tiene el empeño de captar la voluntad del monarca para el partido o las ideas que defiende, limitando su labor a darle voluntad propia y alejarle de validos, cuyos consejos jamás están inspirados en otro interés que el personal. Sor María, a quien atribuían cuantos hechos realizaba Felipe IV, no hablaba al rey inspirada por la Divinidad, sino atendiendo a la voz popular, y así decidía al rey con sin igual franqueza, que «él y sus reinos están pobres, y todos los que andan en la masa, prósperos y ricos». Y así se da el caso de que sea esta consejera olvidada en la historia política, quien mantuviera el harto ya vacilante trono de Felipe IV, recomendándole a éste que «el reinar, tanto tiene de peso como de grandeza, y el trono real no es asiento de descanso ni de retiro, sino de solicitud para el bien común de todos». Lección que por olvidar sus sucesores, dieron al traste con el régimen y la institución monárquica.

Y cómo olvidar en nuestra mención a la famosa Princesa de los Ursinos, la intrigante que tuteló los primeros años de Felipe V, mujer de una gran dulzura y de una energética voluntad; de una ambición que quería la elevara a la categoría real, hasta el punto de que, cuando en 1715 se firmó el tratado de Utrecht que puso fin a la guerra de sucesión de España, pensó en pedir para ella un

Gobierno independiente de los Países Bajos. Omnipotente en la voluntad regia, por demás débil e insignificante, sólo halló digno rival suyo en otra mujer, en la elegida para esposa de Felipe V, en Isabel de Farnesio, antes que inteligente, obstinada; antes que intrigante, audaz; antes que genial, ambiciosa, que sitúa todas las ambiciones de su vida en buscar tronos fuera de España para sus hijos, teniendo en sus manos, finas y delicadas, los hilos todos de las conspiraciones diplomáticas e intrigas reales, que merecieron que de ella se dijera por Federico II de Prusia: «Es una mujer que nada sorprende y a la que nada puede detener».

Son las comediantes, como Luisa de Gonzaga, la hija mayor del Duque de Mantua, que casada por fin, pese a su reputación un tanto dudosa, que no mejoró con su matrimonio con el rey de Polonia, Ladislao IV, y a la muerte de éste, con su hermano y sucesor, Juan Casimiro, utilizaba su posición para intrigar en Varsovia a favor de Francia, nación donde su hermana Ana, la famosa «princesa palatina», figuraba casada en secreto con el hijo del electo de Baviera. No pueden resumirse en unas líneas las intrigas diplomáticas de estas mujeres, y de modo especial de Luisa, que casada ya dos veces con quienes habían ostentado el reino de Polonia, trabajó porque a la muerte de su segundo esposo, viniera a sucederle su amante, el Príncipe de Condé.

Y como María Teresa de Austria, la juvenil esposa de Francisco de Lorena, que por su matrimonio con éste era juzgada como extranjera e impopular en el país y que para defender su corona recurrió al truco, no por hábil menos digno de la gran farsa internacional, de presentarse ante la Dieta de Hungría con sus hijos pequeños

de la mano, madre débil y sin apoyo, en su aspecto, oradora energica y habilísima por contraste en su discurso ante los diputados, que salen de la sesión famosa prorrumpiendo en aquel grito que fué su consagración: «*Moriamur pro rege nostro Maria Theresia*».

Es en Polonia, en juego su independencia, tantas veces destruída, Kosciusko, el que ya en América habíase batido por la independencia de aquel gran pueblo, a las órdenes de Washington, y que intentó repetir la hazaña con su patria, limitándose a ser en ella el brazo de la condesa de Mnizeich, que pertenecía a la primera polaca, y cuyos salones se utilizaban para los reclutamientos de fuerza, para las alianzas de voluntades, que no le impedían a ella abandonar sus galas y sus lujos, para recorrer, montada a caballo, las llanuras cubiertas de hielo, encargándose por sí misma de la difícilísima misión diplomática de celebrar en Bélgica entrevistas con los generales vencedores de la Revolución Francesa. Y es que no en balde repiten los historiadores, que «es imposible que un hecho tan grande como la desaparición de una nacionalidad en Europa, pudiera llevarse a cabo sin que en el fondo sintético de ese cuadro, no se destacase el perfil de una «mujer».

Es en Suecia, y en pleno siglo XVII, la figura de la reina Cristina, de asombrosa precocidad, de clarísimo talento, de vasta ilustración, iniciada muy joven en la política de su país, asistiendo desde niña a los Consejos de Ministros, amiga de Descartes, protectora de las ciencias, pero sin la voluntad y la energía indomable que caracterizaba a las grandes reinas, entregada antes que nada al culto de su personalidad, con preferencia a su papel y poderío de reina. No es, por su corazón, una María

Estuardo, ni por su inteligencia práctica, una Isabel de Inglaterra; es la personalísima Cristina de Suecia.

No olvidemos, a nuestra vez, que son las favoritas en la Historia las que determinan muchos hechos que, de otro modo no tienen adecuada explicación. Son, en primer término, madame de Tencin, la amante de Richelieu, que no se resignaba a perder su influencia en los asuntos internacionales, y que combinaron el proporcionarle al monarca una amante en la persona de María Ana de Nesse, entonces viuda del marqués de la Tournelle, de veinticinco años, gran ambiciosa, que podrían fácilmente manejar a su gusto, y de una espléndida belleza. La joven, ensalzada por su real amante al título de la duquesa de Chateauroux, pensó en hacer de Luis XV un hombre nuevo, sugiriéndole planes de engrandecimiento nacional, logrando acabar con la pereza del rey, mandándole al frente del ejército francés, que combatía entonces en Flandes. A ella la siguió Antonieta, reinado que duró diecinueve años, marquesa de Pompadour, que tenía facultades para designar generales de sus ejércitos, primeros ministros y embajadores, y que estimuló el arte de los salones, dedicándose con todos a la filosofía, y creando un nuevo tipo de belleza, que dió lugar a nuevas escuelas de pintura, la de Boucher y Watteau, que no tenía ya las pinceladas energicas de Velázquez, el colorido mórbido de Rubens, las tonalidades discretas de Lorrain, sino el retoque de la figura en los detalles, la minuciosidad un poco frívola y coqueta de los propios modelos, marquesitas que parecen talladas en porcelana.

Reinado del cotillón, éste en que las grandes fiestas mundanas eran los pretextos para las deliberaciones políticas, y éstas eran cuando se realizaban fuera del marco

de un salón de baile, verdaderos cotillones, en las saletas privadas de los reyes y sus favoritas. Y mientras se enhebraban los pasos difíciles de un baile de época, Madame de Pompadour, con sus zapatitos Luis XV, que hacían un poco más elevada su diminuta figura de talla policromada, decidía impasible, entre sonrisas, el pacto y la alianza con el Austria, que tan desastrosa había de ser para Francia, y que motivó el que la guerra se extendiera a América, y la Francia perdiera, por el tratado de París, firmado precisamente en 1763, el Canadá y las Indias.

Reina fué, no obstante, la Pompadour, que mandó hasta su muerte. Precisó, pues, que la Parca segara su vida, para que el puesto de favorita «oficial» fuese ocupado por otra, y le tocó a una joven de humildísimo origen, pero de excepcional belleza, la Condesa du Barry, que conquistó plenamente al anciano rey. No olvidemos que estamos en el reinado de Luis XV, y que estas mujeres van a ser las causas determinantes de la Revolución Francesa. ¿Cómo?... ¿Por qué?... Atended a unas cifras. Según Michelet, la marquesa de Pompadour costó a Francia solamente ocho millones de francos, lo que para su tiempo, en que los ingresos sólo se contaban por miles, representaba una suma fabulosa; añadid las restantes amantes de Luis XV, los millones con que las engrandeció y creó títulos nobiliarios para sus bastardos numerosísimos; pensad en las guerras y campañas europeas a que dieron lugar, haciéndola perder sus propias colonias, de donde provenían los más saneados de sus ingresos. La Hacienda está en plena y escandalosa bancarrota. Hacendistas, políticos y hasta filósofos, concentran su atención en el Palacio de Versalles. Por estos mismos años

(1762, por más señas), se publicaban dos obras que habían de causar una revolución: de tipo social, la primera, de tipo pedagógico la segunda. El «*Contrato Social*» y «*El Emilio*», y al conjuro de estos dos factores reunidos, exclamaba el monarca con acertadísima visión: «Después de mí, el diluvio», y, en efecto, tras él, el diluvio de sangre de la revolución francesa corrió y regó la tierra, siempre fecunda, de la noble Francia.

Otra gran mujer, fué Catalina de Rusia, página de oro en la historia de la casa imperial de Rusia; asesina, adultera, audaz, civilizadora de un pueblo que era, simplemente, un conjunto de hordas asiáticas; fomentando los colegios de Medicina; sabia administradora de sus gastos, con una decisión que le hacía ir recta al objeto, sin pararse en derechos históricos adquiridos, ni en leyes o prerrogativas divinas, hombre antes que mujer, de insaciables pasiones, de ferrea voluntad.

No faltó, tampoco, en el gran movimiento enciclopedista, la presencia de la mujer. Madame de Tencin, en cuyos salones se mezclaban los complotos con las disquisiciones filosóficas; madame du Deffand, que en su juventud fué amante de Richelieu, siéndolo en su vejez del presidente Renault, donde reuníanse en gratos coloquios Diderot, D'Alembert, Montesquieu y Voltaire; madame de Lamberg, el más serio de los salones, donde se discutían altos problemas de filosofía y se otorgaban diplomas de competencia, donde acudían Lamothe, Argenson, Fontenelle; el de madame de Geoffrin, que influye no sólo en la Francia, sino en toda Europa, con cuyos sabios y reyes mantenía relaciones epistolares de estrecha amistad, hasta el punto de que en cierto viaje que hizo a Varsovia, fué recibida por el rey como si fuese

ra otra reina, y cuya distribución de las fiestas en sus salones revelaban un tacto y discreción exquisitos, separando días para los artistas, otro para los sabios y otro para los simples petimetros.

Pero la mujer tipo de la Enciclopedia, fué Mlle. Julia de Lespinasse, a quien D'Alembert amó locamente, y a quien arrastró a sus salones, con su gran talento, con su instrucción esmerada, con sus falsas e intrigas, manejando las palabras como el mejor de sus encantos, y para suplir la falta de belleza, donde sólo sus ojos negros, magníficos, un poco hieráticos, resaltaban con la magnificencia soberana. Ella, dueña y señora del principal tratadista de la Enciclopedia, infundiendo por todos los medios por Europa, las nuevas ideas filosóficas, jugaba con sus desdenes, con D'Alembert, su juguete, de quien ella disponía libremente y a su antojo.

¿Y qué decir de Mme. Sofía Monnier, que inspiró un terrible amor a Mirabeau, por entonces un joven desconocido, hijo del marqués del mismo nombre, y para evitar cuya pasión, este marqués encerró a su hijo durante diez años en Vincennes, período que aprovechó el joven para comprender las tragedias todas del absolutismo, y convertirse, de un joven entregado a las pasiones venéreas, en un agitador político que habría de manifestarse en breve en la reunión de Estados generales, cambiando su puesto de noble, al que su nacimiento y su título le daban derecho, por el de simple diputado y representante popular, e intérprete de las ideas de la Enciclopedia, verbo de la revolución, portaestandarte de las nuevas doctrinas, que nada de ello hubiera sido, si no fuera por aquella pasión que despertó en su conciencia aquella dama, cu-

yo nombre sólo pasó a la posteridad en unas memorias medio olvidadas : Madame de Monnier.

«Y cómo no reconocer la responsabilidad directa de María Antonieta en la revolución que le costó la vida? María Antonieta, joven, frívola, graciosa, bella, sin sentido de su responsabilidad, gustaba de disponer, ignorándolo todo, del nombramiento de los ministros, y nombró para salvar a Francia a Calonge, el adulador, que al ser nombrado replicó al favor regio con las siguientes frases, que dan la medida de su conducta : «Señora, si lo que V. M. pide es posible, ya está hecho ; si es imposible, se hará.»

María Antonieta, entregada a la amistad con la condesa Julia de Polignac, segunda reina de Francia, disponiendo al antojo de ésta y de su esposo de los puestos todos de Francia, concitó a la enemistad del duque de Orleans, que mientras vió cómo madame de Polignac era admitida al favor regio, pese a lo disoluto de su conducta, vió rechazada de la asistencia a las fiestas regias a su amante, madame de Porlis, que ostentaba públicamente el título de aya de su hija. El facilitó la labor de la revolución futura, de las acusaciones populares, recogiendo y fomentando la leyenda derivada de las declaraciones de la condesa de Lamothe, de una reina de Francia, concediendo citas de amor en los jardines de su palacio, para obtener un collar como una simple cortesana, y así hablaba con sonrisa de sátira de la «virtud de María Antonieta». La reina que pudo, siendo como era árbitro de la situación en Francia, provocar los Estados generales y desarmar la Revolución, adelantándose a ella, se mantuvo en la más funesta intransigencia, y sólo pensó, como recurso supremo, en la intervención extranjera.

Y así llega la revolución, que hacen en la calle; y es éste, por lo mismo que es el primer ejemplo que se registra digno de señalarse, las mujeres que, capitaneadas por Theroigne de Mericourt, valiente y elocuente, asaltan las verjas de Palacio y vuelven a París a comunicar a los hombres que han quedado allí esperando las nuevas de su victoria, que habrá de repetirse poco más tarde, al asaltar con los marseleses las Tullerías, el 10 de agosto, y al invadir las tribunas de la Convención Nacional, en los días de discusiones más apasionadas.

Pero de entre todo este núcleo anónimo, destácase una mujer, madame Roland, María Juana Philippo, que parece predestinada por el destino para el papel que le fué reservado en la Historia; dominando la música, los idiomas, los conocimientos históricos, la filosofía y la economía política; oradora, alma de la Gironda, joven, como todos aquellos diputados que formaban su grupo, como ellos arrogante y generosa, discutiendo en su salón decretos y proyectos de ley; fiel amante de la causa republicana, hasta lanzar a Barbaroux con sus marseleses sobre las Tullerías, adelantando así la proclamación de la República, y situando abiertamente, en contraste frente a María Antonieta, la reina déspota e inconsciente, a esta madame Roland serena, dueña de sí, personalidad la más interesante tal vez de la Revolución Francesa, frente a la cual, madame Dantón, que intentó hacer cesar la muerte de su esposo, Lucila Desmoulins, que corrió como loca por las calles de París para salvar a su marido de la venganza de Robespierre; Lodoiska, que pretendió salvar a su amante, el girondino Louvet, son figuras de menor magnitud, de las que sólo otra mujer, Carlota Corday, habría de salvarse, por su ímpetu revolucionario, que la

lleva al propio asesinato, se salva por la magnitud de su audacia.

Es Carlota Corday, a quien Lamartine llamaba «el ángel del asesinato», perseguía en su casa de Caen, propiedad de su vieja parienta madame de Bretteville, por la idea fija que le martilleó en su juventud y que por fin iba aclarándose lentamente. El nombre obsesiónante de Judith. Y son azares del Destino los que hacen que precisamente entonces, sacudiese Francia, al conjuro de las luchas de girondinos y jacobinos, y que Carlota, educada por su anciana tía, reciba con lamentos la muerte del rey, y la presencia triunfante de Dantón, Robespierre y Marat. De entre estos tres nombres, el último no es francés, que es ginebrino, suizo, extranjero, como Holofernes, y Carlota va a su encuentro, al encuentro de aquel hombre, del que decía uno de sus biógrafos, que médico y filósofo, heredó de su paisano Juan Jacobo el amor a los humildes y la austereidad de las costumbres, adornándose sólo con su pobreza harapienta, y queriendo aplicar a la sociedad una terapéutica de bisturí y de sangre. Carlota intenta verlo inútilmente. Recurre a una estrategia, el asunto que la trae es delicado. Se trata de hablarle de la conspiración de Caen. Por fin Marat la recibe, y Carlota Corday, impasible, alucinada, con sus ojos grises amplios, magníficos, hunde el puñal en el pecho de Marat, y limpia así del estorbo principal el camino de Bonaparte. Esta es la trayectoria política de Carlota Corday, la exaltada francesa, dueña de sí, con absoluta sangre fría, hasta el momento de su muerte, en que al ofrecerle una silla para que haga sentada el largo camino de la Amargura que recorre el carricoche, camino del patíbulo, responde a la frase de excusa: «El camino es

muy largo», con esta otra irónica y femenina: «No importa. Estamos seguros de llegar».

Y surge la última figura de la revolución francesa, Teresa Cabarrús, hija de un noble español, divorciada de su esposo, el marqués de Fontenoy, y a quien amó con locura Juan Lamberto Tallien, enemigo de los girondinos, jacobinos de extrema, a quien la Convención confió su representación en Burdeos, con plena confianza de que habrá de extirpar de aquella localidad los gérmenes todos de la Gironda. Pero no contaban los núcleos de la Convención con la influencia de Teresa Cabarrús, de la que había de llevar el nombre de «Notre Dame de Thermidor», porque a su conjuro vaciaronse las cárceles que el impulso de Tallien había llenado, y tanta y tan eficaz fué su protección a los girondinos, que llegaron denuncias concretas de ello al Comité de Salvación Pública, que lo llamaron para responder de sus actos, y encerró a Teresa en uno de los calabozos que ella misma había desalojado. Allí Teresa, con su propia sangre, escribió una carta apasionada a Tallien, y éste, sin meditar el peligro que corría, organiza con otros revolucionarios la conjura contra Robespierre; juega su cabeza; triunfa con sus amigos, en la jornada del 9 de Thermidor, y Robespierre, a su vez, sube al cadalso. Ni la ambición ni la venganza habían logrado hasta aquí destronar al tirano. El amor de una mujer lo consiguió y cambió con ello la trayectoria de Francia.

Es en la Inglaterra, del mismo tiempo de la Revolución Francesa, una mujer anónima, Mrs. Armistead, acusada, pese a su gran talento y sus condicionees excepcionales, de haber sido una simple querida del difunto rey Jorge II, y a quien Fox, el defensor en Inglaterra de la le-

gitimidad de la Revolución Francesa, la máxima autoridad de los «wigs» amó locamente. Gracias a ella, cambió Fox su género de vida; los «wigs» le pagaron sus deudas, el famoso parlamentario reconquistó su popularidad, ya perdida, y logró que a su conjuro, Inglaterra concertase el famoso tratado de Amiens, que encierra la paz con la Francia consular. ¡Cuán otra no hubiera sido la suerte de la propia Francia, al no ser reconocida por la nación inglesa, si Fox no hubiera reconquistado, al conjuro de una gran pasión, el prestigio perdido, y no hubiérase puesto con su propósito de realizar la redención del pueblo francés, harto perseguido e injuriado ya!

¡Cuán otra no hubiera sido, a su vez, la orientación de Napoleón, y cuán distinta su posición en el mundo, si no hubiera tenido una gran pasión, la gran pasión de su vida, por la viuda del general Alejandro de Beauharnais, por la que hubo de ser Emperatriz Josefina, que apartó de su mente el propósito de marchar a Egipto y forjarse un imperio en Oriente, porque ¿cómo llevar a Josefina a Arabia? Ninguna otra mujer, ni la cantante italiana Grassini, ni la actriz francesa Mlle. Mars, ni aún la hermosísima polaca, condesa Walenska, influyeron sobre Napoleón como Josefina, que salió de la celda de la cárcel que compartió con Teresa de Cabarrús y Mme. de Anguillón, para, redimida por el amor de Bonaparte, colocarse tan alto, que ni aun le llegaron a su solio imperial la calumnia y la envidia maledicente de sus amigas de antaño.

A las mujeres debió toda la familia Bonaparte el triunfo o el fracaso en sus empresas. Así Luciano, por casarse con una mujer de mala nota y poco inteligente, Alejandrina Blenschamp, Mme. Joubert, dejó de ser el factotum de Napoleón en la administración del Imperio; Je-

rónimo, casándose con Catalina de Wurtemberg, recibió en premio la corona de Westphalia; Luis se unió con una cuñada suya, Hortensia de Beauharnais, y obtuvo a cambio el trono de Holanda, y a Carolina Bonaparte debió Murat, que con ella se casó, el trono de Nápoles, y aun el sueño casi asegurado de la posesión de toda Italia.

Y surge, por último, una aventurera, apenas conocida, mujer cuyo influjo en la historia del principio del siglo XIX fué tan grande, que evitó la dominación universal que soñaba Napoleón. Nos referimos a Emma Lyons, desposada con un noble inglés, con lord Hamilton, aventurera de siempre, pero de belleza magnífica, hecha para amar a un hombre de genio y pasar a la Historia como inspiradora suya, y que al conocer a Nelson, el almirante insigne, dedicó a él las más fervidas de sus atenciones. Amante suya ya, llega el momento en que las escuadras francesas y españolas coinciden en aguas de Cádiz, para oponerse a la inglesa. Manda la escuadra el almirante Collinwood. Se avecina la trágica batalla de Trafalgar. Los subordinados de los barcos ingleses solicitan la presencia de Nelson, y éste, entregado al amor en los brazos de Lady Hamilton, se vió impulsado por ésta, que amaba a Nelson por lo que era, por su heroísmo, no por su persona, le empuja, le hace salir de la patria, le lanza al peligro, y nos da como medida de su alma aquella sobria frase con que acogió la noticia de la magnífica victoria de Trafalgar, que hubo de costar la vida a su amante: «También lo había previsto», sin ulterior comentario.

Al empezar la era moderna, surgen las mujeres que actúan en masa anónimamente, y que, no obstante, deciden

de la intervención y acción práctica de los pueblos. Tal, la lucha por la independencia de Grecia, para sacudirse el despotismo otomano, y en cuya lucha, las mujeres suliotas, aguardaban desde lo alto de una montaña los resultados de las batallas entre sus hijos y esposos y las tropas turcas mandadas por Alí-Pachá, y como vieran que le suerte fué contraria a los griegos y a ellas sólo se les reservaría el papel de botín del vencedor, se lanzaron bailando en corro al abismo, pronunciando la frase de «¡ Yo te respondo, Grecia, que serás libre ! », episodio en verdad de épica grandeza, que permitió hablar del triunfo de Grecia, cuando hasta la mujer se ponía de su parte.

En Venezuela, fueron las «mujeres», las que se declararon públicamente partidarias de la causa de la independencia, y al lado de Bolívar, el libertador, subieron al cadalso en la persona de Policarpa Salabarrieta. El triunfo de Sucre en Ayacucho, y las victorias de Mariño, de Santander, de Paez, el genio todo de San Martín, era debido a la cooperación magnífica de las mujeres, que merecieron bien el que al pisar Bolívar suelo del Perú, dijera en un arranque de legítimo orgullo: «¡ Hijas del sol. Ya sois tan libres como hermosas ! »

Aún en la revolución de Julio, cuando la dinastía de los Borbones va a desaparecer de Francia, aparece la duquesa du Berry, ya que quiere la ley de la Historia que asista a esa puesta de sol del régimen monárquico en la figura de esta mujer, que, intentando repetir las hazañas de los chuanes, se lanzó a los campos de la Vendée.

Así aparece aún María Leticia de Wyse-Bonaparte, la nieta de Luciano Bonaparte, con una inteligencia clarísima, y una energía indomable de la voluntad, a más de una hermosura notabilísima, cuyo matrimonio con Ratazz,

la puso en relación con los partidarios de la unidad de Italia y la permitió ir a París a obtener la alianza del poderoso imperio francés, destruyendo con su elocuencia hablísima, las objeciones del emperador, que pretendía evitar una guerra con Austria, y siendo su intervención la que motivó las victorias de Magenta y Solfento.

Y ved a la Emperatriz Eugenia de Montijo, elevada por su belleza al solio imperial, y que ignorando el poder militar de Prusia, habituada a los loores que cantaban al ejército francés, siempre victorioso, desencadenó la guerra que acabó con su poderío y lanzó entre trágicas llamaradas el terrible motor de la Commune, donde otra mujer, Luisa Michel, ni joven, ni guapa, ni seductora, ni aun amante regia, sino energética, dura, temple de luchadora y de soldado, grabó su nombre de rebelde en este episodio sangriento de la Historia.

Esto parece señalar un cambio de conducta, el ocaso de la influencia de vieja política ambiciosa e intrigante de la mujer. Inútiles son los esfuerzos que a este respecto realiza la desgraciada princesa Carlota, que, cegada por la ambición, impulsa a su esposo Maximiliano a la aventura peligrosísima de Méjico, aventura que pagó Maximiliano con su vida en Querétaro, y ella con su peregrinación por las Cortes de Europa, hasta perder la razón ante la destrucción de los planes tanto tiempo acariciados; y de Cristina de Borbón, cuya habilidad la permite juzgar con tres partidos a la vez, y gobernar durante tres reinados: el suyo, el de su hija y principios del de su nieto, y que no es, sin embargo, óbice, para que tuviera que salir de España expatriada ante el clamor de la oposición popular, y aún fuera la causante directa de la primera República.

Sólo quienes vienen a ser manivelas que marcan la hora del reloj, termómetros que acusan hasta las menores variaciones de la voluntad popular, como reinas demócratas, de las que es el primer ejemplo la reina Victoria de Inglaterra, a cuyo lado acoge y llama a las grandes figuras de su nación, a Peel, a Russell, a Cobden, a Palmerston, a Disraeli, a Gladstone. Sólo ahora, en la actualidad, reinas como doña Guillermina, la reina holandesa, pueden a costa del sacrificio de su individualidad, de lo más noble y personal de sus ambiciones y de sus rebeldías, conservar los tronos harto inseguros ya, y sometidos a las asechanzas de las masas revolucionarias. He aquí la consecuencia de la democracia que iguala a todos, reyes y súbditos, en privilegios y autoridad, y que no permite ya el encumbramiento de princesas omnipotentes, a costa de sus encantos, o de su inteligencia, convirtiendo en feudos lo que son sólo conglomerados de ciudadanos.

Y ahí están, en nuestro tiempo ya, mujeres como Rosa Luxemburgo, que intentó inútilmente cambiar la ruta del socialismo alemán, con una orientación genuinamente revolucionaria y pacifista, y como María Kruspskaia, la mujer de Lenin, cuya decisiva influencia en la vida del revolucionario ruso, determinó que Vladimiro Havnianotch, en lugar de un buen burgués y comerciante, fuera el héroe, el dios mejor de las multitudes del pueblo ruso, pueblo romántico y religioso, místico hasta en sus anarquistas, como León Tolstoi, o en sus nihilistas, como Máximo Gorki.

Pero sigue la racha de las mujeres actuando en masa anónimamente. Desde las que se adscriben como soldados en las tropas chinas y japonesas, a las que se acogen a

esa férula de la democracia para escalar puestos representativos de la nación, como senadoras, diputados y hasta ministros, como Margaret Bondfield, en Inglaterra, y en la actualidad, como la que fué secretaria de Franklin Roosevelt, y hasta a su vez, desarrollado aún más, por el creciente anhelo de matar y destruir que se despierta con las guerras, el tipo harto más reprobable de la mujer espía, utilizada para los más bajos menesteres y con obtener a cambio de un amor fingido las delaciones más horribles, para tener en sus manos la vida o la muerte de tantos hombres, de tantas mujeres y niños inocentes, de pueblos enteros, a los que sepultan en la nada de la destrucción, por el sólo azar de esas confidencias hábilmente obtenidas. Mujeres espías que, sin emular las glorias de la Mata-Hari, forman hoy legión en cada Estado, en cada región, en cada localidad, denigrando la profesión implícita de la mujer, siempre al servicio de la bondad y de la justicia, para servir, por el contrario, mezquinos intereses de Patria, cuando sólo debe intervenir en influir para ella, la gran patria universal, de la única bandera de Humanidad.

Ved el magnífico ejemplo de las mujeres en la campaña gandhina. Continúa hoy en toda su intensidad, la campaña libertadora. Los voluntarios gandhianos, con una valiente tenacidad, persisten en su determinación de obligar al gobierno imperial en entrar en relaciones amistosas y pacificadoras con el caudillo. Las mujeres indias, estos diminutos seres, a quienes la reclusión en las «zenanas» les había privado de nervio y acometividad, han salido a la calle a cooperar activamente en la lucha que el hombre mantenía. Un caso típico de la admirable cooperación que la mujer sabe prestar en un arranque de la compren-

sión de su verdadero feminismo, como compañera y cooperadora del hombre en todos aquellos fines que trate de cumplir dentro de su campo de acción especial, es el siguiente: A las cinco de la tarde se iba a dar un partido de «foot-ball» en la gran «maidan» o campo de recreo de Calcuta. Cuando el público llegaba cerca del campo, se advertía una imponente muchedumbre en las cercanías. Se creía que la policía pretendía impedir el acto que se iba a realizar. Sin embargo, las entradas estaban custodiadas por piquetes de mujeres, que impedían el acceso: «¿Cómo podéis divertiros de esta manera...? —decía una—. ¿Cuando la madre patria está en tal situación, cuando cientos y miles de vuestros compatriotas están en la cárcel y el Mahatma está en la prisión?... —completaban otras—. «No juguéis—rogaban algunas—. El único juego que hay que jugar al presente, es el juego de la libertad nacional». Y los futbolistas se rindieron ante la imposición de las discípulas de Gandhi. Se retiraron a su club. La multitud permanecía atónita, mientras las mujercitas siguieron en su guardia hasta bien anochecido. Las mujercitas indias habían vencido. Estas mujeres, que de este modo han sabido cooperar en la medida de sus fuerzas a la campaña revolucionaria de la India, estas mujercitas, hasta aquí, vivían recluidas en la «zenana», aisladas del mundo, y que ahora saben poner la causa de una revolución política por encima de su propia vida, han sabido comprender el sentido del verdadero feminismo; saben muy bien ya que mientras el hombre luchaba con las armas en la mano, ellas, convenciendo a aquella multitud, presentándola su ejemplo vivo, la han hecho pensar en la necesidad del cumplimiento de su deber. Gratas mujercitas de la campaña gandhiana.

Por qué no habríamos de tener en España, cientos, miles de mujeres que supieran poner, por encima de sus prejuicios, la idea sublime de la causa revolucionaria, que supieran ayudar al hombre con su astucia y con su aparente debilidad, predicando con sus palabras y con su ejemplo en una labor de desinteresada abnegación.

¡Qué distinto no hubiera sido el curso de la Historia si estas mujeres no hubieran intervenido en ella! ¡Cuántas guerras se hubieran evitado! La Revolución rusa no hubiera tenido a Lenin, los tiranos no hubieran muerto, España no se hubiera independizado de la férula absolutista. Nada. Nada de esto habría pasado. Otro, posiblemente muy distinto, hubiera sido el curso de la Historia. Ellas nos dan la clave de sus aparentes misterios. Ellas la escriben y la explican. La mujer no habrá tenido voto, no habrá influido como masa anónima de votantes en el rumbo de la política de un Estado, de un Municipio cualquiera, pero ha influido siempre, y de modo harto más decisivo, conquistando con su belleza y su inteligencia directamente la voluntad de cuantos creían tener en sus manos, cuando estaban en las nuestras, los hilos todos de la gran trama internacional. ¿Lo han hecho bien? ¿Lo han hecho mal? Aquí termina nuestra misión. No es papel nuestro juzgar, sino relatar, y al hacerlo, con la máxima objetividad que nos es posible. El juicio de la Historia es distinto, según quién haya de ser el juzgador. Detengámonos ante los umbrales de la crítica, y límitémonos a realizar esta visión retrospectiva, que nos permite ver siempre tras las testas orgullosas de los hombres, las femeninas de las mujeres que, sin serlo, han sido en el secreto de sus «boudoirs» las que han llevado en sus manos las riendas del mundo. Y tened la confian-

za que cuando ya no hemos perecido todos en una catástrofe sísmica, cuando los pueblos no se han hundido todos en el abismo, sujetos como estaban a las menudas pasioncillas de sus directoras, seguro está el mundo contra todos los elementos, y asegurados sus habitantes contra la marejada de todas las pasiones. La mujer ha cifrado casi siempre su influencia en su belleza, antes que en su inteligencia, aunque a ésta debiera el triunfo o el fracaso de sus empeños. Que de hoy en adelante lo fíe en su capacidad, antes que en sus artes de seducción, es lo único que cabe esperar de las mujeres nuevas. Hasta hoy puede decirse con Pascal, que «si la nariz de Cleopatra hubiera sido un centímetro más larga, ¡cuán distinta hubiera sido la suerte del mundo!...» No adivinemos el porvenir. Consultemos al pasado, y en el pasado resaltan estas bellas figuras de mujer que van desde Cleopatra a María Antonieta, pasando por la princesa de Eboli y madame de Pompadour. Y ellas van además unidas a la popularidad verdad, a la leyenda de amor que el pueblo asimila con insospechado fervor. Sólo los eruditos, los historiadores, sabrán de los hechos de armas y las combinaciones diplomáticas de los monarcas; sólo ellos conocerán los nombres de Carlos I de Inglaterra, de Federico II de Prusia, de Jacobo, de Eduardo, de los Luises que reinaron en la corte de Francia. Pero madame du Pompadour, madame du Barry, madame de Maintenon, Cleopatra, Mesalina, Friné, Aspasia, la Calderona, esos nombres, no morirán nunca, porque el pueblo, con sublime intuición política, han comprendido que han sido ellas quienes han escrito la historia de los pueblos con unas miradas de desdén o unos suspiros de amor.



## **FEMINISMO**

---

Esta conferencia no ha sido dada por causas que omito; pero estaba destinada a darse en Monzón, pueblo nativo del insigne republicano y gran polígrafo aragonés.

LA AUTORA



EJEFICIOS, CAMARADAS Y AMIGOS :

Voy a hacer la presentación de mi humilde persona, sin esos formulismos de rúbrica, tan acostumbrados entre oradores capacitados, que, para hacer resaltar más su verbosidad, empiezan su peroración en estos o parecidos términos :

«Yo no sé nada». «Un servidor carece de méritos o está indocumentado para hablar de este asunto, etc., etc.»

Yo les diría de buena gana a esos señores : Si tan incapaz te consideras, si no sabes lo que vas a decir, ¿para qué te presentas ?

Prescindiendo, pues, de esta humildad fingida, me presento a vosotros para deciros :

Quiero aportar mi grano de arena a esta obra de cultura, porque entiendo que es un deber sagrado para todo ciudadano, el dar a la pa-

tria y por la patria, cuanto moral y materialmente posee.

Al traer a esta obra de cultura el esfuerzo de mi inteligencia, me guía el deseo de impulsar a la mujer hacia el feminismo, base de la redención mundial.

¿Qué es feminismo? ¿Cómo puede influir en los destinos de los pueblos? ¿Debe la mujer tomar parte en la colaboración de las leyes? ¿Qué es la familia? ¿La mujer es inferior al hombre?

Estos son los puntos esenciales que me propongo desarrollar en la medida que mi capacidad lo permita.

Para ello os pido un poco de atención y un mucho de indulgencia, para las faltas o errores que contra mi voluntad pueda cometer, y, entremos en el asunto.

¿Qué es feminismo? Según la definición de nuestro idioma, feminismo es lo concerniente a la mujer; pero yo diría:

Feminismo es espiritualidad, ternura, amor.

Y como estas cualidades son innatas en la mujer, he aquí que es una equivocación asustarse ante el despertar de esa media humanidad que ha estado aletargada largos siglos.

Espiritualidad es el estado en que el alma

racional se halla respecto a nuestro ser; por tanto, negar a la mujer esta propiedad, equivale a negar la existencia de su alma como ser racional, y como la mujer es la madre del hombre, forzosamente ha de ser consustancial en todo a él, puesto que de ella se nutre, desde el instante mismo de su concepción. Mucho se ha discutido acerca de la espiritualidad de la mujer; en todos los tiempos hemos tenido y aun tenemos quien combate la propiedad de tan preciado don, pero no es menos cierto que ha sido cantado por los vates con entusiasmo, y que la evidencia ha triunfado de la obstinación, que se defendía al amparo del más fuerte.

¿Pero hay espiritualidad en el feminismo de las damas sufragistas inglesas que asaltaron los museos y derribaron sus mejores obras para reclamar con amenazas y gritos soeces la igualdad en el sufragio?

No; no; eso no es feminismo.

Eso es una manifestación brutal de la carencia de cultura que en todo tiempo se le ha negado a la mujer.

No hay que confundir lo uno con lo otro. Esas mujeres, educadas en el grado que les correspondía, hubiesen entrado en los museos para admirar el genio de los grandes artistas y las

de inteligencia privilegiada, se hubiesen inspirado tal vez, y hubiesen dado forma a sus pensamientos con el buril, la pluma o el pincel.

No hace falta destruir para hacer valer nuestros derechos, sino edificar, y para edificar, hay que capacitarse.

La civilización, que en estos últimos años ha dado pasos de gigante, no se ha puesto todavía al alcance de la mujer, porque existe el prejuicio de creer que la mujer instruída es un estorbo para la buena marcha de la sociedad.

Este error es el que hizo que las damas sufragistas inglesas, faltas de cultura y deseosas de justicia, cometieran el incalificable atropello del que muy sinceramente nos lamentamos y del cual son culpables los que mangonean a su antojo, excluyendo a la mujer en las cosas de la nación, y negándole toda clase de derechos.

He dicho también que feminismo es ternura y amor, y voy a probarlo.

Si la mujer es espiritual, forzosamente ha de sentir ternura y amor hacia todo lo grande, hacia todo lo bello.

Cuenta la Sagrada Escritura que, habiendo dado Faraón la orden inhumana de que las mujeres de los israelitas ahogaran al nacer a sus hijos varones, Hamram y Jacobed colocaron a

su hijo en una cestita de mimbre embetunada y la colocaron en el Nilo.

Termutis, hija de Faraón, vióle flotando sobre las aguas, lo mandó sacar y lo adoptó por hijo, poniéndole por nombre Moisés, que significa salvado de las aguas.

Todos sabéis qué fué Moisés, y convendréis conmigo en que, sin Termutis que se compadeció y le salvó, hubiese perecido ahogado.

La piedad y el amor de esta mujer, es evidente.

Y la virtuosa y abnegada Ruth, que desplega toda su actividad y celo para sostener a su anciana suegra Noemí, yendo a espigar a los campos de Booz, ¿no es otro caso de espiritualidad y ternura filial?

Y sin recurrir a la Sagrada Biblia, ¿queréis nada más tierno, ni más conmovedor que una mujer arrostrando los peligros de la guerra, atenta sólo a los ayes que lanzan los heridos, y volando cual mariposas entre los peñascales para llevar a sus almas el bálsamo de sus palabras consoladoras, a la par que cubre sus heridas, entre los estruendos del cañón?

Y esa otra mujer, que se afana por hacer agradable la vida de su cónyuge, y esa otra que se entrega al trabajo hasta rendirse por llevar

un pedazo de pan con que calmar el hambre de sus huérfanos hijitos, ¿no es también digna de admiración y respeto?

Pues si ello es así y el mundo está lleno de ejemplos sublimes de feminismo, ¿por qué negarnos el pan espiritual? ¿Por qué ese empeño en hacernos inferiores al hombre, si espiritualmente valemos tanto como él?

### **PASEMOS A OTRO PUNTO**

¿Puede influir la mujer en los destinos de los pueblos?

Empezando por nuestros primeros padres, Adán y Eva, sabemos que, por haber desobedecido el mandato del Señor, fueron arrojados del Paraíso, pero en el instante mismo se hace sentir la misericordia divina, con estas palabras que Dios dice, dirigiéndose a la serpiente que engañara a nuestra madre Eva:

«Una mujer quebrantará tu cabeza». Ved, pues, el instrumento de que Dios en sus altos designios se vale para aplastar al demonio y abrirnos las puertas del cielo, según nos dice la Biblia.

Y la profecía del Señor se cumplió. Una mu-

jer sencilla y humilde, cual la violeta, pura como la azucena, bella como la luz y buena como Dios mismo, es la predestinada a aplastar el orgullo de Lucifer.

Este es el hecho culminante de la Historia del mundo, redimido por el amor de una madre, que ve morir al hijo amado en el suplicio de una cruz.

Ante este caso, ¿qué replicará la Iglesia, que siempre se opone a toda obra de redención femenina?

Y siguiendo con la Biblia, ¿no es la hermosa Judith, emblema de virtud y valor, libertando a su pueblo de la tiranía de su sitiador Holofernes?

La Historia patria, nuestra Historia, está cuajada de mujeres que, en un arranque de valor, supieron morir en defensa de sus hijos, su religión y sus libertades.

En la Edad Antigua, se distinguieron en el sitio de Sagunto y Numancia, queriendo antes perecer en la hoguera (que ellas mismas encendieron, arrojándose con sus hijos) a tener que entregarse al enemigo sitiador.

La Edad Media nos brinda también una reina, doña María de Molina, cuyo talento y carácter enérgico logra separar a los reyes don

Juan y don Alfonso de la Cerda, sosteniendo el trono para su hijo don Fernando, vendiéndose las alhajas para cubrir los gastos de la guerra y salvar la nave del Estado, combatida en tan proceloso mar.

Muchos son los casos que la Historia de España nos brinda, pero sólo contaré algunos, para no hacerme pesada.

Al emprender el conde Aznar la conquista de Jaca (que estaba en poder de los moros), una batalla se había empeñado en la confluencia de los ríos Aragón y Gas. La lucha era tenaz y sangrienta, la sangre enrojecía las aguas de los ríos y cada momento se empeñaba más y más el desesperado combate; la zozobra afligía a los habitantes de Jaca, temerosos por el resultado de aquella jornada; eran los ancianos, los niños y las mujeres, que considerando el gran riesgo de sus padres, esposos e hijos, deseando prestarles auxilio, preferían morir y luchar contra el enemigo, y armándose para someterlos, aparecieron en las cumbres; el conde Aznar juzga que es un ejército en su auxilio, y redobla sus esfuerzos, mientras que los moros, creyéndolo así también, ceden el campo, y se pronuncian en derrota completa.

El templo de Nuestra Señora de la Victoria y

el pendón de Jaca, adornado con la cruz de Sobrarbe, cuatro cabezas cortadas de moros, muestran a la posteridad esta victoria.

De la Edad Moderna, ¿qué os diré? ¿Quién no recuerda en estos días de gloria para la aviación y para España, aquel fausto acontecimiento, el más grande de cuantos la Historia cuenta, debido a nuestra querida y siempre llorada reina Isabel la Católica? ¿Queréis un ejemplo más palpable de cómo la mujer puede influir en los destinos de una nación? Unidas las coronas de Aragón y Castilla en las personas de don Fernando y doña Isabel, los castellanos resolvieron que esta reina conservase su soberanía, y le aseguraron la independencia para gobernar por sí con entera libertad en Castilla, en todos los empleos civiles, militares y eclesiásticos.

Esta división de poderes fué observada por Isabel, sin que el interés ni los celos turbasen la buena armonía que reinaba entre los esposos. Ello era debido a las grandes cualidades de que estaba adornada; como talento, prudencia y entereza de ánimo.

España atravesaba una época difícil. La guerra que hacía largos años sostenía con el moro, había agotado todos sus recursos,

En esto, un genio—Cristóbal Colón—se presenta en el campo de Santa Fé, pide audiencia al rey don Fernando, expone la posibilidad de encontrar un Nuevo Mundo, y, hubo de retirarse, sin conseguir otra cosa que ser mal recibido por el rey.

En el campo de Santa Fé estaba también la reina Isabel, que le envía un correo anunciándole que acoge su proyecto y le protege, a pesar de la resistencia de su esposo.

Colón cruza el Océano y, después de un viaje de penalidades, descubre tierra el 14 de octubre de 1492, a los treinta y cinco días de navegación.

Las alhajas que doña Isabel empeñara para dar a Colón lo indispensable para su expedición, trocáronse en un mundo, que hace de España la más gloriosa y rica del orbe entero.

Y no sólo ayudó a Colón en su descubrimiento, y no sólo reconquistó Granada y logró pacificar el interior de España, sino que supo dar leyes sabias para gobernar con una rectitud jamás superada.

Supo ser mujer y reina, y con esto está dicho todo.

¿Y qué diremos de las heroínas aragonesas:

Manuela Sancho, Casta Alvarez, Agustina de Aragón y la condesa de Bureta?

¿Qué de la virtuosa Concepción Arenal, de la mística escritora Santa Teresa de Jesús y de la eminente Pardo Bazán?

Y en el ramo de la ciencia, ¿no es madame Curier factor importantísimo en el descubrimiento del radium?

Ahora bien; estas mujeres han influido en los destinos de los pueblos, colaborando en el orden moral, científico, religioso y aun económico y político.

Para elevarse a la cumbre de la celebridad, qué de obstáculos no tuvieron que vencer.

Encerrada la mujer en el estrecho círculo que las costumbres y preocupaciones sociales le han creado, romper ese dique formidable de la rutina, para buscar en los libros la luz de la inteligencia, era tanto como declararse loca, ilusa o tonta de capirote, a los ojos de la sociedad.

Pero el alma de la mujer, a pesar de todos los obstáculos, remonta su vuelo, y en su excelsa fantasía, escala los más altos puestos de la gloria, para dar aliento a las que, más pusilánimes o más esclavas, se hallan aferradas a un antagonismo perjudicial para ellas y para los mismos que se ufanan de verlas humilladas al conside-

rarse incapaces para otra cosa, que no sea barrer y fregar.

Al hablar de feminismo y preconizar para la emancipación de la mujer la cultura que la ha de elevar, suelen algunos hombres preguntar: ¿Y quién cuidará del cocido y la limpieza? ¿Tendremos que ser nosotros la Maritornes de la casa para que nuestras esposas e hijas vayan aingerir una buena dosis de cultura que las ponga en condiciones iguales a las del hombre?

Los que así se expresan, desconocen en absoluto nuestras doctrinas, basadas únicamente en el amor, que es el principal sentimiento de la mujer.

Nosotras no pretendemos alterar el orden de las cosas, trocando los papeles; es más, ninguna mujer que se sienta femenina, cedería al hombre—sin grave necesidad—sus ocupaciones, trocéndolas por las que no son propias y haciendo así el ridículo, pero una cosa es no trocar los papeles y otra carecer de cultura para poder desempeñarlos cual corresponde.

Y, a propósito de esto, pasemos a otro punto y veamos qué es la familia.

Según algunas nociones que tengo de derecho, por familia se entiende el conjunto de personas unidas por los vínculos de la sangre.

Base de la familia es el matrimonio.

El matrimonio lo forman el hombre y la mujer con el fin exclusivo de amarse, consolarse en sus aflicciones, ayudarse en sus empresas y encauzar a sus hijos por la senda del trabajo y la virtud.

Dos son, pues, los factores que intervienen en la formación de la familia, y cada uno de ellos carga con la responsabilidad que le corresponde en el desempeño de su sagrada misión; sin que pueda excusarlos de sus deberes el rango, posición o cultura que posean.

La mujer tiene el ineludible deber de conservar el fuego del amor, manteniendo en su marido la ilusión que de ella se forjara al elegirla entre todas para ser la compañera de su vida.

Si el amor y la naturaleza la hacen madre, ¡oh, entonces!...

Entonces pesa sobre sus hombros y sobre su conciencia el cuidado de formar el corazón de sus hijos, imprimiendo en ellos el carácter que su sutiliza y el amor le dicten.

¿Queréis, pues, carga más dulce ni más pesada que la de la mujer?

Ella debe atender al desarrollo físico de sus pequeñuelos, ella se cuida de la higiene, economía y comodidad precisas en la casa; ella, en

fin, debe ser la primera en cimentar y propulsar el corazón de sus hijos, encauzando sus sentimientos hacia la moral, siendo el espejo vivo donde todos se miren extasiados al contemplar la belleza de sus almas: la más sublime de todas las bellezas.

Para ello se precisa una cultura muy vasta, puesto que se ha de formar al hombre en el niño.

¿Qué diríamos de un hombre que se empeñara en hacer marchar una máquina movida por la electricidad, desconociendo su mecanismo y la fuerza dinámica que ha de moverla?—

Pues lo mismo ocurre con la mujer que desconoce los deberes que su estado de esposa y madre la reservan.

Vosotros mismos que me escucháis: ¿No queríais para madre de vuestros hijos una mujer modelo de virtud, espiritualidad y delicadeza?

Seguramente que sí. Yo creo que, si en vuestra mano estuviera, no dudaríais en dar vuestro nombre y vuestro cariño a una mujer instruida y educada, prefiriéndola a otra rutinaria y frívola.

Ayudadnos, pues, a levantarnos de esta posturación; pues como caballeros os corresponde y como hombres debéis quererlo, ya que en la vi-

da ha de ser una mujer la que se encargue de perpetuar vuestro nombre.

Y ahora que reclamo vuestro auxilio, cabe preguntar:

¿La mujer es inferior o superior al hombre?

Muchos escritores afirman que la mujer es un animal sin sentimiento alguno.

Schopenhauer, en su libro «El amor, las mujeres y la vida», insulta a la mujer, y dice que «El matrimonio es una celada que la naturaleza le prepara al hombre».

Otros escritores, entre ellos Oscar Wilde, nos llenan de adjetivos que, por cierto, no son flores; pero ninguno de ellos lo hace ciertamente con el pensamiento puesto en la madre que los llevó en su seno y les dió sus besos y sus caricias.

Esa madre, por el solo hecho de serlo, debería merecer todo su respeto y todo su cariño, y en ella debieran respetar a las demás mujeres, que también son madres, y al querer rebajarlas se rebajan a sí mismos, puesto que su primer aliento, y aun antes de ser formados era el claus-tro materno de la mujer quien los llevaba.

No han faltado tampoco paladines Quijotes, que al salir por los fueros de la mujer le han

reservado un papel muy superior al del hombre.

Ni unos ni otros andan acertados.

Si consideramos a la mujer respecto al hombre en su yo físico, indudablemente que la fuerza se ha desarrollado en el hombre por medio del ejercicio y se ha disminuido en la mujer por razón de sus ocupaciones domésticas, y, por lo tanto, la del hombre es superior a la de la mujer, pero este caso sólo demostraría que no es el hombre el rey de la Creación, puesto que muchos animales son superiores en cuanto a este don; luego si el hombre es rey de la Creación, será otra la causa que le eleve sobre los demás seres creados, y ésta es, sin duda alguna, la fuerza de la razón, y no la razón de la fuerza.

Moralmente, la mujer es igual al hombre, y esto queda demostrado en los párrafos anteriores de esta conferencia, al evocar los nombres de las ilustres mujeres que supieron conquistar un puesto de honor en la historia.

Diréis que son menos en número las mujeres célebres a la de los hombres, y yo pregunto: ¿Qué clase de educación recibe la mujer?

Generalmente, es nula, y de ello no culpo sólo a los hombres—que en su mal entendido egoí-

mo quieren a la mujer ignorante, para dominarla—no; la culpa es también nuestra, por no haber sabido elevarnos, por no haber sentido la emulación ante las que escalaron la montaña de la Ciencia y pusieron en su cima la bandera del feminismo, tan alto como sus nombres.

Es nuestra, que en nuestro deseo de agradar, sólo nos preocupa la forma y abandonamos el fondo; nuestra, que antes que mujer, queremos parecer flor; nuestra, que estudiamos el arte de la coquetería y olvidamos la estética del alma.

Hora es de abandonar todo esos prejuicios y atender a la necesidad de redimírnos.

Para ello debemos poner un cuidado especial en todos nuestros actos, y un interés muy vivo en que todas y cada una de nosotras pueda servir de modelo a nuestras hijas, hermanas y compañeras, teniendo la moral por base y el cariño por lema.

Y cuando alguna de nuestras hermanas, arrastrada por las pasiones o seducida por los halagos de un amor nocivo, se olvide de lo que se debe a sí misma, no la empujemos al arroyo con nuestro desprecio, tengamos compasión de su caída, y si es posible, ayudémosla a levantarse y apoyémosla para que nunca vuelva a

caer; como hacen los hombres que son caballeros y que tienen corazón.

Esto es lo que como mujer nos corresponde y no ese desdén o esa independencia de las que se creen rebajadas compadeciéndose de la desgraciada que ha caído, que es lo menos que debe hacerse.

Al poner a vuestra consideración lo que debemos hacer cuando alguna de nuestras hermanas se vea al borde del abismo, no me olvido que estoy probando que la mujer no es inferior al hombre y pienso que tal vez haya quien piense que estoy demostrando lo contrario.

Por si esto ocurre, me voy a permitir una objeción:

Si la mujer, llevada del amor, la pasión o el deseo del lujo, se olvida de su decoro para entregarse en brazos de un hombre, ¿no serán dos los culpables? Diréis que el hombre es libre, que las costumbres le hacen aparecer como conquistador y no como caído, y yo contesto:

Ni las costumbres, ni la tan cacareada libertad, pueden disculpar al hombre de la falta cometida.

Ese aire de conquista es precisamente lo que más le rebaja, porque es indicio cierto de que ha usado de malas artes, ofreciendo un cariño

que no sentía, o prometiendo lo que no pensaba cumplir, y esto no es de hombres ni de caballeros.

Y aun suponiendo a la mujer tan baja que vendía su honra por unas monedas, entiendo yo que no cabe disculpa en el hombre, pues como dice la escritora Sor Inés de la Cruz :

«¿Quién es el que peca más :  
el que peca por la paga  
o el que paga por pecar?»

Sentado queda, pues, que la mujer no es inferior al hombre.

Algunas veces se nos culpa—y no sin fundamento—, de ser nosotras la valla que se opone al desenvolvimiento moral de las sociedades, reteniendo al margen de todo progreso al hombre.

Sí; nosotras; llevadas de un cariño mal entendido, cometemos la torpeza de oponernos a que el hombre ingrese en estas sociedades de cultura, en donde la fuerza psíquica se expande y desenvuelve con pujanza para hermanar ideas, recabar derechos y hacer patria chica, que es el medio de hacer patria grande.

Es una equivocación, que pagamos cara, sin

darnos cuenta de ello, porque somos rémora al progreso de nuestras libertades civiles.

Estas sociedades merecen nuestro asentimiento y nuestro apoyo moral y material. ¿Sabéis por qué?, ¿no?

Pues fíjáos en este sencillo ejemplo:

Una hormiga encontró al salir de su hormiguero una dorada espiga, y quiso llevarla a su granero. La tomó y trabajó largo rato, sin conseguir moverla.

Hubo de abandonarla por fin con sentimiento.

Más tarde llegó otra, probó y tampoco pudo arrastrarla.

Luego otra, otra y otra, pero todo inútilmente.

Por fin dijo la más discreta: Probemos, hermanas, todas a una.

Apenas lo hicieron, vieron con asombro, que la espiga era llevada con facilidad.

La unión de las fuerzas dispersas realizaron el milagro, y la espiga fué llevada sin fatiga y con gran contento de todas.

Y, ¿qué es una sociedad sino una reunión de fuerzas para un fin común?

Y si ese fin, es un fin elevado, noble y equitativo, ¡cuán grande debe ser el espíritu que lo impulsa!

No receléis, hermanas; dejad marchar al

hombre hacia la luz y la cultura, único medio de que comprenda que también nosotras tenemos derecho a disfrutar de esa diáfana luz que ha de iluminar nuestros cerebros.

Todo el bien de la humanidad consiste en fraternizar y elevar nuestros sentimientos, haciéndonos fuertes para luchar en buena lid.

Nuestro lema debe ser: adelante, adelante, adelante.

Yo no he venido aquí a hablaros por hablar.

Yo quisiera despertar en vuestras inteligencias el espíritu de las mujeres que antes cité para hacernos merecedoras del santo nombre de esposa y madre, título el más hermoso de la tierra.

Voy a terminar con una voz de aliento para todos: a los hombres, rogándoles no desdeñen a la mujer y la ayuden con su apoyo moral a salir del cerco en que nos hallamos.

Que no olviden que la mujer es la madre, la esposa, la hermana y la hija, a quien tanto deben amar.

Que no tengan recelo de nuestro despertar, pues pueden asegurar que la mujer no quiere sino el bien del hombre y su colaboración y su cultura, ha de ser en beneficio para todos.

No hay mujer que no maldiga la guerra, y

si la mujer se capacita para luchar en buena lid, puedo asegurar que la obra de la eminente baronesa Berta Huñet «Abajo las armas», no será un libro más, sino un hecho más que anotar en la historia del feminismo, pues como dijo el poeta de «Canción de cuna»:

«Porque cada mujer,  
Porque lo quiso Dios,  
Lleva un hijo dormido  
Dentro del corazón.»

He terminado.

La mujer en el pasado,  
en el presente y en el  
porvenir.





## CIUDADANOS Y CAMARADAS DE GALLUR:

VENGÓ a esta tribuna invitada por la Agrupación del P. R. R. S., al que desde aquí saludo muy agradecida, por haberme designado un lugar entre los conferenciantes que han de tomar parte en este ciclo de conferencias culturales.

Los que me han precedido en el uso de la palabra y los que han de sucederme después, tienen en su haber un título académico que les honra y, por tanto, a ellos corresponderá la gloria de habernos ilustrado con sus sabias y docinas teorías.

Yo me siento poco capacitada para daros una lección de cultura, porque como hija del trabajo y carente, por tanto, de recursos de ilustración, sólo poseo aquellos conocimientos elementales que adquirí en una edad ya madura, guiada por el deseo de saber y la necesidad de trabajar para sostener mi existencia, en lucha constante con

los obstáculos que hicieron imposible la realización de mis más caras ilusiones.

Mi sueño dorado fué siempre llegar a ser maestra.

La falta de medios económicos me privó en mi juventud de lo indispensable para adquirir libros, y cuando apenas contaba diez y ocho años, casáronme con un hombre que me hizo conocer todas las amarguras de una vida cruel.

He dicho casáronme, y es cierto.

Mis padres, creyendo que aquel hombre era bueno, me llevaron al matrimonio, que yo acepté resignada, pero sin amor.

Pasemos por alto lo que sufrió, que no es del caso contarla, y vayamos al grano.

Me separé de él, y empecé a luchar sola en la vida, pero siempre con dignidad.

Entre mis amistades tengo una amiga que se casó con un maestro, y éste, viendo mis aficiones, me proporcionó una escuela en el Valle Bactán (Navarra) y allí fui, sin saber siquiera las cuatro reglas de la Aritmética, a ejercer el noble y honroso cargo de instructora, en un caserío de dicho valle.

Allí, enseñando, aprendí los rudimentos más elementales de la escuela, y al poco tiempo me presenté a sufrir examen de ingreso en la escue-

la normal de Pamplona, obteniendo nota de aprobado.

No creo haber sido más feliz en mi vida que lo fuí en ese día y el en que se proclamó la República en España.

Pero mi alegría tuvo también su nubecilla.

Todas las compañeras tenían allí a sus familiares, que las abrazaban o las consolaban, según la nota les fuese favorable o adversa; pero yo estaba sola.

Telegrafié a mi maestro, para hacerle partícipe de mi alegría, y mis buenos amigos me esperaban impacientes para celebrar el triunfo.

Seguí estudiando con entusiasmo.

Todos los días iba dos veces a dar lección y recorría una distancia de cinco kilómetros cuatro veces al día.

Al llegar el mes de mayo, una enfermedad me privó de asistir al examen y hube de dejar la montaña, por prescripción facultativa, rompiendo así el curso de mis estudios.

Vosotros no sé si sabréis qué cosa sea renunciar a una aspiración legítima y santa, cual es el deseo de emanciparse por el propio esfuerzo. Dejé el Valle y fuí a Zaragoza, a luchar otra vez; me matriculé en la Escuela de Artes y Oficios para poder ir por la noche.

De día trabajaba en una máquina de hacer medias para ganarme la comida.

La esperanza de llegar a ser maestra de este modo, me daba nuevos bríos, pero una nueva enfermedad se cebó en mí, teniéndome año y medio entre la vida y la muerte.

Débil como estaba, no tuve más remedio que renunciar a mis propósitos y ponerme a servir, para seguir viviendo.

Os cuento esto, para que juzguéis con indulgencia los defectos que, seguramente, encontrareis en mi labor, que no puede ser muy productiva, por carecer de los conocimientos más indispensables.

Sin embargo, voy a poner mi grano de arena en la obra empezada con tanto acierto, y que seguramente ha de terminar con éxito por parte de los señores que actúan en ella, porque considero un deber el dar a la patria y por la patria, cuanto valemos y somos.

El tema que traigo es:

**«La mujer en el pasado, en el presente y en el porvenir».**

Empecemos, pues, por el pasado.

Por lejos que nos remontemos en el pasado, siempre hallaremos al hombre formando la horada como la primera manifestación de la sociedad

humana. En esta sociedad primitiva, la mujer era ya esclava aun antes de haber esclavos.

Ha sido, pues, tal el hábito adquirido por la fuerza de la costumbre, que cuesta trabajo persuadirla de lo indigno de su situación.

El origen de esta esclavitud no hay que buscarle en la diferencia de dotes físicas ni intelectuales, porque es sabido que en la antigüedad no existían diferencias.

Tácito afirma que entre los germanos, no eran inferiores las mujeres a los hombres ni en estatura ni en fuerza.

Actualmente en Afganistán, hay una tribu en que las mujeres guerrean y cazan, y los hombres se dedican a los trabajos caseros.

En el Valle de Bactán he visto yo, y puede comprobarse, que las mujeres aran la tierra, cortan la leña del bosque y siegan los prados, mientras el amo (que así llaman al marido), pasea bonitamente por las ferias de los pueblos vecinos.

En el África central, existen tribus en que la mujer es más fuerte que el hombre, dándose el caso curioso, de que sean las mujeres las encargadas de hacer las guardias, formando regimientos femeninos reclutados por ellas y por ellas mandados.

El origen de la servidumbre de la mujer, está relacionado con la servidumbre del trabajador.

El trabajador y la mujer tienen de común que son seres oprimidos desde tiempo inmemorial.

Cuando las hordas o tribus se encontraban en lucha por la existencia, cuando aún no se conocían la agricultura, ni la cría de ganados, la carestía era tal, que se veían obligados a suprimir a los seres necesitados de apoyo, porque eran un estorbo para la batalla o la huída, y al nacer una niña se la mataba, costumbre que aún conservan muchas tribus salvajes del Asia y del África.

También determinaba la matanza el hecho de creer que como las batallas disminuían en mayor número los varones, había que evitar la desproporción numérica de los sexos.

No existiendo unión duradera entre el hombre y la mujer, la regla era el cruzamiento brutal.

Las mujeres pertenecían a la horda, como los rebaños, y no tenían derecho a elegir ni querer a un hombre.

Los hijos eran propiedad de la madre, permaneciendo ignorado el padre.

La escasez de mujeres, el caso de encontrar entre ellas una de su agrado, hicieron pensar al hombre en la posesión perpetua, y este egoísmo

masculino impuso a la mujer el deber de no aceptar más caricias que las de un hombre, imponiéndose él, en cambio, el de considerarla y proteger a ella y a los hijos, reconociendo su legitimidad.

De esta forma se estableció la familia, basada en el matrimonio.

Desde luego, no fué un hombre solo el que fijó esta forma, sino la necesidad común de los hombres sentida en general.

La mujer pensó en que esta posición le sería más ventajosa, y aceptó.

Establecióse así la propiedad individual de la familia, la tribu y el Estado.

Luego sintió el hombre deseo de tener morada fija.

Construyó su choza, y vivía de la caza y la pesca.

La mujer quedaba en la guarida, al cuidado de los hijos.

El aumento de éstos, determinó nuevas familias, que acabaron por atacarse por la posesión de las comarcas más agradables y fértiles, originando la agricultura.

En estas luchas, la mujer trabajaba, tejía telas, labraba la tierra, haciendo ella de bestia de carga, y recolectaba las cosechas.

El hombre era el amo, y la mujer, abrumada con el peso de la labor y los malos tratos, empeñó a perder en lo físico y a retroceder en lo moral.

Dejó de ser la mujer y se convirtió en un objeto propio solamente para la reproducción de la especie o para el goce sexual.

Era también hábil obrera, y en tal concepto, se la consideró de algún valor.

Empezó entonces una nueva fase.

El padre o propietario, la cambiaba por objetos, tales como ganado, armas y frutos de la tierra.

Era tan codiciada la posesión de una mujer, que nadie reparaba en los medios para conseguirla.

Robar una mujer era más barato que comprarla, y el rapto se convirtió en necesidad.

La historia del rapto de las sabinas por los romanos, es un ejemplo del rapto en gran escala.

En los pueblos más civilizados, el suelo era propiedad colectiva; los bosques, pastos y aguas, propiedad común; la parte destinada al cultivo se dividía en lotes, excluyendo a las hijas, por lo que el padre veía con más contento el nacimiento de un varón.

Otro fenómeno de la supremacía del hombre sobre la mujer:

El hombre, en caso de serle infiel la mujer, tenía derecho de vida y muerte sobre ella, pero él quedaba libre para cometer toda clase de infidelidades.

Las chinos y los indios, no creen que la mujer sea enteramente criatura humana.

En el siglo VI de nuestra era, unos santos y sabios varones de la Iglesia, se reúnen en Ma-cón para discutir seriamente en un concilio si la mujer tenía alma.

Según el derecho romano, el hombre era propietario de la mujer, que ante la ley carecía de voluntad propia.

En los siglos después de la fundación de Roma, las mujeres no gozaban de ningún derecho, y eran tratadas con el mayor menospicio y desconsideración.

Al engrandecerse el Estado y enriquecerse, se modificó la situación y las mujeres reclamaron una más amplia libertad en el orden social. Esto hizo exclamar a Catón el Viejo:

«Si cada padre de familia, siguiendo el ejemplo de sus mayores, tratase de mantener a su mujer en la inferioridad que le conviene, no ha-

bría que preocuparse tanto públicamente del sexo entero».

Roma se degradó, desorganizóse y la prostitución, llevada hasta el delirio, originó otra exageración:

La continencia más absoluta.

Esta se encargó de propagar el fanatismo místico.

El sibaritismo desenfrenado, el lujo sin límites de los vencedores, formaba notable contraste con la miseria de millones de seres que Roma triunfante había esclavizado en todos los puntos del mundo conocido.

Entre estos esclavos había infinidad de mujeres que, arrancadas de su hogar, separadas de sus maridos, arrebatadas a sus hijos, sufrían los rigores de aquella esclavitud, y suspiraban por su libertad.

Apareció el cristianismo, y la mujer se adhirió a él con entusiasmo, porque creía de todo corazón que éste había de emanciparla.

La historia nos brinda como ejemplos a Clotilde, Berta y Gisela, que influyeron en las conversiones de Clodoveo, rey de los frances, el duque de Polonia y el zar Jaroslao.

Pero el cristianismo la recompensó mal.



La trató con el mismo desprecio y la redujo a la condición de sierva del hombre.

La Biblia, libro sagrado, nos habla de algunos hechos que demuestran no sólo desprecio a la mujer, sino atropello al derecho y a la justicia.

Uno de estos atropellos, una de estas injusticias, es la cometida por el gran padre del pueblo de Dios, Abraham, al arrojar de su casa a la sierva Agar y al hijo que de ella tuvo, por mandato del mismo Dios.

Jesucristo respondió a su madre, que en las bodas de Canaán implorábale su ayuda humildemente:

«Mujer, ¿qué hay de común entre vos y yo?»

La mujer, según el cristianismo, es la «impura», la corruptora que trajo a la tierra el pecado.

Pablo protesta contra la educación de la mujer y ordena: «No debe permitirse que la mujer adquiera educación o instrucción: que obedezca y calle».

Los Santos Padres de la Iglesia y otros santos varones ilustres, aparecen sin excepción contrarios a la mujer.

Tertuliano exclama: «Mujer, deberías estar siempre de luto y vestida de andrajos, ofreciendo a las miradas de todos tus ojos anegados en

lágrimas de arrepentimiento, para hacer que perdiste al género humano».

Sería fácil citar centenares de escritos de los varones más notables, considerados lumbres de la Iglesia, cuyas predicaciones hicieron contra la mujer.

Pedro dice: «El hombre es imagen y gloria de Dios, y la mujer, gloria del hombre.»

Según esto, cualquier palurdo puede creerse superior a la mujer más distinguida.

Todas estas doctrinas no eran patrimonio exclusivo del cristianismo, sino el sentir común de todo el mundo civilizado, y esta inferioridad se ha mantenido hasta hoy en las civilizaciones atrasadas de Oriente con mayor dureza.

Así se explica que en el pasado se haya visto la mujer reducida a la baja condición de las bestias de carga, sin concederle la menor beligerancia.

Vemos, pues, que la mujer, en el pasado, fué la esclava de los caprichos y tiranías del hombre y que tenía que ahogar en silencio las quejas que el inhumano proceder de éste le sugerían.

Era el sello de los tiempos que esculpía en la frente de la mujer la infamante marca de la esclavitud.

Corramos un velo sobre el pasado para no recordar la forma en que se le obligaba á prostituirse y hablemos ahora del presente.

En el presente estado social de supremacía masculina, la mujer vése constantemente rebajada a la condición de máquina incubadora.

No puede aprender sino a falsear su psicología, ahogando sus sentimientos, ocultando sus opiniones y disfrazando sus pensamientos.

La que por un esfuerzo supremo consigue adquirir un pequeño grado de instrucción, se ve bloqueada, perseguida brutalmente, sin concederle un respiro a sus justas aspiraciones de libertad.

La cultura de las mujeres es tan deficiente, que sólo se le concede acceso en aquellas cosas supérfluas e inútiles, como son: el arte de la coquetería y el aparecer como buena religiosa aunque no se entienda nada de religión.

Esto en la clase media y aristocrata, que a la mujer humilde, hasta esto le está vedado.

Dije al principio, que el trabajador y la mujer tienen de común que son seres oprimidos desde tiempo inmemorial.

La mujer del pueblo, la de humilde origen, sufre doblemente esta opresión, porque a la tiranía del hombre lleva aparejada la de su po-

sición. Establecido el matrimonio y careciendo de lo más indispensable para la vida, vése obligada a trabajar en un taller, en una fábrica, en su propia casa o en el campo, para poder atender a las más perentorias necesidades.

El hecho de nacer un hijo, que debía ser motivo de regocijo, es un problema de difícil solución en el hogar del obrero.

Ya no puede la mujer ayudar a su compañero al sostenimiento de la vida, y ha de soportar el sombrío gesto de éste con estoica tristeza y resignación.

Cuanto más fecunda sea la unión, más pesada se hace la carga.

El campesino que se alegra cuando su vaca le da un ternero o le pare la yegua, baja la cabeza a cada nuevo vástago que su mujer le aumenta.

Esta es la triste realidad de la vida por la gran injusticia de una sociedad hipócrita y cruel.

Y es la mujer la principal víctima de estas crueidades.

Ha de sonreír al esposo que vuelve del trabajo malhumorado, porque es un deber en ella aminorar las penas de los demás aun a costa de su propio dolor.

No es extraño, pues, que cuando una joven de

la clase humilde se ve solicitada por un ricachón viejo, reumático y estafalario, opte por unirse a él, sacrificando sus sentimientos a un aparente bienestar, y digo aparente, porque no puede haber felicidad en una unión en lo que falta lo esencial: El amor.

Tampoco la mujer aristócrata está exenta de la esclavitud moderna.

Generalmente es llevada al matrimonio por medio de una componenda de ambas familias, atendiendo más a la cuestión de intereses que a los gustos y sentimientos de los cónyuges.

Un título, un elegante chalet, un auto, o cualquiera de esas cosas que la vanidad exhibe, contribuye eficazmente a esta especie de prostitución legal.

La Iglesia y el Estado aprueban y confirman estas uniones, en las que se sacrifica juventud, belleza, alegría y libertad.

Hay que luchar porque estas cosas acaben, hay que levantar la bandera de la emancipación femenina, para que cese la esclavitud.

Hay que destruir la tiranía que alimentan tan tercamente muchos hombres que, tienen como una infalibilidad inconscusa que las mujeres deben ser y serán siempre inferiores desde el punto de vista intelectual.

Es de notar que, hombres que admiten el que la mujer se ocupe en labores como vender, fabricar paños, alfileres, hilados mecánicos, dibujo de telas, tintorería, refinación de azúcares, fabricación de papel y objetos de bronce, porcelana y cristal; objetos de piel, puntillas y pasamanería, productos químicos, manufacturas de tabaco, refinerías de aceite, fabricación de juguetes, relojería, pintura de edificios, fabricación de pólvora y substancias explosivas, cerillas y arsénicos, impresiones y composición tipográfica, jardinería y agricultura y en las diferentes categorías de oficios en que actualmente se ocupa la mujer; es de notar, repito, que esos mismos hombres nieguen a la mujer capacidad intelectual.

Como si estos oficios fuesen exentos de preparación técnica, y sólo se ejecutaran por medio de la presión de un botón eléctrico.

Hoy son pocas las industrias y oficios en que no tome parte la mujer; y cuando se la admite, es señal que da resultado.

Si la mujer desempeña, pues, estos oficios ¿por qué negarle el derecho a instruirse para más altos cargos?

Hoy podemos decir que esa hostilidad es más aparente que real; es un prejuicio de nues-

tra burguesía, que considera inmoral el que una joven, por ejemplo, sea doctora en medicina y conozca ciertas enfermedades y el remedio o tratamiento que ellas requieren.

Crean que la moral se resentiría porque una joven tratase de curar a un sifilitico, y no se desdeñan en llamar al médico para que asista a una mujer en su alumbramiento.

Todo esto es gazmoñería, cursilería, hipocresía pura.

La mujer y el hombre deben ser completamente libres para ejercer una profesión honrosa.

Pretender encerrar a la mujer en el estrecho círculo del hogar, equivale a empeñarse en avanzar andando hacia atrás, como el cangrejo.

Es un error carísimo seguir con los prejuicios de una sociedad caduca; el progreso marcha y nosotras hemos de ir al unísono, llevando la bandera de nuestras reivindicaciones a la cumbre más alta de la historia del mundo.

Nuestra sociedad burguesa, es una sociedad de carnaval, donde todo el mundo trata de engañarse y se reviste con el traje oficial.

Al exterior, todo es moral, religión, buenas costumbres; pero en el fondo se ríen de lo inocentes que parecemos, aplaudiendo cuanto ella

ordena. Rompamos los estrechos moldes en que nos han tenido y vayamos a engrosar las filas de la democracia; único camino de nuestra redención.

Sea el libro nuestra arma de combate, sea nuestro lema patria universal.

Cuando todos los hombres y todas las mujeres sepan cumplir con sus deberes y exigir sus derechos, habrá terminado la matanza de los hombres, porque las guerras serán imposibles de hacer.

Con la instrucción de la mujer se afirmará este axioma.

Si todos los hombres han nacido desnudos, todos tienen un mismo origen y, por tanto, una patria común.

El modo de defender esa patria, no será regándola con sangre joven, sino con savia joven, que el esfuerzo de todos hará discurrir por los cauces serenos de la inteligencia.

Los niños desconocerán las cajitas de soldados de plomo, porque no habrá reyes que puedan jugar con ellos.

Será la naturaleza toda la que en amoroso concierto nos alegre la vida con sus fuentes, sus pájaros y sus aromáticas flores.

¿Qué cuánto tardará en llegar eso?

Poco, si nosotras las mujeres sabemos redimirnos; mucho, si como hasta el presente, seguimos impasibles en nuestra esclavitud.

La mujer, dijo Alfredo Calderón, es el báculo de la nación; ¿queréis regenerar primero la mujer?

De poco servirá a nuestra querida España haberse sacudido el yugo opresor de la familia borbónica; de poco le servirá, repito, haber implantado el régimen republicano, si no procura que la mujer se capacite para recibir todas las reformas que es necesario implantar en la nación.

El presente está lleno de espinas para ella, porque impera aún la costumbre nefasta de la tradición.

Romper con esa costumbre es lo que más ha de costarnos.

Sólo una constante labor de propaganda feminista puede llevar a buen término la contienda.

Muchas son, por fortuna, las mujeres que se van dando cuenta de ello, y se aprestan a luchar con entusiasmo.

El socialismo y la República cuentan con mujeres tan valiosas como María Martínez Sierra, Clara Campoamor, Regina y Luz García, Ma-

ría Cambril, María de Lluria, Victoria Kent y Pilar Ginés, propagandistas incansables y de una cultura indiscutible.

Estas mujeres, con otras que no cito porque me haría pesada, han levantado ya la bandera femenina y han dado el toque de atención, dispuestas a sacrificar su vida en holocausto de la causa que preconizan con entusiasmo.

Libertad civil y democracia para todos es lo que necesitamos.

Y lo conseguiremos, pese a quien pese.

La lucha está empeñada y no cejaremos hasta conseguir el triunfo.

Las teorías de Moebius, absurdas y cínicas, no conciben que la mujer sea capaz de sentir nada noble, pero esas teorías están sufriendo una derrota definitiva.

«La mujer—dice Schopenhauer—es un animal de cabellos largos e ideas cortas».

Estas teorías se basan en la creencia que algunos sabios tienen de que la inteligencia está en razón directa con el volumen y peso de la masa encefálica.

Según el doctor Huschke, el volumen y el peso de la masa cerebral, son generalmente inferiores en el sexo femenino.

Asegura dicho doctor que el cerebro del eu-

ropeo es de un volumen de 1.446 centímetros cúbicos; el de la mujer 1.226 (término medio).

Según el profesor Reclam, el cerebro de Cuvier pesaba 1.861 gramos; el de Byrón 1.807; el del matemático Gaus 1.492; el del filósofo Hermann 1.359 y el del sabio Hausmann 1.226.

Como se ve, existen diferencias en el peso del cerebro de estos hombres tan ricamente dotados de inteligencia, pues mientras el de Cuvier pesaba 1.861, el del sabio Hausmann solamente pesaba 1.226.

Diferencia entre ambos, 635 gramos.

Vemos, pues, que el cerebro de Hausmann pesaba próximamente lo que por término medio pesa el de una mujer.

Es, por tanto, aventurado, y ligero, asegurar que la capacidad intelectual depende del peso de la masa encefálica.

Si ello fuera así las abejas, las hormigas y los perros, que exceden en inteligencia al asno, la vaca y otros animales muy superiores en estatura y en masa cerebral, estarían por bajo de estos últimos, cosa que está plenamente demostrada que no ocurre jamás.

No es cierto, pues, que la cantidad cerebral determina la capacidad intelectual.

El cerebro de la mujer es capaz de sentir to-

das las percepciones y desarrollar todos los sentimientos.

Lo que hace falta es que sus facultades se estimulen con el ejercicio, del mismo modo que la fuerza física con la gimnasia.

La moral es al espíritu lo que la educación física es al desarrollo corporal.

El doctor Las-Ker, dió en Berlín una conferencia en la que llegaba a la conclusión de que es posible alcanzar un nivel igual de cultura para todos los miembros de la sociedad.

Pero hoy la instrucción es cuestión de dinero, y se pierden las energías allí donde éste no existe.

Cuando la nueva sociedad que ahora nace se haya consolidado y estructurado, no habrá esta injusta desigualdad de medios, porque la escuela será un templo abierto a todas las actividades humanas, sin distinción de rango ni de sexos.

Hoy, como en el pasado, la personalidad de la mujer se ve postergada hasta lo inconcebible; se la llama con galanura reina del hogar, y se la coloca en la frente el inri para escarnecerla más y más.

Reina del hogar nos llamó no ha mucho tiempo desde la «Voz de Aragón» el señor Cano

Jarque, en tanto que nos negaba el derecho a instruirnos.

Este señor sostiene la teoría de que la mujer debe someterse a la tutela y amparo del hombre, sin preocuparse poco ni mucho de su posición en la sociedad.

Bonito argumento el de este señor.

La mujer, sometida a la tutela del hombre, es decir, esclava de él; y ¿por qué razón?

La mujer es capaz de las más atrevidas empresas, y negarle el derecho a tomar parte en ellas equivale a hacer fracasar de intención al hombre mismo.

La mujer es antes que todo madre, porque desde la niñez se la ve jugar a las muñecas, que ella llama sus hijos.

La mujer, por tanto, desde la infancia se inicia en la maternidad, porque es todo ternura; se siente madre siendo niña, porque es madre de la humanidad.

Para que el hijo se eduque, es preciso que la madre sea educada.

¿Quién defenderá al hijo con más cariño que la madre que le dió el ser?

No se concibe que los hombres traten a la mujer como un ser inferior, sino negándose a sí mismos superioridad.

Las mujeres han demostrado, y cada vez lo demostrarán más, que a pesar de las trabas que se oponen a la cultura de sus facultades intelectuales, han sabido destacar su personalidad en todos los ramos del saber humano, y en los demás diversos aspectos de la vida.

Tenemos mujeres escritoras, inventoras, doctoras en ciencias, patriotas y héroes.

Del pasado hallamos a través de los textos a la ateniense Aspasia, esposa de Pericles e hija del escultor Rhodos, que discute con Sócrates acerca de las libertades negadas a la mujer; cómo Lais de Corinto pone en ridículo a Eurípides; cómo Friné, modelo de Prexitéles en sus famosas Venus, se revuelve furiosa contra cuantos la reputan hetaira; cómo Arqueanasia, a quien Platón dedicaba sus versos, sostiene polémicas con todos los moralistas del Areópago griego.

En el pasado siglo, María Gouze fué guillotinada por la campaña feminista que hizo en pro de los derechos de la mujer.

Pero la mujer no se arredró por esto.

A pesar de todo, vemos destacarse infinidad de mujeres que escalaron la cima del saber.

Citaré algunas solamente para no cansaros.

Madama Curie, francesa, gloria de la ciencia,

a quien se debe el descubrimiento del radio y profesora de la Sorbona.

Luisa Michel, conocida con el sobrenombr de «La Virgen Roja», fué encarcelada por haber tomado parte en la insurrección comunista de París.

Esta valiente mujer dirigió a sus jueces una carta concebida en los siguientes términos:

«Versalles, 4 de septiembre de 1871.—Puesto que la medida no ha llegado aún a su colmo; puesto que en el aniversario de la República hacen rodar por el suelo, rojo de sangre, las cabezas de los más valientes republicanos, es de justicia que los que reivindiquen el recuerdo de sus hermanos de lucha, pasen también por el cadalso.

Que se abran las prisiones a todos cuantos se encuentran en ellas, sin haber participado en los hechos—que son muchísimos—y que junten con la cabeza de Ferré, delegado de Montmartre, las de todos los que quieran morir para no ver tanta monstruosidad.

Yo, por mi parte, reclamo la muerte, a la que tengo derecho, porque en lugar de enfermera, he sido soldado de combate.»

No fué guillotinada, pero sufrió la cárcel y el destierro.

Victoria Colonna, poetisa del siglo XVI, italiana.

Concepción Arenal, autora de varios libros cuya delicadeza supera a la de muchos vates. (Española).

Rosa Luxemburgo, alemana, cuyo cerebro admira el mundo por su erudición formidable. Murió alevosamente en 1918, a manos de sus enemigos, los partidarios de la guerra.

Sara Malker, alemana, inventora del periscopio.

Emilia Pardo Bazán, catedrática de la Universidad Central, numeraria de la Real Academia de la Lengua, autora de muchos libros y premiada con el premio Nóbel.

Mariana Pineda, murió en el patíbulo, por haber bordado la bandera de la libertad.

Victoria Kent, abogada del Ilustre Colegio de Madrid.

Rosalía de Castro, honra de las letras españolas.

Inés de la Cruz, poetisa del siglo XII, de cuya autora es el siguiente trabajo en verso :

«Hombres necios que acusáis  
a la mujer sin razón,  
sin ver que sóis la ocasión

de lo mismo que culpáis.  
 Si con ansia sin igual  
 solicitáis su desdén,  
 ¿por qué queréis que obren bien  
 si las incitáis al mal?

---

¿Cuál será más de culpar  
 aunque cualquiera mal haga :  
 la que peca por la paga  
 o el que paga por pecar ?  
 ¿Pues para qué os espantáis  
 de la culpa que tenéis ?  
 Quererlas cual las hacéis  
 o hacerlas cual las queráis.

No quiero pasar adelante sin citar a la austriaca Berta Suttner, cuyo libro «Abajo las armas», obtuvo el premio Nóbel de la paz.

Me haría interminable si a todas las mujeres célebres habría de nombrar y sólo voy a recordarlos a la heroina de los Sitios de Zaragoza, Agustina de Aragón.

Decía Víctor Hugo mirando la letra impresa y la cúpula de Nuestra Señora de París :

«Esto matará aquéllo.»

Es decir, la instrucción acabará con el fanatismo.

Del mismo modo la mujer acabará por ser libre por medio de la cultura.

Que tiene aptitudes creemos haberlo demostrado ya con hechos y no con palabras.

Todo ese plantel de mujeres ilustres hablan más y mejor en favor de mi aserto, que todas las teorías de los sabios.

Pero es preciso que hombres y mujeres se compenetren y procuren los unos, no ser obstáculo al progreso femenino, y las otras, emprender con entusiasmo la labor de instruirse.

Una instrucción sólida, libre de prejuicios religiosos, limpia de fanatismo y pura como la ciencia lo es.

La historia de veinte siglos nos enseña que ni el cristianismo ni la aristocracia hicieron nada por redimir a la mujer.

La Iglesia, que siempre ha dominado a la aristocracia por medio de la mujer, no se ha ocupado jamás de defender los postulados feministas. Así vemos que, damas que por su rango social debían y podía dedicar su atención a la defensa de las libertades femeninas, se ocupan solamente de recabar en su desenvolvimiento colectivo, las limosnas para tal o cual santo, de si predica el padre Fulano o Mengano, de la «Vela nocturna», de si hay novena en tal pa-

rroquia o si las «Cuarenta Horas», son en tal otra; si tal familia confiesa o no, si tiene los hijos sin bautizar, etc.

Y con todos estos bagajes y procederes anticristianos, creen hacer cuanto pueden por la mujer obrera.

Las mujeres no debemos engañarnos, ni engañar a nadie; nuestra liberación es obra de nosotras mismas.

Nuestro sitio está en las filas de la democracia, que es la que ha de concedernos todos nuestros derechos.

España ha entrado en una nueva Era, y nosotras hemos de ir al par de ella para que este período evolutivo no retroceda, porque sería el mayor daño que podríamos causarnos.

Si sabemos aprovechar las enseñanzas que el pasado nos dió, y las lecciones que el presente nos ofrece, habremos labrado el porvenir y la humanidad será dichosa cuanto pueda serlo.

Muchos son los problemas que este período de evolución ha de resolver. La escuela, la propiedad, el individuo, y hasta el clima, cambiarán en la forma y en el fondo.

La conciencia colectiva dará un nuevo carácter a las costumbres y la paz y el amor están

llamados a ocupar el lugar preeminente que les corresponde.

La mujer, en la nueva sociedad, gozará de todos los derechos, al igual que el hombre, y se verá en pie, la frente erguida y con dignidad.

Su educación será completa conforme a sus condiciones intelectuales; podrá escoger o rechazar a su albedrío aquello que le parezca bueno o malo, será activa, educada, llenando así el vacío que siente en su alma por la carencia de conocimientos que quiso y no pudo adquirir.

También tendrá completa libertad para elegir un compañero, y verificará su unión guiada por el amor, porque siendo libre, no tendrá que esperar a ser solicitada, sino que podrá, sin menoscabo de su dignidad, ser ella la que solicite al hombre.

No será la esclava, porque podrá desligarse cuando el hombre la quiera rebajar a la condición de tal.

Al implantarse la República en España, y enterarse unas mujeres que el Gobierno trataba de implantar el divorcio y separar la Iglesia del Estado, me preguntaron:

—¿Qué te parece eso que piensa hacer este Gobierno? La Iglesia separada del Estado y la ley del Divorcio, ¿no es un disparate?

—Me parece—contesté—dos cosas muy acertadas, y os diré por qué.

La Iglesia practica una religión con la que muchos españoles no estamos de acuerdo y hemos de pagarla como si lo estuviéramos, y esto no es justo.

—Pues yo—me replicó una de ellas—no estoy conforme con eso de la separación.

—Lo comprendo—le contesté—, porque siguiendo como hasta aquí, te pagábamos la entrada; pero, hijita, tú no me la pagas a mí cuando voy al cine o al teatro; conque si quieres religión, págatela.

—Es que—me dijo—así se acabará la religión, porque muchas no irán si han de pagar.

—Eso será—le dije yo—las que no sean religiosas, y en ese caso, nada pierde la religión.

—Y lo del divorcio, ¿también te parece bien? —me preguntó nuevamente.

—Perfectamente bien, y voy a decirte el porqué: Los matrimonios que se quieran y vivan en perfecta armonía, no tienen por qué temer que se implante el divorcio, y a los que la vida se les hace imposible, sea por la causa que sea, los anulará y quedarán completamente libres.

—¿Y si tienen hijos?—observó otra.

—La ley no desampara a los hijos, y obligará a los padres al sostén y amparo de ellos.

—Suponte—me dijo—que tienen hijos y se casan otra vez y tienen hijos con el otro marido.

—Pues en ese caso—les dije—tendrá la mujer la ayuda de los dos hombres, que le ayudarán a mantenerlos, lo que no puede tener hoy la viuda que se casa y tiene hijos de los dos maridos.

Esta es una de las ventajas que la mujer obtendrá con este nuevo régimen, aparte de otras muchas que iremos viendo.

El divorcio es una necesidad que la moral reclama, como medida de justicia y saludable rectificación.

Las disposiciones conónicas, no deben estar en éste ni en ningún caso, por encima de la voluntad soberana de quien apoyándose en el derecho personal pide leyes que regulen su vida, sin perjuicio de las creencias y procedimientos que quieran adoptar los disconformes con el ejercicio de las libertades del individuo.

Los matrimonios equivocados que no se disuelven por temor a la crítica, viviendo una vida violenta, fingiendo cordialidad donde sólo el odio existe, llevan una vida de tormento peor

que la misma muerte, dándose a menudo casos de una crueldad indescriptible y de una desesperación que empuja al individuo al asesinato y al suicidio.

Vivir solos, completamente solos, uno en compañía de otro, es lo peor que puede suceder.

Odiarse y tener que acariciar a quien se odia, es el dolor de los dolores.

No sé qué poeta fué el que dijo esto que voy a recitar y que es una gran verdad :

«Sin el amor que encanta  
 La soledad del ermitaño espanta,  
 Pero es más triste y sola todavía  
 La soledad de dos en compañía».

De otra poesía es este fragmento que voy a deciros :

«Dejas a un pobre muy rico  
 Y a un rico muy pobre escoges,  
 Que la riqueza del cuerpo  
 A la del alma antepones.  
 Alá permita, enemiga,  
 Que te aborreza y le adores,  
 Que por celos le suspires,  
 Y por ausencia le llores.  
 En batalla de cristianos,  
 De valle muerto te asombres,

Y plugue Alá que suceda,  
 Cuando la mano le tomes.  
 Y si le has de aborrecer  
 Que largos años le logres,  
 Que es la mayor maldición  
 Que pueden darte los hombres.»

Tienen razón estos versos; vivir juntos y no amarse, tener que soportar las caricias, los caprichos, las exigencias del que se odia, es el mayor de los tormentos.

Y esto no debe ser, aunque lo ordene el Papa Benedicto XIV en su «Constitución del matrimonio» y lo sostenga el presbítero señor Santamaría.

Los teólogos sabrán mucha teología, pero ignoran cuanto en la vida conyugal puede ocurrir.

El divorcio es una ley reparadora que además evita una infinidad de sufrimientos y crímenes, que una vez establecida la costumbre, no tendrá razón de ser.

Pero la Iglesia, en su orgullo, se ha erigido en árbitro, y con las palabras de «lo unido por Dios no lo pueden desceñir los hombres», sientan una base de disolución contraria al derecho de la conciencia y a la vida de la humanidad.

¿ Creen los teólogos y canonistas que las se-

paraciones fuera de la ley es más moral que el divorcio?

Si así lo entienden, revelan tener un pobre concepto de la moral social.

La persona que se separa de su compañero o compañera, no puede clasificarse legalmente en ninguno de los tres estados.

Muchas veces he sido yo preguntada por personas que desconocían mi posición civil, y como no me gusta mentir, me veía precisada a responder: No soy soltera, ni casada, ni viuda. Vivo separada de mi marido.

Con la promulgación del divorcio cesarán estas anómalas situaciones, porque el individuo podrá, si así le place, contraer nuevas nupcias.

No me cansaré de preconizar el valor moral de esta reforma, que la República trata de establecer en nuestra nación.

Ya sé yo que se me juzgará por ello de mujer revolucionaria, y lo soy; lo soy, en el orden de revolucionar las conciencias, las costumbres y las ideas, por medios lícitos; por medios razonables, por medio de la persuasión; jamás por la amenaza, la imposición y el despotismo.

La labor que en este sentido tiene que hacer la mujer española, es una labor de titanes.

Revolucionar las conciencias, evolucionar las

ideas, y sanear las costumbres del presente estado de cosas; hasta conseguir ver alborear una aurora bella de matices y rica de tonos en que en un porvenir de esperanzas ya satisfechas, labre el bienestar de todo un mundo civilizado.

La mujer española tiene el deber de romper el círculo vicioso en que se ve encerrada y seguir la pauta iniciada por las compañeras de otras naciones.

Nuestro campo de acción está en las agrupaciones feministas que llevan por lema: Igualdad, Fraternidad, Democracia.

La República y el Socialismo son, pues, para nosotras, de un intenso interés, porque sólo por medio de ellos lograremos igualarnos en derechos al hombre.

Pero no queramos coger el fruto sin trabajo, porque hay que alcanzarlo con el esfuerzo para saborearlo después con más placer.

«¡ Ya tenemos República! »—me dice en una de sus cartas la propagandista Tilar Ginés—. Y luego añade: «El pueblo ha hecho la primera parte de la revolución; falta la segunda.

En las próximas elecciones se decide el porvenir republicano democrático de España, y yo sé que, sin aclarárselo, usted sabe por qué. A todo trance tenemos que consolidar una Re-

pública radical, si no queremos ver a nuestro pueblo debatirse en luchas agotadoras, rémora de toda evolución progresiva.

Nosotras, las mujeres, no debemos restar nuestro concurso y buena voluntad para que esto suceda.»

Esto me dice esa luchadora, segura como está de que lo comprendo. Sabe que no soy una republicana al uso de esas que hasta el 14 de abril trabajaron por hacer imposible la vida de los buenos republicanos y el advenimiento de la República, y que hoy se sienten más republicanas que Costa y más socialistas que Iglesias.

Las que hemos luchado en el periódico, en la tribuna, en la calle y en el hogar, para propagar un ideal que creemos santo, porque representa la equidad y la justicia; las que juntas en espíritu hemos trabajado hasta ver instaurado ese ideal, no estamos dispuestas a dejarnos arrebatar el preciado fruto de nuestras sacro-santas libertades.

Las que hemos fustigado a la Monarquía porque cual yedra vivía a expensas de la sangre del pueblo español, sembrando las regiones africanas de cadáveres de hermanos nuestros; las que hemos sentido el dolor de ver en un día de triste recuerdo a 10.000 madres llorar por la vida

de sus queridos hijos, víctimas de su propia ignorancia, por acatar los mandatos de un usurpador de la soberanía nacional, dispuestas estamos—como siempre lo estuvimos—a morir por salvar a nuestra nación de la ruina y oprobio en que la ha dejado la monarquía Borbónica.

### **¡YA TENEMOS REPUBLICA!**

¿Sabéis, españoles que me escucháis, lo que esto significa?

La República es, y significa, un estado de igualdad en derechos, es y significa paz, orden, moralidad y justicia.

Es y significa, el progreso, la civilización, la cultura, el bienestar.

Es y significa, que el pueblo tiene conciencia y sabe erigirse en soberano, imponiendo su voluntad.

Es y significa el porvenir triunfando del pasado, la ciencia triunfando del fanatismo, la libertad triunfando de la esclavitud.

Es y significa la paz destruyendo los odios, y, en suma, todo lo bueno, santo y noble que la humana criatura puede ambicionar.

Vivamos alerta, republicanos y socialistas, para que no nos sorprenda la tormenta que en contra de ella están fraguando los que se creen perjudicados porque ven que sus privilegios desaparecen.

Velemos para conservar y consolidar este régimen, que con tanta grandeza hemos hecho nacer.

No nos fiemos de esos republicanos del 14 de abril.

Su pasado ha sido hostil a este advenimiento y su presente no está suficientemente garantizado.

Que hagan acto de contrición, no debe dejarnos satisfechos.

Que vengan si quieren a nuestras filas, pero que vengan dispuestos al sacrificio, sin ambiciones, sin pretensiones, como lo hacíamos nosotros cuando trabajábamos pensando en el porvenir de nuestros hijos, sin la esperanza de conseguirlo para nosotros.

Cuando así lo hagan, les abriremos nuestros brazos, pero entre tanto, precaución y cautela.

No nos durmamos en los laureles.

España está amenazada de serios peligros.

Los sucesos de los días pasados hablan con una elocuencia abrumadora.

Se han quemado algunos conventos, y esto no debe repetirse.

¿Quién los ha quemado?

¿La maldad o la ignorancia?

Yo creo que la maldad.

Los enemigos de la República han conspirado, y de esa conspiración partió el chispeo.

Creyeron cosa fácil deshonrar a la República de ese modo, pero se impuso el buen sentido del pueblo y del Gobierno, y fracasaron.

Vivamos prevenidos contra posibles y nuevos intentos. Gutiérrez XIII conspira, y sus secuaces, como tienen la espina dorsal arqueada de hacer genuflexiones, se doblegan con facilidad a sus mandatos.

Las mujeres españolas debemos velar porque el tirano no vuelva.

Acordáos de Annual, de Monte Arruit, del Barranco del Lobo.

Acordáos de los atropellos, los fusilamientos, los destierros.

Mirad en qué estado se encuentra la Hacienda, la Instrucción, la Agricultura y la Industria y el Comercio.

Mirad nuestra moneda depreciada y las sub-

sistencias tan elevadas que el trabajador no las puede alcanzar.

Recordad la Semana Trágica de Barcelona, el fusilamiento de Ferrer y el carbonerillo Clemente García.

Recordad a Galán y Hernández.

Pensad en los obreros encarcelados por reclamar un poco de justicia.

Todo ello es obra del nefasto Alfonso, que no se resigna a vivir con los millones que nos ha arrebatado, sino que conspira, conspira contra la naciente República, y trata de volver a oprimirnos y chuparnos el poco jugo que aún queda en España.

Mujeres del presente, el porvenir está en nuestras manos.

Si toleramos que un hombre que así trató a nuestra patria pise el territorio español, seremos tratadas como lo fueron nuestros hermanos del pasado, se nos considerará cosas y no seres humanos, porque nosotras habremos firmado la sentencia de nuestra esclavitud.

Si por el contrario, luchamos con empeño por consolidar la República, iremos hacia la luz de la verdad, porque ella nos proporcionará los medios para que la veamos.

El ideal republicano preconizado por Costa, era escuela y despensa.

Pan para el espíritu y alimento para el cuerpo humano.

Se impone la necesidad de estas doctrinas, y nuestro deber es propagarlas y defenderlas.

Defenderla\$, sí, pero con serenidad, sin exaltaciones tormentosas, con razonamientos.

Si lo hacemos así, la nueva sociedad que hoy empieza se fundará en una base sólida de fraternidad, la vasta federación de los pueblos civilizados entonará la Internacional, porque el interés nacional y el interés de la Humanidad, serán el interés común.

La mujer será respetada, podrá departir amigablemente con el hombre, su compañero, porque será igual a él, diferenciándose solamente en el sexo genérico; tomará parte activa en la política, haciendo uso de sus derechos civiles, y será, en fin, la que ayude a éste a vencer los obstáculos que a su dicha se opongan.

Esa será la mujer del porvenir, si nosotras sabemos cumplir con las obligaciones que el presente nos impone.

Trabajemos, pues, hombres y mujeres, para que así suceda.

Si sucumbimos en el transcurso de la lucha, las que nos sigan ocuparán la brecha que nos otras dejemos, pero nosotras caeremos con la conciencia tranquila y llenas de satisfacción por haber cumplido con un sagrado deber.



El socialismo  
y la mujer.



---

---

---

CAMARADAS:

PARA justificar mi atrevimiento en este lugar, debo manifestar que he venido impulsada por el ideal socialista.

Vengo, pues, a preconizar el amor a este ideal, base de nuestra redención y cumbre de nuestras aspiraciones.

Para ello os pido un poco de atención y un mucho de indulgencia, pues como no ignoráis, soy una hija del pueblo; de este pueblo tan sufrido, tan vilipendiado y tan injustamente despreciado por los que más debieran amarle, por los que le chupan el jugo de la vida, viviendo a expensas de su trabajo, por los que se consideran superiores a él por encontrarse en un plano más elevado de cultura, con k, de esa cultura que da el salón aristocrata, donde el enjambre de los zánganos de la colmena humana, se reúne para hacer alarde de sus gracias, al com-

pás de un jaz-band, de un charlestón o de otro cualquiera de los bailes dislocados.

Perdonad si por un momento os he distraído con estas divagaciones sin importancia para el asunto que me propongo tratar, pero es preciso que os hable de cultura, que la miente al menos, y que lamente mucho no poseer la verdadera cultura necesaria para expresar de un modo bello y preciso lo que quisiera decir, a fin de que todos pudiérais comprender la grandeza de tan bello ideal como es el ideal socialista.

Antes de pasar adelante, evocaré la memoria de nuestro Abuelo, al que nunca podremos agradecer bastante lo que por nosotros trabajó, lo que sigue trabajando desde el misterio del no ser, porque al partir nos dejó su espíritu, con todas sus inquietudes, con todas sus aspiraciones, con todas sus virtudes y sus pensamientos todos, llenos de fe en el porvenir, impregnados de dulzura y aromatizados de idealidad.

El dedicó toda su fe socialista a la defensa de todos los trabajadores, sin distinción de sexo; por nosotros, queridos camaradas, trabajó sin tregua ni descanso, a fin de mejorar la situación del proletariado que tanto amaba.

Es, pues, un deber, ofrendarle el testimonio de nuestro reconocimiento, por cuanto se sacri-

ficó en favor de la causa obrera y el partido socialista.

Camaradas: Estamos asistiendo a un alumbramiento redentorista; las doctrinas del maestro fructifican, el momento es decisivo y debemos prevenirnos para que el esfuerzo sea eficaz.

El pueblo español, tan sufrido como menospreciado, se va dando cuenta de su situación y quiere salir de ella.

Nos lo dicen estos centros de cultura y organización, nos lo dicen también los muchos y valiosos hombres que se suman al socialismo; esos hombres de ciencia que habiendo bebido en la fuente de la verdad, se aprestan con ardoroso empeño a esparrcir en nuestro derredor la luz que guía sus inteligencias, a fin de impulsarnos a trabajar en defensa de nuestros derechos y a cumplir con nuestros deberes de ciudadanos conscientes.

Todo esto es muy bello, muy consolador, pero, camaradas y amigas: no surtirá el apetecido efecto en tanto la mujer se abstenga de cumplir con sus deberes de madre, de compañera y hermana del hombre.

**El socialismo y la mujer**, es el tema que me propongo desarrollar y que le considero digno

de ser preconizado por toda mujer amante de su patria, de su familia y de la humanidad.

**El socialismo y la mujer**, tema sugestivo, al ser tratado por una hija del pueblo, no será adornado con fraseología de relumbrón, pero en cambio tendrá la virtud de ser expresado con franqueza.

Voy, pues, a exponer el programa de esta conferencia.

¿Qué es socialismo? ¿Debe ser la mujer socialista? ¿Es compatible la política con los deberes de la mujer? ¿Tiene la mujer capacidad para intervenir en los asuntos políticos?

Estos son los puntos esenciales que voy a poner a vuestra consideración.

**¿Qué es socialismo?** El mundo está dividido en castas y clases.

Esta división injusta ha llenado de privilegios a los unos y ha desposeído de todo su derecho a los otros.

No hay razón de derecho ni de justicia para que tal ocurra, y, sin embargo, esta desigualdad ha hecho que unos cuantos se erijan en señores, mientras que la otra parte (los más), sean desheredados; que mientras los señores huelgan plácidamente, los desheredados, los que nada

poseen, trabajen, para que los señores coman de lo que producen los desheredados.

Nuestra madre común, la tierra, niégase a dar fruto allí donde la holgazanería tiene su asiento, y muéstrase propicia a la fecundidad allí donde el hombre trabajador se esfuerza en hacerla producir.

Parece, pues, natural, que el trabajador debiera tenerlo todo y el holgazán, el que nada produce, no debiera poseer nada.

Sin embargo, sucede todo lo contrario.

Esta desigualdad, esta injusticia, ha hecho que los hombres de todas las épocas y de todos los países, vivan una vida de descontento, y que los oprimidos, al ver la injusticia con que han sido tratados, se hayan rebelado muchas veces contra sus tiranos, ya en pequeños grupos, o bien aislados, pero siempre o casi siempre con muy poco éxito.

Esto era debido a la desorientación y falta de espíritu societario.

Muchas veces, la necesidad de los oprimidos y la carencia de cultura era tal, que desconociendo sus derechos y sus deberes de hombre, daba su trabajo y su conciencia por un mendrugo de pan o por unos miserables harapos.

El deseo de agradar al amo, en unos ; el amor

al trabajo, en otros, y el ansia de redención en los demás, hizo nacer el progreso y la cultura, progreso y cultura que hermanados para la liberación, se han fundido en la palabra socialismo.

El obrero del campo, de la fábrica, del taller, de la enseñanza, del laboratorio, de los mares, de las minas y de los aires, ya no es el paria, el siervo, el esclavo de las pasadas edades.

Hoy el trabajador aspira a ser libre, estudia, se organiza y se siente con bríos para reclamar el derecho que tiene al disfrute de la vida sin trabas ni menosprecio, y sabe sacrificarse en holocausto de un ideal en el que tiene su fe de liberación integral.

El socialismo es su única salvación, porque socialismo quiere decir justicia, equidad, cesación de toda contienda fratricida, moralidad, cultura y respeto, emancipación económica del obrero y ejercicio libre de los derechos civiles en el hombre y en la mujer.

¿Y qué más? Socialismo es amar, renunciamiento de prejuicios, porque representa la paz social.

El socialismo será el que nos conduzca al estado de derecho que reclaman las privaciones y la justicia desatendida.

Socialismo quiere decir socialización de intereses, de trabajo, de medios de producción y de la riqueza en general.

El socialismo no es enemigo del capital, no trata de desposeer a nadie; quiere, sí, avalorar y democratizar la propiedad, universalizándola, en una palabra, animar al rico y proteger al pobre, suprimiendo la miseria y terminando con la explotación del hombre por el hombre.

Será procedimiento que combinando el poderío público en el exterior y la felicidad individual en el interior, traerá la prosperidad social.

Los principios socialistas se basan en la equidad, y por ello luchan cuantos comulgan en esa religión de amor, contra todas las injusticias que el despotismo y la ignorancia han creado.

El socialismo traerá como principio la igualdad civil en el hombre y en la mujer; empleará el poder colectivo en el sagrado deber de abrir escuelas para todas las aptitudes, talleres para todos los brazos, laboratorios para todas las inteligencias y, como consecuencia, la civilización verdadera en la que cada uno trabaje para todos y todos para cada uno.

La pobreza se limitará, sin limitar la riqueza, creando vastos campos de actividad pública y popular.

El obrero se salvará del vilipendio del salario, el pequeño terrateniente, de los injustos censos y rentas, porque el socialismo tiene soluciones para todos los problemas.

El, como dijo el doctor Marañón, es «El único camino».

Ayudemos, camaradas y amigas, con nuestro esfuerzo, a los que trabajan por su advenimiento, hasta que ondee la roja enseña de la paz y el amor en todos los países del mundo.

Ser socialista, es ser buenos ciudadanos; con que a cumplir cada uno con su deber.

**¿Debe ser la mujer socialista?** Este segundo punto de mi conferencia, no es de dudosa contestación.

Todas las injusticias, todas las amarguras que el régimen capitalista burgués hace pesar sobre la clase trabajadora, afectan directamente a la mujer.

Como madre, como hermana y como compañera del hombre, participa de todos los dolores y de todas las injusticias que el hombre experimenta.

Sin embargo, existe una gran diferencia entre el hombre y la mujer en el disfrute de su personalidad civil.

Comprendiendo la burguesía que para triun-

far en sus privilegios necesita anular a la mujer, le ha negado todos sus derechos políticos, sociales y aun el derecho a trabajar en algunas profesiones y oficios, pretextando interesarse en su salud moral, cuando en realidad, lo único que pretendía era arrastrarla al precipicio de la inmoralidad, cercándola en el círculo de la miseria y la incultura.

Es una injusticia manifiesta negarle a la mujer el derecho de elección y representación en todos los órdenes de la vida, como administración, legislación, etc., y además de ser una injusticia y un abuso, es un perjuicio que debe tenerse en cuenta, puesto que recae sobre todos y muy especialmente sobre los trabajadores.

Todos recordamos la «Semana Trágica de Barcelona».

Aquella manifestación sublime del amor de madre exaltado ante el peligro de ver marchar a sus hijos para no verles jamás, hizo estallar el coraje encerrado en sus pechos y, enarbolando banderas de paz y pendones de protesta, no vaciló en gritar con arrojo y valentía aquellas sublimes palabras de «Abajo la guerra».

Aquellas mujeres expusieron generosamente sus vidas por salvar las de sus queridos hijos.

¡Qué no hubieran hecho, si las hubieran lla-

mado a colaborar en los asuntos de la nación para evitar que la guerra estallase!

Esto precisamente es uno de los motivos que el régimen capitalista tiene para anular a la mujer en su personalidad jurídica, civil y política.

¡Cómo iba la mujer consciente a votar una guerra ni una ley en contra de sus sentimientos maternos!

Lo que a dicho régimen le conviene es entretener a la mujer en cosas frívolas; lo que a ese régimen le conviene es distraerla de la realidad y llevar su imaginación por otros derroteros, inculcarle que todos los males que nos aquejan no son otra cosa que castigos que Dios nos envía por nuestros pecados, que todo es obra de ese Dios Omnipotente, sin el que no puede moverse ni la hoja de un árbol; hacerla fanática e ignorante, para que en vez de reclamar de los poderes públicos el remedio a tanto abuso e injusticia, recurra a ese Dios invisible en demanda de auxilio, para que en lugar de pedir canales que lleven la fecundidad y la vida a las tierras estériles por falta de agua, hagan novenas a los santos, reclamando a éstos lo que aquí abajo nos niegan.

Es, pues, un deber de la mujer, abandonar ese círculo vicioso en que la tienen amarrada los ma-

nejos realizados en la sombra por hombres interesados en sostener un dominio oneroso sobre las conciencias y los intereses.

Es una necesidad romper las cadenas que nos cercan y avanzar hacia las filas socialistas, sumando nuestros esfuerzos a los de los hombres que en ellas militan y que quieren nuestra redención.

Compañeras: Debemos afiliarnos, para así recabar nuestros derechos y conquistar nuestras libertades.

Permanecer en el quietismo es un error incalificable, porque mientras estemos al margen de la contienda, no tenemos derecho a exigir se nos entregue la parte del botín que nos correspondería de haber tomado parte en la lucha.

Luchemos, pues, para conseguir lo que es nuestro, lo que en justicia nos corresponde.

Somos nosotras, las hijas del pueblo, las únicas que tenemos derecho a levantar la voz, porque somos las más perjudicadas en estos atentados a las libertades femeninas.

Las grandes damas aristócratas, no pueden sentir estos mismos anhelos, porque ellas disfrutan de todos los privilegios que su rango les brinda.

¿Qué saben ellas de privaciones y amarguras?

Ellas no han visto la miseria y el dolor de cerca, sino los mimos y reverencias que a sus títulos nobiliarios suelen prodigarles cuantos las rodean.

Ser socialista es un deber de toda mujer que siente anhelos de redención, porque el socialismo ha de transformar la sociedad en otra más humana, más justa y más equitativa, y quedarnos al margen de la contienda sería grave error, puesto que va a operarse el milagro que veinte siglos de cristianismo no han podido realizar, y es preciso sumarnos a ese movimiento, propagar nuestro credo, haciendo que la luz penetre en todos los cerebros y que la religión de paz y el amor se anide en todos los corazones.

Veamos ahora, si es compatible la política con los deberes de la mujer. Hay quien afirma, gratuitamente, que la política es incompatible con los deberes de la mujer.

Los que así opinan, no han vacilado en dejar caer sobre la mujer todo el peso de su absurdo modo de ser.

Han legislado siempre, atendiendo a su egoísmo, y bajo el jactancioso título de protección, han confeccionado artículos y más artículos en perjuicio de la mujer.

¿Qué otra cosa, si no, es la negación a re-

presentarse a sí misma en la defensa de sus intereses morales y materiales?

La mujer, dicen muchos sabios, tiene su misión en el hogar.

Para ellos, todo lo que no sea barrer, cocinar y zurcir, está fuera de las atribuciones de la mujer.

A la mujer, suelen añadir, le basta con ser madre.

Es decir, que la misión de la mujer se reduce a ser una incubadora, cuyo mecanismo puede emplearse únicamente en los menesteres de la casa. La maternidad, según estos sabios, está reñida con la percepción, la mujer es incapaz de sentir abnegación y desinterés.

La que se mete en política es una parlanchina imbécil, que tiene descuidado el cocido por meterse en camisa de once varas.

Según estas teorías, la mujer debe ser imbécil, no mezclarse en los asuntos reservados únicamente al hombre por su potencialidad masculina.

No hace mucho, un corresponsal de «La Voz de Aragón», nos dedicó un artículo lleno de adjetivos rumbosos, tales como el llamarnos «Reina del hogar», para decir luego que no tenemos derecho a intervenir en política ni aún a ocupar

un cargo en la oficina y mucho menos un lugar en la cátedra.

Si para ser madre es requisito primordial conocer la razón y la vida, ser ignorante y hasta imbécil, no es porque el hombre que ha de ser padre puede almacenar todos los conocimientos humanos y aun divinos.

Si la mujer, como ser pensante, ha de ser una nulidad, no veo yo por qué regla de tres ha de tener el hombre el privilegio exclusivo de pensar y dar forma a su pensamiento.

Este sistema de comodín que emplean muchos reacios al despertar femenino, es contraproducente y, por tanto, se verán fracasados, por cuanto la mujer va dándose cuenta de su situación, y el puesto que le corresponde ocupar en la vida de los pueblos.

Es, pues, un deber de la mujer, probar que puede, sin dejar de ser femenina y cumplir con los deberes de madre, cumplir también con los que exige la ciudadanía, interviniendo en los asuntos políticos de la nación, que tan hondamente le afecta.

Esto sentado, veamos si tiene capacidad para ello.

El estudio de la Anatomía, Fisiología y Psicología de los seres humanos, demuestra clara

y rotundamente que la mujer no es inferior al hombre, sino diferente.

Esta diferencia no es de mentalidad, ni de tentativa, ni de espiritualidad, ni de percepción, ni de valores morales, ni de vocación de estudio, ni de nada que pueda interesar al hombre y a la mujer como seres pensantes y racionales. Esta diferencia es la de sexo.

Ella tiene exclusivamente la misión de las funciones fisiológicas naturales para que la vida humana prosiga la marcha genésica.

Y es condición precisa que ambos sexos cooperen a ese fin.

Esta diferencia en nada puede restringir las naturales dotes de reflexión, voluntad, energía, sentimientos humanitarios, idea clara de la justicia, capacidad administrativa, asimilación y concepción para el arte, amor a lo bello, admiración a lo grande y desinterés colectivo. No existen, pues, dificultades para que la mujer escale todas las categorías del ser humano.

El movimiento se demuestra andando, y yo quiero demostrar con hechos mis asertos, para que se vea que no hago aseveraciones gratuitas.

Cuajadas de ejemplos se hallan la Biblia y la Historia de nuestra patria.

Tomaré solamente algunos para no molestar

vuestra atención, refiriendo éstos a grandes rasgos, para no hacerme pesada.

Cuenta la Sagrada Escritura que habiendo dado Faraón la orden inhumana de que las mujeres israelitas ahogaran a sus hijos varones al nacer, Hamran y Jacobed colocaron a su hijo en una cestita de mimbre embetunada, y la colocaron en el Nilo.

Termutis, hija de Faraón, vióle flotando sobre las aguas, lo mandó sacar y lo adoptó por hijo, poniéndole por nombre Moisés, que significa salvado de las aguas.

Este es el Moisés que acaudilló el pueblo israelita, para sacarlo de la esclavitud.

Sin Termutis que lo salvó, hubiese perecido ahogado.

Esta mujer encarna la piedad y el amor hacia los seres débiles y abandonados.

Otro caso de exquisita espiritualidad, es el de la abnegada Rhut, que desplega toda su actividad y celo para sostener a su anciana suegra, Noemi, yendo a espigar a los campos de Boor.

Judit, libertando a su pueblo de la tiranía de su sitiador Holofernes, es el emblema de la virtud y valor.

Las mujeres de Sagunto y Numancia se distinguieron por su heroísmo, arrojándose con

sus hijos en las hogueras, por ellas mismas encendidas, antes que entregarse a enemigo sitiador.

La Edad Media nos brinda también una reina, doña María de Molina, cuyo talento y carácter enérgico logra separar a los reyes don Juan y don Alfonso de la Cerda, sosteniendo el trono para su hijo don Fernando, vendiéndose las alhajas para cubrir los gastos de la guerra y salvar la nave del Estado, combatida en tan proceloso mar.

De la Edad Media, citaré a doña Isabel la Católica, cuyo talento para gobernar era tan reconocido, que los castellanos resolvieron asegurar la independencia de esta reina en todos los empleos civiles, militares y eclesiásticos de Castilla.

Las coronas de Aragón y Castilla fueron unidas, pero divididos los poderes; doña Isabel supo observar esta división sin que el interés ni los celos turbasen la buena armonía entre los esposos don Fernando y doña Isabel.

Durante este reinado, difícil por la guerra que hacía años sostenía España con el moro, un genio, Cristóbal Colón, solicita una audiencia al rey don Fernando, expone la posibilidad de encontrar un Nuevo Mundo, y hubo de retirarse

sin conseguir otra cosa que ser mal recibido por el rey.

Enterada la reina, le envía un correo, anunciándole que acoge su proyecto. Colón, protegido por doña Isabel, sale del puerto de Palos, y después de un viaje de penalidades por el océano, descubre tierra el 12 de octubre de 1492, a los treinta y cinco días de navegación.

Y no sólo ayudó a Colón en su empresa, y no sólo reconquistó Granada, que estaba en poder del moro, y no sólo logró pacificar el interior de España, sino que supo dar leyes sabias para gobernar con una rectitud jamás superada.

La mujer, a pesar de su deficiente y falsa educación, se ha elevado hasta la más alta cima del saber humano, sin abandonar ninguno de sus deberes de mujer.

Ninguna de las manifestaciones, ninguna de las actitudes que el hombre puede desarrollar, es incompatible para la mujer.

Ejemplos miles tenemos de mujeres eminentísimas.

Carolina Michaelis, alemana; literata y filósofa. Ninon de Lenclós, francesa, poetisa.

Madame Maintenón, mujer a quien la Historia francesa le concede un puesto preeminente.

te por su gran talento y por el interés desarrollado en favor de la cultura de su pueblo.

Aurora Dupín, autora de muchos y valiosos libros.

Las catedráticas María Agnesi, de Ciencias y Matemáticas; Novella de Andrea, de Leyes; Clotilde Tambroni, de Griego, y Laura Basi, de Física, de la Universidad de Bolonia.

Isabel Gluck, considerada como el primer vate de Austria.

Ana Carrol, norteamericana, trabajó contra la esclavitud y logró que el Consejo federal acordase la ley de abolición para los Estados Unidos.

Madame Dacier, literata, a quien se debe la traducción de la Ilíada.

Miss Margaret Grace, inglesa, fué secretaria del Ministerio del Trabajo y presidenta del Consejo Nacional Mixto, que es suprema representación del partido obrero socialista en Inglaterra.

Suce Groenew, profesora, elegida diputada por el partido socialista de Holanda.

Matilde Sarao, italiana, autora del libro «Centinela, alerta».

Madame Severine, francesa, periodista.

Madame Curier, francesa, gloria de la cién-

cia, a quien se debe el descubrimiento del radio y profesora de la Sorbona.

Augusta Holmes, alemana, profesora y compositora de música.

Luisa Michel, francesa, conocida con el sobrenombre de la «Virgen Roja», tomó parte activa en la insurrección comunalista de París.

Fué encarcelada por este motivo, y su valentía y convicción quedan acreditadas en la carta que dirigió a sus jueces, que traducida al español, dice así:

«Versalles, 4 de septiembre de 1871.—Puesto que la medida no ha llegado a su colmo; puesto que en el aniversario de la República hacen rodar por el suelo, rojo de sangre, las cabezas de los más valientes republicanos, es de justicia que los que reivindiquen el recuerdo de sus hermanos de lucha pasen también por el cadalso.

Que se abran las prisiones a cuantos se encuentran en ellas sin haber tomado parte en los hechos—que son muchísimos—, y que junten con la cabeza de Ferré, delegado de Montmartre, las de todos los que quieran morir para no ver tanta monstruosidad. Yo, por mi parte, reclamo la muerte, a la que tengo derecho, porque en lugar de enfermera, he sido soldado de combate.»

No fué guillotinada, pero se la condenó a prisión, y después al destierro.

Maria Alvarado, peruana, activa propagandista, profesora y publicista de mérito.

Miss Gladstone, inglesa, doctora en Ciencias.

Teresa Labriola, catedrática de Filosofía del Derecho, en Roma.

Maria von Linder, doctora en ciencias y profesora de Zoología y Anatomía, en la Universidad de Bonn.

Sara Malher, alemana, inventora del periscopio submarino.

La baronesa Berta Sultner, cuyo libro «Abajo las armas», mereció el premio Nóbel de la Paz.

Rosa Luxemburgo, alemana, muerta por los enemigos del socialismo en 1918.

Mujer de cerebro magnífico, de palabra ardiente y limpia, de una erudición formidable, dominaba todas las lenguas.

Rosa Roldán, sevillana, cuya inspiración la hizo inmortal en sus creaciones escultóricas.

Concepción Arenal, insigne penalista.

Emilia Pardo Bazán, catedrática de la Universidad Central, numeraria de la Real Academia

mia de la Lengua, y favorecida con el premio Nóbel.

Concha Espina, escritora de mérito.

Mariana Pineda, pereció en el cadalso, por haber bordado la bandera de la libertad con estas palabras :

«¡Viva la Constitución!»

Clara Campoamor, doctora en Derecho, abogada de extraordinarias condiciones oratorias y periodista insigne.

Carmen de Burgos, privilegiada periodista y autora de varios libros.

Soledad Gustavo y Federica Montseny, madre e hija, escritoras propagandistas.

María Cambrils, defensora del socialismo y de las libertades de la mujer, y escritora de una rara potencialidad.

Y ¿ a qué seguir?

Estas mujeres y muchísimas más que no cito, porque sería interminable, ¿no dan la sensación de lo mucho que puede y vale la mujer?

Al evocar los nombres de las ilustres mujeres que hemos recordado, quise probar que la capacidad de la mujer no es inferior a la del hombre, y creo que lo he demostrado.

Puede, por tanto, intervenir en los asuntos políticos, sin menoscabo de su dignidad.

Para ello es preciso agruparse, organizarse e instruirse, procurarse una cultura general, a fin de mejorar la situación económica, asistiendo y tomando parte en la lucha social, sin cohibición ni mojigangas, como lo hacen millones de mujeres de Alemania, Austria, Inglaterra, Cuba, Estados Unidos de América y otros países.

En España, es mayor el atraso de la mujer, y por lo mismo, es mayor la necesidad que tiene de organizarse e intruirse.

Hay una muralla que nos priva de dar el paso definitivo para el logro de nuestras reivindicaciones.

Esa muralla se llama predominio de los prejuicios.

Hoy esa muralla tiende a desmoronarse, porque la mujer se encuentra en el caso de formar su conciencia, y quiere ejercitárla en la conquista de sus derechos.

Nos cansamos de ser cosas, y queremos ser mujeres en toda la extensión de la palabra.

Para ello haremos cuantos esfuerzos sean necesarios, nos instruiremos y nos asociaremos con nuestros hombres, nos fusionaremos con ellos, porque en el socialismo no hay clasifica-

ción de hombres y mujeres; en este templo sólo hay un credo para todas las almas y un ejército para todas las defensas.

Unámonos en apretado haz, y unidos luchemos por la cultura del pueblo trabajador, por su libertad, por su redención.

Seamos cada una de nosotras un acicate para el hombre, que le ayude a pensar y a sentir;enseñémosle que su deber está en la organización, donde sus hermanos le atenderán y ampararán en sus desdichas; que es en la organización donde aprenderá a luchar en defensa de sus intereses morales y materiales, que en la organización puede aprender a apartarse del vicio que pudiera dominarle, porque en la organización todo es orden y moralidad.

Esta es la labor que os recomiendo, camaradas y amigas.

Y vosotros, los afiliados a la Unión General de Trabajadores, que también tenéis madre, hermanas, compañeras e hijas, ayudad a la mujer a salir de su postración.

Pensad en que la mujer puede ser quien decide en los destinos de los pueblos.

María Cambrils ha dicho: «La historia de una humanidad libre, no se podrá escribir en tanto sea la mujer esclava.»

A esta afirmación, hemos de añadir otra nuestra:

«La mujer ha de escribir en la historia de la humanidad libre, la página de su liberación».

Este es nuestro deber, y por él hemos de luchar, hasta ver la realidad de tanta grandeza.



**Costa y la República.**

---

---





## CIUDADANOS Y CORRELIGIONARIOS DE MONZÓN:

Es para mí tan grata la emoción que experimento al encontrarme entre vosotros, que no hallo palabras que puedan expresar la intensidad de este sentimiento.

¡Ya estoy entre vosotros!, es decir, ya estoy en un pueblo que dió al mundo un hijo cuyo corazón era todo magnanimidad.

Aquí recibió por vez primera el rayo de luz, que era precursor de otra luz más divina—por ser más espiritual—, nuestro amado y llorado Costa, y esa luz la difundió por toda España, esa España tan hermosa, por sus ríos, sus valles y sus mesetas, tan rica por sus mares y sus montañas, tan apacible por sus remansos y su clima, pero también, ¡ay!, tan despojada de sus gracias por la avaricia ramplona de los que usurpaban la soberanía nacional, bajo el fetiche

de un manto de arniño y una corona de metal.

Fué aquí, donde el gran patricio republicano recibió los primeros besos de su venturosa madre, cuya ternura inflamó aquel gran corazón para esparcirla después por el orbe entero, en un amor fraternal, que hizo de él el más ferviente amador de nuestra patria.

Fué aquí, ciudadanos de Monzón, donde recibió las primeras impresiones de su vida, y donde concibió las primeras rebeldías de su espíritu selecto.

Y vosotros le conocísteis, y tal vez haya aquí quien haya compartido con él sus juegos de niño y quien le haya combatido más tarde en sus excelsas doctrinas.

Yo encuentro todo esto muy natural, porque él era un espíritu muy superior a su época, y no era posible que todos le comprendiérais.

La España, oprimida bajo el peso de una dinastía nefasta, retrógrada y cruel, no podía comprender la grandeza de ese gigante, de ese león, tan noble como fuerte, y tan rebelde como fuerte y noble.

Cegada con las tinieblas de la superstición, sumida en un caos de confusiones y llevada al precipicio en que la tenían amarrada el clero y

la burguesía, le era imposible mirar a la luz, salir del caos y romper con la tradición en que yacía.

Sólo unos pocos, los más pobres, los más encrimidos tal vez, pero también los más comprensivos, pudieron entender que aquella luz que él mostraba, aquella rebeldía que él sentía y aquella doctrina que él predicaba, eran, la luz de la verdad, la rebeldía santa y la doctrina redentora que había de sacarnos de las tinieblas, del caos y del abismo.

Quisiera yo hablaros de él, quisiera yo deciros de él muchas cosas; pero seguramente que todos vosotros sabéis mejor que yo cómo pensaba, cómo hablaba y como obraba, porque habéis cambiado impresiones con él y habéis colaborado también con él, para conseguir que aquellas palabras tan llenas de virilidad, tan saturadas de amor y belleza, tan encendidas de entusiasmo, se hayan convertido en una realidad palpable, que se siente y nos llena el alma de santas emociones.

Ya estoy entre vosotros, repito, emocionada, porque pienso que tal vez ese hijo ilustre de Monzón, ese Costa, incomprendido de muchos y admirado de todos, ese gran tribuno de un ideal redentor, tal vez, repito, os haya dado al-

guna vez lecciones de ciudadanía, y os haya alentado a seguir por el calvario que él caminó sin vacilar durante el curso de su preciosa vida, y, tal vez, en este mismo sitio, en esta misma tribuna, sea donde su fogosa palabra se haya exteriorizado con más ternura y con más dolor, pensando en los compañeros de su niñez.

Nuestro Costa, porque también era mío, sí; era mío, era nuestro, de todos los republicanos, de todos los buenos españoles, era mío y vuestro, era del mundo entero, porque a todos amaba; pero más intimamente nuestro, nuestro Costa—digo—, lloró muchas veces y lloró no de despecho como los políticos ramplones; no de rabietas, como esa reina destronada ha poco de nuestra patria; no de sentimentalismo cursi, como las damas catequistas que lloraron porque esa reina se marchaba con los millones que nos había arrebatado la realeza, no; las lágrimas de Costa eran producidas por el dolor de ver a esta patria que él tanto amaba, huérfana de cariño, falta de justicia y arrastrada por un servilismo incivil.

Las lágrimas de Costa eran hijas de un sentimiento grande y noble, eran originadas por un sentimiento de fervor hacia un ideal por él pre-

conizado, por un amor sereno y puro, y por una rebeldía santa y generosa.

Esas lágrimas benditas, por ser suyas y ser hijas del amor a la humanidad, han hecho brotar una flor bella como la aurora, amplia como el horizonte, fuerte como la roca y perfumada cual primavera que la vió nacer.

Esa flor que en el 14 de abril abrió sus pétales, mostró su corola y gentil, cual la palma, se mecía en su tallo; esa flor roja, de matices a cual más hermoso y cuyas mieles ya saborean las abejas de la colmena humana, ¿sabéis cómo se llama? Se llama Repúblida.

Esa flor ha nacido, pues, regada por aquellas lágrimas; y nosotros, si amamos a Costa, si somos republicanos, si queremos a nuestros hijos, si amamos a nuestra patria, si tenemos dignidad, si somos humanitarios, si amamos la libertad, hemos de cuidar esa flor con esmero, hemos de cultivarla con cariño, y hemos de procurar apartar de ella todas las malas yerbas que puedan nacer a su alrededor, para conservarla siempre bella, siempre lozana y siempre perfumada.

Mi conferencia, que más que conferencia puede llamarse charla, va a versar sobre estos dos nombres venerados: «**Costa y la República**».

Estos dos nombres deberían escribirse en letras de oro y guardarlos en estuche de esmeraldas y rubíes de gran valor.

He dicho de esmeraldas, porque éstas son del color de la esperanza, y de rubíes, por ser éstos del color de la rebeldía.

Costa y la República, son, pues, el objeto de esta charla amistosa que voy a permitirme con vosotros, amigos y amantes de estos dos nombres que siempre hemos de venerar.

Procurad recoger en el fondo de vuestro corazón—santuario de todos los amores—estos dos nombres benditos y procurad propagarlos en todas partes con el ardor, el celo y el entusiasmo que todo aragonés y todo español siente por la causa santa de sus libertades.

Antes de entrar de lleno en el terreno de la disertación, antes que mi lira haga vibrar las cuerdas de la inspiración, antes que yo glosando esos dos nombres os diga lo que de ellos siento, quiero que todos los que con estos dos nombres simpaticen, digan conmigo:

«¡Viva la memoria del ilustre aragonés Joaquín Costa! ¡Viva la República!»

El entusiasmo con que habéis repetido estos dos vivas, me revela que sentís, en lo más íntimo de vuestro ser, el ansia de esparcir, de ex-

teriorizar, de levantar y eternizar, estos dos nombres gloriosos.

Yo recojo vuestro entusiasmo y os lo devuelvo en un abrazo espiritual, en nombre de la patria y del ideal republicano.

Pero yo que agradezco desde el fondo de mi alma estas manifestaciones, yo que siento como vosotros estos anhelos, yo que quiero luchar por esa República, os digo:

No basta, no, que en un momento determinado lancemos vivas con entusiasmo; no es suficiente que en momento de emoción rindamos homenaje de pleitesía a nuestros hombres y a nuestros ideales; no debemos, no, conformarnos con erigirles monumentos y mausoleos costosos; no es con vivas, mausoleos y banquetes celebrados en su honor, con lo que hemos de conformarnos.

Nuestro deber es ir más allá; nuestra obligación no termina ahí; nuestro ideal debe ser laborar, luchar, propagar por todos los medios a nuestro alcance las excelencias de nuestros santos laicos, las raciales virtudes de su postulado, su vida ejemplar, y la pureza de sus doctrinas.

Esto no quiere decir que yo desapriuebe los vivas, los mauseolos y los banquetes que en ho-

nor de los hombres y las ideas se digan o hagan, no; los vivas sirven para avivar el entusiasmo; los mausoleos, para recordar a las generaciones venideras que hubo hombres que con su inteligencia y sus virtudes, supieron conquistar un lugar en la historia, y ese recuerdo puede servir de estímulo a los que se sientan desfallecer en las luchas por el progreso y la libertad, y los banquetes, aunque algo materialistas, también tiene su lado simpático, porque en ellos suele hallar el hombre motivo de entablar contacto con los que comulgan en un mismo credo.

Pero es más digno, más noble y más eficaz, seguir el ejemplo que esos hombres nos dieron colaborando con tesón, con terquedad si se quiere, para consolidar y perpetuar el ideal que absorbió la vida espiritual de esos hombres.

El ideal de Costa fué siempre la República, y nosotros, si queremos a Costa, hemos de sentir amor a ese ideal.

Y no sólo sentirlo, y no sólo expresarlo, sino que, además, hemos de estar siempre en la vanguardia, vigilando atentamente, para que no nos la arrebaten; hemos de estar en la brecha, luchando para afirmarla; hemos de trabajar para su sostenimiento, y hemos de dar la vida por ella, si ella lo necesita.

Para cumplir bien con este deber de republicanos y de patriotas, tenemos necesidad de conocer todos nuestros deberes de republicanos y tener conciencia de la responsabilidad que nos corresponde en cuantos actos ejecutemos, ya como ser individual, ya como ser colectivo y político.

Para adquirir esa conciencia, es preciso que nuestra educación, nuestra cultura, sea libre de todo dogma religioso, porque la religión atrofia la inteligencia.

Vamos a demostrarlo.

Toda religión crea una divinidad, que a su vez se llama creadora de todo el Universo.

Esa divinidad, llámese Dios, Jehová, Mahoma, etc., tiene atribuciones y potestades para hacer y deshacer a su antojo.

Rige los astros, calma las tempestades, perdona y castiga a su albedrío, y mueve toda la mecánica del entendimiento humano.

Sin la autorización de ese ser divino, no puede moverse ni la hoja de un árbol.

Es perfecto, infalible, justo, poderoso, bueno hasta lo infinito y misericordioso.

Con todos estos atributos, que cada religión acumula en su ídolo, el mundo es un caos de contradicciones; la maldad y la traición corren

parejas, y los hombres ejecutan hoy actos que mañana rechazan y todo sufre alteraciones y variaciones, que al pensador profundo le hace vacilar primero y después le lleva a la conclusión terminante de que toda religión es una mentira, como los cuentos que contamos a los niños para entretenerlos.

Eso mismo es lo que hacen las religiones todas sin excepción.

Entretener la inteligencia en vaguedades, creando artículos de fe indiscutibles y amenazando con el fuego eterno a los que quieren penetrar en los misterios que ellas han inventado.

Si hubiese un ser divino que en sí mismo reuniese las cualidades de perfección que a cada uno le atribuye la religión a él dedicada, sería imposible en el mundo el crimen, la mentira, el engaño, la miseria, el dolor y todos los sufrimientos que a la humanidad aquejan, porque al ser bueno y poderoso, su obra sería perfecta.

Vemos, pues, que ese ser divino no existe; y si existe, no se ha dado a conocer todavía, y, o está dormido, o no le interesa lo que en el mundo sucede.

Sin embargo, en su nombre se han encendido las guerras entre los hijos de un mismo pueblo; en su nombre se administra la justicia—que a

veces es una injusticia más—; en su nombre se aplica el tormento para arrancar confesiones de crímenes cometidos—como ocurrió con el caso del pastor Grimaldos, en Osa de la Vega—; en su nombre martirizaba y quemaba el Tribunal de la Santa Inquisición en España, a los que denominaba herejes, y en su nombre se han establecido jerarquías y se han ungido reyes a seres inferiores, a bandidos del patrimonio comunal, con cuya desigualdad social se ha retrasado el progreso y la civilización.

Las religiones han inventado un ser invisible, invaluable, inculpable, y sobre él cargan todo el bagaje de sus crímenes y sus pasiones.

Han inventado un ser rencoroso, puesto que castiga; misericordioso, puesto que perdona; poderoso, puesto que crea; impotente, puesto que consiente ser desobedecido; y, en suma, un ser que está en constante contradicción consigo mismo.

Y este mito, creado para oprimir las conciencias, este ser inventado para crear la superstición y mantener la ignorancia, tiene también en la tierra sus administradores, sus representantes, cuyos atributos se han apropiado de tal suerte, que cuanto ellos atan, atado queda en el

cielo, y cuanto ellos desatan, desatado queda también en el cielo.

Es decir, que en la religión católica, los ministros que representan esta religión son dioses, puesto que tienen potestad para perdonar y borrar nuestras culpas y para negarnos la entrada en la corte celestial.

España ha sufrido la influencia de estos errores, porque ha estado absorbida por los tentáculos de la religión, que ha medrado a la sombra de un régimen corrompido y brutal, cuya carroña nos tenía sumidos en un abismo sin fondo.

Hemos de reconocer que ese dominio que hace siglos venimos soportando, ha hecho posible la vida de los dictadores y de toda una dinastía parasitaria, que succionando la savia de la vida nacional, nos ha llevado de fracaso en fracaso.

Nuestros ejércitos se han lanzado a empresas descabelladas y absurdas, porque la civilización no consiste en conquistar un trozo de terreno a otra nación, sino en conquistar un adarme de ciencia y ponerla a la disposición de todos.

Hemos sido derrotados en Cuba, en Filipinas, y en Marruecos, a pesar de todas las bendiciones que la Iglesia ha prodigado a los ejércitos

españoles, y a pesar de tener una Virgen que ostenta el cargo de capitán general.

La Iglesia sabe que sus bendiciones no tienen ninguna virtud, sabe que sus ceremonias no sirven para vincular la familia, ni tiene poder para sustraernos al mal; pero avanza, avanza, y lo invade todo, todo lo domina, para cada enfermedad tiene un abogado, para cada dolor un remedio, y hasta saca ánimas del purgatorio, con un tanto de comisión.

Hay que hablar claro, hay que luchar porque la luz impere, hay que llevar a las conciencias el convencimiento razonado para acabar con tanta mentira.

La Iglesia se acomoda fácilmente a lo que le conviene; no le importa dar la comunión a un ateo, no le importan las cuestiones dogmáticas, lo que quiere es dinero, aunque ese dinero sea de un republicano o de un socialista.

Hace competencias a los trabajadores, valiéndose de sus asilados, y con tal que paguéis bien los funerales, se desgañitará de gritar en vuestro entierro y bendecirá vuestra sepultura, aunque hayáis pasado la vida combatiéndola.

Explota la beneficencia; la instrucción la tiene acaparada y se aprovecha de la debilidad de los moribundos para hacerles testar a su favor.

Esta es la Iglesia católica, apostólica y romana, y España, que ha sido más romana que la misma Roma, ha de darse cuenta de ese lastre pesado que no la deja caminar por la senda del progreso y la libertad.

La República ha de procurar que ese lastre opresor, obstáculo formidable del desenvolvimiento nacional, quede relegado, dejándole tan sólo aquellas atribuciones precisas para no coartar la libertad de conciencia de ningún español.

La separación de la Iglesia y el Estado han de ser una realidad, si se quiere dar satisfacción a los anhelos de un pueblo que ha probado que sabe redimirse.

La República tiene en su ideario el propósito de suprimir el presupuesto de Culto y Clero.

Esto es de justicia, pero además hemos de exigir que se controlen los ingresos y se fiscalicen los bienes de la Iglesia y de las Corporaciones religiosas.

Queremos también que en todos los actos religiosos, muy particularmente en los sermones, haya un delegado de la autoridad civil, con las mismas atribuciones que los que asisten a nuestros actos de propaganda, para velar por el sostenimiento del régimen republicano.

Es urgente, de toda urgencia, que se abran

las puertas de los conventos, para que salgan los que no quieran seguir allí.

Cuando en un convento suceda un caso de atropello, sea de la especie que sea, la justicia deberá tener plenos poderes para procesar a los culpables, sean de la categoría que fueren.

La Iglesia deberá someterse como cualquier entidad, al pago de tributos que la ley establezca, sin privilegios de ninguna clase.

La tribuna será libre, y así, cuando alguien considere oportuno intervenir en las pláticas religiosas, tendrá derecho a hacer uso de la palabra, guardándole el debido respeto, pero siendo a su vez respetado.

En todas nuestras propagandas hemos de procurar aclarar bien la posición de nuestra República, con respecto a la cuestión religiosa.

La libertad de conciencia no será un hecho, mientras la Iglesia siga la trayectoria que hasta aquí ha seguido.

Hay que hacerla cambiar de rumbo, pero no debemos intentar suprimirla con la violencia.

La idolatría no se suprime derribando los ídolos, no; sino las causas que los han producido.

Flankin y Pasteur han hecho el milagro de suprimir a Bárbara y Quiteria, con su pararrayos el uno y con su suero antirrábico el otro.

Es con la verdad y la conciencia con lo que se combate la mentira y la ignorancia.

Dadme un pueblo instruido, y la superstición no hallará lugar en él.

España ha sufrido la tiranía de la Iglesia y el trono, porque ha carecido de medios de cultura.

«Escuela y despensa»—gritaba nuestro Costa—. Escuela y despensa, es decir, pan para el cuerpo y alimento para el espíritu.

«Si hay algo más doloroso que el cuerpo que agoniza por falta de alimento, es el alma que muere por falta de luz».

Palabras de Víctor Hugo en «Los miserables».

Es preciso nivelar la cultura, es urgente que el pobre participe de la instrucción.

La luz de la inteligencia debe estar al alcance de todos.

La religión disfruta del monopolio de la enseñanza y esto no puede seguir así.

Es el Estado el que debe cuidarse de hacer ciudadanos libres y conscientes, creando la escuela laica, integral, gratuita y obligatoria, con cantinas y roperos escolares, para que los niños puedan asistir a ellas y los padres no puedan alejar la razón de la miseria en que viven para

llevarlos al trabajo ímprobo y brutal, que a la vez que los deforma el cuerpo, los atrofia el espíritu.

Costa decía: «Dice la Constitución, hay que defender la patria con las armas en la mano, y yo digo con los libros en la mano.»

Así quería a España este hombre cumbre, así amaba la libertad este hijo de Monzón.

El libro es el arma más poderosa que podemos emplear contra todas las tiranías.

Ha llegado la hora de las reivindicaciones ciudadanas.

El pueblo quiere luz, porque las tinieblas le asfixian.

En el horizonte brilla la aurora que anuncia el día de nuestra redención.

Redimirnos de un pasado oprobioso es lo primordial, y para ello nada como la escuela por Costa preconizada; nada como el libro por él amado; nada como el progreso, nada como la instrucción.

El desarrollo intelectual hace a las naciones más ricas, más hermanas y más fuertes.

Es tan indispensable a su desenvolvimiento, como la economía y la buena administración de sus intereses materiales.

La razón, cuando no está amparada por la ciencia, se debilita y muere.

La virtud es más vigorosa en un ser que tiene conocimiento de sus actos, que en otro inconsciente e ignorante.

El que entiende de derechos, sabe de deberes, porque esos dos sentimientos van siempre el uno en pos del otro.

Hay que abrir escuelas, hay que crear una misión de enseñanza laica, que vaya por pueblos, aldeas y caseríos, llevando la buena nueva; hay que decirles, a los que viven incomunicados con nosotros, a esos labriegos que viven aislados de la civilización, que ellos son también de España, que ellos también tienen derecho a tomar parte en el concierto nacional, que la República los ha elevado a la condición de hombres y que tienen el deber y el derecho de participar en todos los adelantos de esta reforma de enseñanza, en todas las ventajas que ella ha de traernos, y en todo el bienestar que ha de crearnos.

Hay que equilibrar las inteligencias y aprovechar todas las fuerzas que tengan valor moral, hasta conseguir borrar de nuestra nación el calificativo de analfabetos con que hasta ahora se nos ha designado.

Trabajando por la instrucción, es como haremos patria.

Es necesario que todo español conozca la hidrografía, etnografía y orografía de nuestro suelo; es necesario que todo ciudadano comprenda el inmenso caudal de aguas de sus preciosos ríos, la riqueza de su suelo, la grandeza de sus montañas y mares, la fauna y la flora, su industria, comercio y navegación, sus relaciones internas y externas, y en una palabra, todo cuanto con la vida tiene relación.

Hay que enseñar a todos los españoles a conocer su patria, porque conociéndola, la amarán más; hay que decirles, pero muy alto, que España es muy rica, pero que los reyes y sus satélites la han arruinado, y hay que decirles que es preciso que la reconstruyamos otra vez, pero no para los reyes, no para los magnates, sino para el pueblo trabajador.

Nuestra República ha de realizar una labor de educación constante, mejorando las condiciones de la vida, fomentando la riqueza, amparando y defendiendo el desarrollo de la agricultura; creando granjas de experimentación y estimulando el mejoramiento de nuestros productos y nuestros ganados, con premios otorgados en concursos celebrados a este fin.

Nuestra industria pesquera adquirirá pujanza; nuestras costas son ricas y variadas en este aspecto, pero hoy se hallan—como todo—en un estado verdaderamente deplorable.

La mujer en la República disfrutará de todos sus derechos civiles, y podrá colaborar con el hombre en todos los órdenes de la vida nacional, pudiendo ser elegida y elegible.

Ha llegado la hora de las reivindicaciones y de las soluciones enérgicas.

Andalucía se ve morir en una agonía cruel, por lo lenta y lo inícuia.

Cientos de trabajadores se hallan sin trabajo por la codicia de unos seres sin sentimientos ni dignidad.

Acaparadores, latifundistas y explotadores del agro nacional, no ven, no quieren ver las necesidades de los campesinos, y ríen maliciosamente cuando alguno les habla de democratizar la propiedad.

En vez de pensar en los desheredados y proporcionarles luz, aire y comida, sólo piensan en seguir exprimiéndoles el poco jugo que les queda.

Estos miserables no se han dado cuenta de que el progreso marcha y que no puede haber

retroceso en las líneas ; niegan la luz y se crean la sombra, más negra que sus conciencias.

Sólo les preocupa el presente, que para ellos se llama opulencia ; disfrutan de la abundancia y no se acuerdan del necesitado ; ríen a expensas del dolor de los demás ; el ocio es su única ocupación, y ven impasibles cómo sus hermanos se agotan en el trabajo, para que ellos se aprovechen de los beneficios.

Toda España es Andalucía.

Hay que cambiar radicalmente toda la estructura nacional.

Para ello hemos de procurar primero de consolidar la República, y después, cooperar con entusiasmo en la reforma social que se impone.

Nuestros ríos vierten en los mares Mediterráneo, Océano y Cantábrico, la mayor parte de sus aguas ; en tanto que el labrador de secano, eleva sus preces al cielo en demanda de ese líquido precioso.

Le han enseñado a elevar plegarias en forma de novenas, rogativas y ofertas, para apartarle del derecho que tiene a que se le hagan canales, porque manteniéndoles en la miseria y en la ignorancia, se les mantiene en la esclavitud.

De estos pueblos, parten todos los años a la ciudad muchas familias, con la esperanza de

mejorar su condición económica, creando un grave conflicto para sí y para los obreros que en ella viven.

Hay que evitar la emigración rural, mejorando la vida de los campesinos; hay que llevar a esos campos sedientos la savia vivificadora de las plantas, enriqueciendo la nación.

Hay que educar a los labriegos, para que conozcan el derecho que tienen al disfrute de la tierra, el agua y el sol, y hay que decirles que en lugar de alzar los ojos al cielo, esperando el socorro que casi siempre es incierto y tardío, miren y traten con cariño a nuestra madre la tierra, haciéndola fecunda en toda clase de frutos, mejorándola sin fatigarse, empleando los medios que el progreso les proporcione.

La fuerza hidráulica, deberá estar controlada por el Estado, al servicio de la nación, y allí donde esa fuerza falte, crearla por medio de pantanos, saltos y sifones.

Es preciso que el trabajo sea cada día más nacional, más agradable y más productivo.

Es de una importancia capital atender al agricultor en el desarrollo y explotación de los cultivos.

Las diferentes regiones de España, su clima variado, produce una diversidad tan rica y

abundante de toda clase de frutos, que el más exigente de nuestros convecinos queda maravillado y no puede menos de exclamar:

—¡Qué bella es España! ¡Qué rico es este suelo! ¡Parece mentira que aquí haya pobres!

Y los hay, vaya si los hay.

No podemos negarlo, y aunque nos cause dolos y vergüenza, hemos de reconocerlo.

Para ellos ha levantado la caridad oficial esos edificios sombríos como el claustro de un monje, hacinándolos y sometiéndolos a un régimen vergonzoso.

Esos edificios se llaman asilos de huérfanos, de ancianos, de inválidos, de enfermos.

En ellos se les enseña una infinidad de ceremonias y prácticas absurdas, con el objeto de que los niños así educados, en vez de servir a sus semejantes, sin distinción de matices, sirvan a una religión determinada, aunque para ello hayan de suprimir la conciencia y la razón.

En esos asilos reciben los ancianos una especie de caridad, que es escarnio a sus sentimientos, burla sangrienta a su dolor y sometimiento a una ley hipócrita, que confunde el deber y la justicia con la caridad y la protección.

Los inválidos, son en esos asilos el blanco de la ironía y la sátira, cebándose en sus miem-

bros mutilados—acaso por el exceso del trabajo,—, la mofa y el entretenimiento.

Los enfermos son el libro abierto de las experimentaciones científicas, es decir, siempre el huérfano, el inválido, el anciano y el enfermo pobres, han sido en esos centros de caridad explotados en su espíritu y en su yo material.

Y esa caridad la paga el pueblo, no lo dudéis ; es el trabajador el que la paga ; es él, que rendido y aniquilado por el impuesto a su labor, va a dar con sus huesos en uno de esos asilos donde se explota sin piedad la miseria y el dolor.

Nuestra república evitará que esta vergüenza nacional siga la marcha demoledora que en este aspecto hemos venido padeciendo, porque siendo el pueblo el soberano, procurará atender estas necesidades de urgencia, por espíritu de humanidad y por espíritu de conservación.

Las grandes eminencias médicas serán pagadas por el Estado y estarán obligadas a visitar a toda clase de enfermos allí donde les llamaren.

Hoy, el que no tiene dinero, no puede hacerse una operación, si no es ingresando en un hospital, y aún para eso, necesita que haya quien le recomiende.

En este aspecto, el cacique ha comerciado con

el paciente, imponiéndole a veces la abdicación de su conciencia.

La República tiene también el deber de higienizar las viviendas, fomentando la construcción de casas baratas, con luz, ventilación y agua.

Prevenir es mejor que curar, y a este objeto deberá instalar casas de baños, obligando a los ciudadanos a la limpieza y aseo de su persona, haciéndole conocer sus ventajas y enseñándole a desterrar el horror al agua que muchos sienten.

Con todas estas reformas agrarias, de higiene, de educación, de previsión social, creando un fuerte conglomerado de valores y materiales, desaparecerá la miseria, el trabajo será un medio de ejercitar la fuerza muscular y la intelectual, y todo será orden, paz, bienestar y respeto; el amor tendrá un altar en cada pecho, porque habrá sonado la hora que ansiaba Costa, porque habrá llegado la hora de nuestra liberación.

Lo que se impone, pues, es la creación de escuelas bien dotadas de material de instrucción, con piscinas y gimnasios, con gabinetes de física y química, con laboratorios y talleres, donde el niño aprenda a conocer las cosas, el porqué de

las cosas y cómo se consigue o se hacen las cosas.

En esta clase de escuelas, la mujer recibirá la misma clase de educación que el hombre, rompiendo los moldes de la rutina y capacitándose para ser buena ciudadana y buena madre.

La mujer en la República tiene un papel importantísimo que llevar.

En el teatro de la vida nacional, la mujer no ha tomado aún parte en la escena, y es preciso que se decida a actuar de una manera clara y terminante.

Si la mujer tiene el derecho de subir al cadalso, debe tener también el de subir a la tribuna.

Si está sometida al cumplimiento de las leyes, debe tener derecho también a confeccionar las leyes.

Para que el hombre sea libre, es preciso que la mujer también lo sea.

La República nos dará esos derechos y nosotros hemos de procurar servir a la República para conseguirlos.

Veinte siglos de cristianismo nos demuestra que la mujer ha vivido esclava de su propia ignorancia.

Las cosas llevan hoy un giro muy diferente.

Vino el Redentor al mundo, ¿pero la redención ha sido hecha?

Cuando todo hombre y toda mujer se convierta en su propio redentor, habrá terminado la esclavitud.

La mujer española se halla en un plano de inferioridad muy dolorosa en relación a los otros países.

En Alemania, Austria, Suecia, Dinamarca, Francia, Inglaterra, Cuba, Estados Unidos de América y otros países, la mujer se ha organizado para conquistar la igualdad en derechos, interviniendo en la administración y en los debates parlamentarios, laborando por la cultura con un acierto y una rectitud que ha merecido el aplauso de los hombres demócratas.

En esos países hay mujeres diputadas, concejalas y hasta mujeres ministro, y los hombres no desdeñan de enviarlas a la Delegación de la Sociedad de las Naciones.

Esas mujeres han prestado su concurso a las leyes que regulando la vida de los pueblos, hacen imposible la vida de los reyes.

La realidad nos demuestra que la mujer es un compuesto homogéneo al del hombre, y que la fuerza moral de ésta no es inferior a la de aquél.

La Iglesia ha tenido un especial cuidado en que nuestros derechos se anularan, porque siendo nosotras una masa inerte, le era más fácil dominar al hombre en su yo material y en su yo moral.

En lugar de enseñarla las doctrinas del Crucificado que dicen: «Hijos míos, amaos los unos a los otros», le ha enseñado a despreciar a los humildes, codeándose de continuo con la nobleza y dejando en el abandono al pobre, al desvalido.

En vez de enseñarla a rebelarse contra los tiranos, le ha aconsejado la paciencia, el sufrimiento y la pobreza.

Nosotras hemos sido despreciadas por la Iglesia.

En el concilio de Macón se ventiló con desprecio el tema de si la mujer tenía alma.

Las saguntinas, que supieron morir abrasadas por el amor a su independencia, en las hogueras que ellas mismas incendiaron, probaron de una manera clarividente, de lo que es capaz la mujer.

Luchemos todas por la emancipación femenina y por el engrandecimiento de nuestro pueblo.

El porvenir se presenta lleno de resplandores.

La sangre de nuestros hijos muertos en los

campos africanos, está pidiendo justicia, y nosotras hemos de conseguirla.

La República es la encargada de dar cima a nuestras aspiraciones y nosotras hemos de trabajar para consolidarla.

Andan estos días por las calles y las casas, seres de alma ruin, para quienes la República es el coco que viene a juzgar sus crímenes; andan, repito, por calles y plazas esos megaterios, restos fósiles de una dinastía cadavérica, recogiendo firmas de mujeres y niños con el objeto de reclamar de este Gobierno provisional de la República, la vuelta a España del que fué arzobispo de Toledo.

Creo yo que con esto sucederá lo que ocurrió con las firmas del homenaje a Primo de Rivera, que sólo firmaron los chiquillos de las escuelas; pero de todos modos, bueno será estar alerta.

No debemos consentir que los que quieren perturbar el orden vuelvan otra vez a predicar una cruzada contra nuestro santo ideal, no debemos tolerar que los que empobrecieron la nación y la llevaron al precipicio, vuelvan a pisar el territorio español.

No podemos consentir que una República tan hermosamente nacida, una República tan lle-

na de esperanzas, tan prometedora de anhelos redentores, llegue a verse amenazada por la permanencia de esos parásitos en nuestra nación.

Ni Gutiérrez XIII, ni ninguno de sus satélites, debe volver como no sea para sentarse en el banquillo de los acusados, a responder de los crímenes que nos hicieron.

Diez mil mujeres españolas que lloran la vida de sus hijos arrebatados de su hogar para hacerlos morir en la boca de un cañón, son las que se opondrán con bravura a que vuelvan a pasearse por nuestras calles los asesinos que se los arrebataron.

Todavía humea la sangre de los bravos capitanes Galán y García, y nosotras, mujeres y republicanas, sentimos en el rostro la vergüenza del ultraje, y en el corazón el dolor que nos produjo la fatal noticia de aquel doble crimen.

No, no volverán, no pueden volver, porque se lo impedirá el recuerdo de Monte Arruit, el barranco del Lobo, Annual y Jaca.

Y si ese recuerdo fúnebre que debía llenar de espectros las horas de sus vidas, no es bastante poderoso a contener sus locas ambiciones, nosotros, los republicanos españoles, los que amamos a nuestra patria, los que comulgamos en la doctrina de Costa, los que hemos luchado

por traer la República, saldremos a su encuentro para hacerles retroceder, y lucharemos hasta lograr nuestro propósito, aunque hayamos de dejar en la pelea jirones de nuestra propia existencia.







# OPINIONES DE MUJERES



PRECIO:  
**CUATRO**  
PESETAS

**HILDEGART**, abogado y periodista, la más joven de las escritoras y de las luchadoras políticas de avanzada, defensora de la República como equidad, pero adversaria de todas las injusticias sociales.

**64 páginas de prólogo por ·HILDEGART·**









